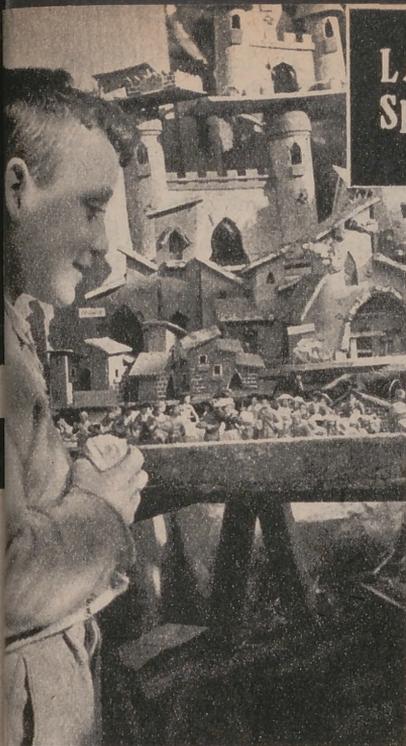


LAS PASCUAS SON FELICES SI LO SON PARA TODOS



LOS ESTADOS MAYORES DE LA "OPERACION NAVIDAD" ENCAUZAN LA GENEROSIDAD DE LOS ESPAÑOLES



LA CARIDAD TAMBIEN ES LEY

NO hay en todo el calendario días más propicios, ni más apropiados, para la expresión colectiva de los sentimientos caritativos, que los días alegres y pacíficos de la Navidad. Días señalados de la mañana al crepúsculo, del ocaso al alba, por un particular ambiente de honda religiosidad y familiar convivencia en todos los hogares. Días presididos en todo el mundo cristiano, y aun en el no cristiano, por la fuerza contagiosa del bien y de la verdad, por un signo pacífico, ante cuyo silencioso y dulce imperativo callan en las guerras los cañones y brotan en todos los labios, aun entre desconocidos, aun entre enemigos, las palabras de una contraseña mundial que expresa, de todos para todos, un deseo de felicidad: «¡Felices Pascuas!»

Días en que los hombres sienten con mayor claridad que nunca la sabiduría del consejo que les recomendó el retorno a la ingenua pureza de los niños, y se vuelven verdaderamente un poco como ellos y se alegran con la simple alegría de los demás, y se entusiasman con la posesión de unas golosinas, que tienen a su alcance todo el año, y rezan con el fervor de las plegarias primeras, y encuentran abierto y fácil el camino generoso de los regalos, y hasta poetizan la prosa del oficio cotidiano y transportan gratis un cargamento de cartas infantiles en un avión o dedican de balde lo mejor de su arte al alivio de los necesitados, o dan sin amargo recuerdo lo más granado de su esfuerzo. Un esfuerzo que puede ser económico, físico, espiritual; pero siempre generoso.

España entera, estos días, se moviliza. La caridad, valor cristiano permanente, es más fuerte ahora, más profunda; más, si cabe, sincera. El hombre derrocha solidaridad ante el hombre. Y en estos días navideños la movilización alcanza a todos. Dinero, trabajo, actividades, espectáculos... tienen un mismo objetivo. Una caridad fraterna y honda, organizada por una fuerza más poderosa que la sim-

ple individualidad, ha sido puesta en marcha.

Porque hay, para que el fin alcance digno remate, una serie de Estados Mayores dispuestos en esta gigantesca operación navideña. Gobiernos Civiles, Obispos, Ayuntamientos, Organización Sindical, Jefaturas del Movimiento, parroquias, instituciones benéficas, etc., etc., coordinan, estudian, dirigen y distribuyen —con clara visión superior de la necesidad colectiva— este desprendimiento hermoso de todos los

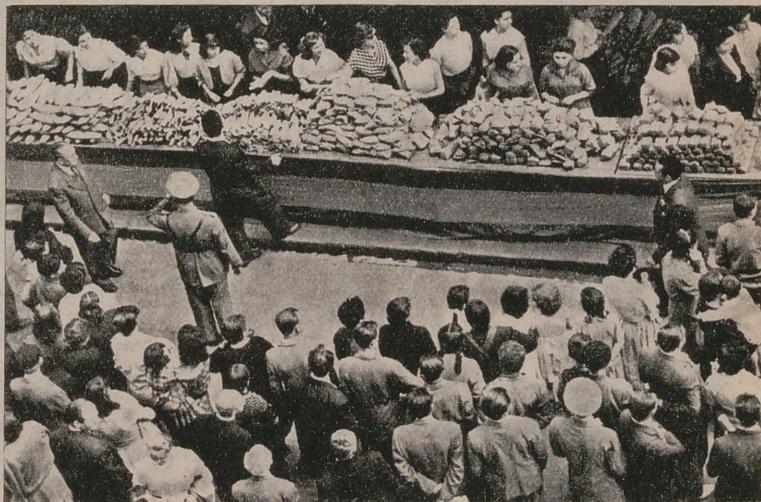


españoles para todos los españoles.

EL TEATRO, EL CINE Y EL MAYOR ESPECTACULO DEL MUNDO

Tiene el teatro una ajeña tradición de funciones benéficas. Y alza, naturalmente, su telón todas las Navidades para que en el escenario se libre y se gane cada año una de las batallas de la pacífica campaña navideña. En las mismas butacas en las que se reparten en la primera hora de cada Año Nuevo las clásicas uvas de Almería, se recaudan, unas semanas antes, los primeros aguinaldos. Ningún actor, ninguna actriz, fallan. Y los mejores encabezan la lista extraordinaria de cada festival.

Ejemplos, tantos como provincias; tantos como ciudades. En Madrid—en el gran festival del teatro Calderón—, Isabel Garcés, Tina Gascó, Conchita Morés, Lina Rosales, Elvira Noriega, Ana Nevada, Pilar Lorengar, Imperio de Triana, Mariánela de Montijo, Virginia de Matos, Carmen Sevilla, Gracia de Triana, Juanita Reina, Antofita Moreno y Angelillo; en el teatro Argensola, de Zaragoza, Catalina Bárcena, con un magnífico y



artístico conjunto de distinguidas señoritas de la capital, y en Almería, Francisco Rabal, José Luis Ozores, Aurora Bautista, Encarnita Ruiz, Juanita Azores y Matías Prats.

Y en Oviedo, la Compañía Lirica Ovetense representó «La alegría de la Huerta» en el Capitol, con la colaboración de una larga lista de espontáneos; en el teatro Cervantes, de Segovia, Tomy Castel, Tip y Top, Bobby Deglané, Manoliyo de Madrid, Paky and Poly ayudaron a los ilusionistas segovianos Pedro Hernández y Alfonso Monge; en el teatro Principal, de Palencia, la gaita céltica, los bailes vascos, los verdiales malagueños, la palentina «Redondilla de Frechilla»—un ritmo de Tierra de Campos—o la castiza «A lo alto y a lo ligero», supieron del clamor de las gentes...

Los Coros y Danzas de la Sección Femenina llevaron a muchos escenarios—¡a tanto, Señor!—el perfil y el acento de los bailes y los cánticos españoles, de esas típicas panderetas y zambombas que simbolizan la sana y popular Navidad española. La que reúne a la familia y a los amigos en torno a las figuras ingenuas del belén.

El cine, el espectáculo típico de nuestro tiempo, ha seguido la tradición de su antecesor, el teatro. Y mejor y más que nunca en estos días triunfan en sus salas «los buenos» y la película termina «bien». Sesiones de cine en todas partes. No puede decirse se han dado en el Real Cinema de Oviedo, ni en el Capitol de Madrid, ni en cualquier sala de proyección de España: porque todas, todas se han ofrecido generosamente, sin condiciones de programación. Regalando incluso el incentivo de un estreno importante. En color. En pantalla panorámica. «Si es para la Campaña de Navidad, lo que quieran.» Echar la cuenta de la cantidad de horas empleadas, películas proyectadas y público espectador es casi como hacer un recuento de los habituales asistentes al cinematográfico y de las películas estrenadas en la última semana.

Y para acabar con este capítulo, el circo. El circo—el mayor espectáculo del mundo, espectáculo para grandes y para pe-

queños, para niños y para hombres—abre la risueña boca de sus payasos, exhibe sus fieras multicolores y lanza por los aires la piqueta arriesgada de sus acróbatas en favor de la Navidad de los pobres. Y son los caballos del circo Knie de Suiza, o los chimpancés inteligentes de Leon Smith, o las focas y los pingüinos de Decker, o la cebra que no se puede montar los que, junto a los pintados payasos y a los ágiles trapeceistas, trabajarán gratis para que todos disfruten la alegría y las comidas extraordinarias de estos días. La eterna música del circo suena en esas funciones con un tono especial, tiene un son de alegre villancico navideño.

LA MEJOR TARDE DE TOROS

La llamada entrañable de la Navidad encuentra siempre abierto el corazón generoso y valiente de los toreros. No sería concebible en España una campaña caritativa en la que no formaran en primera línea las gentes del planeta de los toros. Y mucho menos si se trata, como en esta ocasión, de allegar fondos para que todos aquellos a los que sorprenden estos días en una situación de «depresión económica»—que diría un financiero—tengan una Navidad alegre, bien provista y feliz. Debe contar mucho entre los toreros el recuerdo personal, porque la mayoría de ellos han conocido días navideños en los que anduvieron mucho más cerca de necesitar un «complemento» una ayuda para el turrón que de poder darlos. Por eso, cuando la fama y la suerte les colocan en la situación de ayudar a las Campañas de Navidad, ninguno regatea su esfuerzo, ninguno hurta su colaboración, aunque ésta suponga exponerse en favor de los demás, que también hicieron los novillos arreglados de los festivales. Y los empresarios ceden gratis el suelo de la plaza. Y los ganaderos regalan las reses, que hoy valen un pico. (De cigüeña.) Y los aficionados llevan una tarde de diciembre el coso. ¡Una tarde de toros en diciembre!

En estas tardes de toros en diciembre—en las que las localidades buenas, por una comprensible

paradoja, son las de sol—las plazas de España dan sus corridas.

Así, la Monumental madrileña hace el paseillo a Angel Peralta, a Domingo Ortega, a Antonio Ordóñez, a Pedrés, a Julio Aparicio y al Litri... En Barcelona torea Chamaco con el Turia, con Chacarte, con Bernadó, con el Greco, con Vidal y, al principio, con Peralta. En Murcia, también festival. Allí está Manolo Cascales—el ídolo de su tierra—, Pepe Bienvenida, Cayetano Ordóñez, Pedro Barrera—otro paisano, de Caravaca, por más señas—, Juan Montero—de al lado mismo—y Pepe Ordóñez completando el cartel. Y antes, por octubre, se celebraron festivales en Sevilla, en Valencia y en casi todas las plazas de categoría.

Y cualquiera de ellas resulta, por la dedicación del arte y del ingreso, la mejor tarde de la temporada.

EL JUEGO LIMPIO DE LA CARIDAD

También los deportes se han sumado a las Campañas de Navidad. Tiene toda esta gran operación navideña un aire juvenil que cuadra perfectamente con la máxima deportiva, precepto primero y mayor de todo deporte, del «juego limpio». ¿Y en qué mejor ocasión se puede hablar de juego limpio y espíritu deportivo que a la hora de aprovechar el deporte en favor de los más necesitados? No puede haber gol más oportuno que ese que al estrellarse en la red significa un buen tanteo de pavos, ni puñetazo mejor dirigido que aquel que deja «k. o.» muchas penas en la Navidad de los humildes. El mejor regate y la mejor carrera, el regate que esquivo la falta de unos regalos de Reyes, la mejor carrera la que trae el cariño de todo un pueblo al viejecito solitario de un asilo. Y la mejor victoria, por una vez, saber al final que se ha conseguido buena taquilla.

La lista del deporte es grande, y los que en él intervienen, también. Todos los jugadores de fútbol de Primera y Segunda División han actuado en partidos amistosos con destino a la campaña. Ahí está el ejemplo del Madrid-Atlético de Bilbao, especie de preparación de selección nacional; ahí están los boxeadores Luis de Santiago, Young Martín, Orozco, Juanito González, Paris y tantos otros; el rugby con los Leones Placadores enfrente de una selección central; y la pelota vasca en todos los frontones de España: Recoletos, Urumea, Euskal-Jai, Gros...; el baloncesto, renovando las técnicas del enceste; el hockey sobre patines, en la que Cataluña se lleva la primacía; el atletismo, con las pruebas de velocidad, de salto y de lanzamiento; el aeromodelismo como el deporte de una profesión nueva: aviador; la esgrima, como el deporte de una época tradicional; el pedestrista a través del campo; el tiro con arco, modalidad reciente, cuyo blanco más certero es, sin duda, esta flecha dirigida a la obtención de remedios, de ayudas, de fraternales convivencias. Y la pesca y la caza, por los ríos y por las montañas—los cazadores de Castilla



Las comidas a los necesitados son otro aspecto de la solidaridad que, en estos días, reina entre todos los humanos

han ofrecido traer las piezas cobradas un día de campo como donativo—, se juntan también. Son éstos los únicos tiros de verdad que, como cohetes lanzados al aire, retumban en esta singular campaña.

El público de todos los campos de España — Chamartín, Las Corts, Mestalla, Mendizorroza...— acierta en estas tardes de partidos benéficos los catorce resultados de la quiniela más satisfactoria, de una quiniela cuyo premio será repartido entre los demás. Sí, amigo lector; si usted asistió a un partido benéfico, usted fué esa tarde «el máximo acertante».

TAMBIEN COLABORAN LAS TOMBOLAS

Las tómbolas son otro de los instrumentos —caritativos instrumentos— que se han instalado en muchas ciudades para obtener, con el aliciente de los premios, nuevas cantidades con destino a estas campañas navideñas.

Tómbolas, mayores o menores, organizadas por infinidad de instituciones religiosas, privadas o profesionales. En los barracones o los locales en los que se alzan las estanterías de los regalos: baterías de cocina, motocicletas, muñecas que dicen papá y mamá, se alinean en un muestrario heterogéneo. Con un par de pesetas y algo de suerte puede tocar algo, y al menos, pase lo que pase, queda la satisfacción de haber hecho una buena acción.

Las tómbolas —estas tómbolas de paseo, de aire libre, de todos para todos— vienen a ser como una organización común, en la que participan, en su justa proporcionalidad, favorecedores y favorecidos. Porque unos, los primeros, tienen, a veces, una recompensa, una especie de estímulo, de satisfacción instantánea materializada en un objeto concreto; los otros, porque del dinero dejado tendrán un remedio, rápido, seguro, digno y eficiente, de una necesidad verdaderamente sentida.

La entidad que lo organiza —Ayuntamiento, Secretariado Diocesano de Caridad, etc.— se encarga de distribuir con justicia, el resultado del esfuerzo.

Repartidas por la amplia geografía de las regiones, escondidas en los pueblos mínimos o abiertas en los paseos estirados de las capitales, millar y medio de tómbolas funcionan, estos días, por España. Su recaudación llegará a los treinta y cinco millones de pesetas. Las cifras y los nombres —para la historia de los hechos quedan la tómbola de Nuestra Señora de los Reyes, en Sevilla, o la tómbola de la parroquia del Purísimo Corazón de María en Madrid, en la que cada papeleta costaba un real tan sólo, o la instalada en la plaza de José Antonio de Málaga, o la tómbola de cualquier pueblo de Cataluña— juegan, en la realidad, los símbolos y las virtudes humanas.

PARA LA NAVIDAD Y PARA SIEMPRE

El problema de los suburbios ni es de hoy ni existe sólo entre nosotros. Y es precisamente en estos casi inevitables cinturones de la pobreza que rodean las



Su Excelencia el Jefe del Estado y su esposa reciben a los matadores de toros que actuaron en el festival taurino de Madrid

ciudades, donde los días son de miseria; las horas, de pobreza; las vidas truncadas, al borde de la conquista de la ciudad, donde de la ayuda, el auxilio navideño encuentra uno de los campos de aplicación más propios, donde tiene su marco más adecuado la caridad que une a todos los hombres en las festividades de la Pascua de Navidad. El Secretariado Diocesano en estos días ha celebrado, en aquellas diócesis que lo necesitan, una colecta extraordinaria para los suburbios. En esta acción conjunta se suman múltiples caridades individuales, y así puede conseguirse una eficacia mayor. Así se pueden conjugar poderes, técnicas y elementos, coordinados hacia la consecución de un fin que abarca lo mismo la mejora de la vida cotidiana del suburbio que la mejor celebración de los días navideños. En la gran colecta para los suburbios son también los números, la justeza y la precisión de las cifras, el dato más expresivo. En Madrid, por ejem-

plo, veinte mil habitantes dispondrán de una vivienda digna en los suburbios.

La llegada de nuevas familias a la ciudad, arrastradas muchas veces por el falso espejuelo de la urbe y defraudadas luego, porque la lucha en la ciudad es dura, puede paliarse gracias al importe de este dinero que dan los hombres para los hombres. Dos millones de pesetas, en cifras redondas, es el resultado de esta hermosa acción que viene a sumarse todos los años al éxito general de la Campaña de Navidad.

No ya sólo el alivio momentáneo de unos días, la tradicional ofrenda de unas ropas de abrigo, de unos alimentos en cantidad y calidad mayor, sino la obtención de bienes reales, duraderos e importantes: escuelas, casas, dispensarios... Obras que alzarán para siempre y como recuerdo de una Navidad feliz la limpia arista, el blanco muro de sus paredes.



Panderos, panderetas, zambombas, guitarras y otros instrumentos de alegría, en un típico puesto navideño



Estas dos monjitas buscan y rebuscan por la ciudad obsequios y regalos para los necesitados de su convento



Un equipo de «viejas glorias» del Atlético de Madrid, que intervino en un festival deportivo a beneficio de la Campaña de Navidad

Esto en todas las diócesis. El Secretariado Nacional de Suburbios sabe mejor que nadie cuántos sacrificios, cuántos esfuerzos y cuánta verdadera caridad cristiana se han reunido para hacer posible este ejemplar resultado.

LA CALLADA APORTACION ANONIMA

En general, en las suscripciones—y suelen hacerse en todos los distritos de todas las ciudades y en todas las parroquias—la aportación es callada y anónima. No se ofrece a cambio de la pequeña satisfacción del partido presenciado, de la corrida comentada, ni pide, ni busca, la contrapartida del un posible premio. En la suscripción, basta enviar el dinero. La satisfacción, el gozo íntimo que siempre produce la caridad, no trascienden, en modo alguno, fuera del donante. Este recibe una invitación en un sobre azul, un impreso que le indica una dirección por si quiere contribuir. Y claro que quiere. Y querría—¡tantas veces!—poder más. Llena el boleto con una cantidad o toma su dinero—aquel que puede destinar a los demás—y lo mete en un sobre y escribe la dirección: Gobierno Civil, Campaña de Navidad 1954-55. Y debajo: Avila, Valladolid, Zamora, Gerona, Alicante, Huelva... Así hasta completar la lista de cincuenta nombres de las provincias de España.

La mano izquierda no se entra de lo que forma la derecha. Y salvo excepción esta general caridad ciudadana no llega nunca a individualizar en las columnas de la Prensa. Se publican sólo los totales.

Casi un millón de pesetas tienen en su haber Oviedo, Bilbao, Valencia, Sevilla y Zaragoza. Dos millones de pesetas, como poco, Madrid, Barcelona. Y medio millón, una larga lista. Comprende, puede decirse, las demás.

Los empresarios, los obreros, los técnicos, los hombres, en suma, del trabajo español cooperan a través de sus Sindicatos respectivos. Con dinero, en listas de donativos remitidos a los Gobiernos Civiles, a los Ayuntamientos... En Madrid, vaya como

ejemplo, la lista canta: Sindicato del Metal, 16.000 pesetas; Sindicato del Papel, Prensa y Artes Gráficas, 20.000 pesetas; Sindicato de la Construcción, Vidrio y Cerámica, 15.000 pesetas.



Los puestos callejeros de juguetes esperan, como todos los años, poder satisfacer las peticiones hechas a los Reyes Magos

Las ciudades españolas han respondido a la llamada. Todas las Campañas de Navidad—Madrid, como centro con el alto patronato de la excelentísima señora doña Carmen Polo de Franco—han sido un éxito, un éxito grande, un éxito generoso. Nochebuena, noche de todos, tiene en este año de 1954 su mejor y más lograda exactitud.

«SIENTE EN SU MESA A UN POBRE»

Quizá sean en estas gigantescas campañas navideñas las comidas y los repartos de ropas los aspectos más sencillos en el volumen dinerario. Pero tradicional ha sido siempre, y por tanto, respetable ofrecer, en un verdadero signo de hermandad, estas comidas a aquellas personas—ancianas, impedidas o en desfavorable situación económica—que de

esta manera encuentran también en la Navidad la sonrisa de una sorpresa, el cariño de una atención, los «Reyes» de los mayores, que necesitan a veces tanto como los niños una señal de amor en la fecha del Nacimiento del Señor del Amor Mejor.

Así, la tienda-Asilo de Nuestra Señora de la Fuenfanta, en Murcia, que el domingo pasado hizo su tradicional reparto de ropas de abrigo, o los vales repartidos por el Ayuntamiento de Gijón para recoger bolsas y cestas adecuadas, o la madrileña Asociación Benéfica del distrito de la Inclusa con su comida en un céntrico restaurante a cincuenta niños y niñas, de cinco a diez años, y con su avituallamiento de ropa y calzado a los infantiles comensales, o la recién restaurada tradición de «Siente usted a su mesa a un pobre», en la que cada familia invita en la noche del 24 a un necesitado.

Así, de esta manera, esta menor, en cantidad, obra humana tiene, por otra parte, su resonancia íntima, su resonancia cercana. Los hombres, de esta manera, se comprenden, se ayudan y se aman. Por lo pequeño, en estas particulares obras, y por lo grande, en las obras coordinadas de todos.

LA CABALGATA PASA

El último capítulo de la campaña navideña está en los Reyes Magos. En la cabalgata de los Reyes, con su cargamento de ilusiones infantiles, Melchior, Gaspar y Baltasar pasean en la mañana de los Magos por las calles de todas las ciudades. De un tiempo acá la generosidad de los regios personajes se ha hecho más universal. Ningún niño español se quedará sin el recuerdo de esta visita generosa. Y el recuerdo será el lindo caballito de cartón, el flamante triciclo, la muñequita que habla o un terrible «Colt 45» que al disparar suelta su chorrito de agua.

Instituciones religiosas, el Frente de Juventudes, los grupos sindicales de Empresas, las Alcaldías, también escriben sus cartas a los Reyes. Cartas de llamada que la gentileza de los Magos de Oriente nunca desoyen. Montados en fastuosas carrozas, entre una lluvia de caramelos y juguetes recorrerán las principales avenidas de capitales y pueblos. La calle Mayor de Guadalajara o los Cantones de La Coruña, o la calle Larios de Málaga presentarán, abarrotadas sus aceras, el paso de la real comitiva.

El día 6 de enero no lo olvidará ningún niño español. Es el día de las soñadas ilusiones que, por fortuna, han sido realidad.

LEA Y VEA
TODOS LOS SABADOS
"EL ESPAÑOL"

1870



ANIS DEL MONDO

S A B O R D E E S P A Ñ A E N E L M U N D O

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON JOSE LOPEZ CLEMENTE

CADA cual dispone de su inolvidabilísima Nochebuena, desde las más epicúreas a las que son un anuncio del miércoles de ceniza. El escritor las ha descrito espeluznando la tinta, como la Nochebuena del navegante solitario, para el que la estrella de Belén es la Estrella Polar, como la Nochebuena del que trabaja cotidiana y obligatoriamente durante esas horas sacras y familiares, como la Nochebuena del proscrito, del moribundo, del cesante. Los villancicos toman entonces un aire de canto jondo, de lastimero ¡ay!, de jipío desgarrador. Más que letrillas trémulas por el vaho humanísimo que se desprende entre la vaca y el buey en el establo del Nacimiento, son trenos de la vieja ley, más amarga y más dura por ser antigua, que por ser legítima. La Nochebuena de esa clase ha perdido el compás, como las Nochebuenas que se celebran bajo el trópico o bajo las otras constelaciones que nos imponen el estío cuando es invierno. Pero mi Nochebuena inolvidable fué una Nochebuena típica, la que conviví con vosotros, junto a Santa María la Mayor y luego pasando el Transilvere y los puentes del Tíber, en presencia del Papa. Esta fué la Nochebuena del Año Santo 1950, cuando Su Santidad Pío XII nos ofició la misa del Gallo, aquella misa del Gallo en la Basílica de San Pedro, que yo llamé la misa del Gallo de la Cristiandad. Nunca volveré a ver tantos católicos juntos de tantas tierras y naciones, de tantas pilas bautismales procedentes, y que han muerto o morirán tan lejos los unos de los otros, cuantos nos apretujábamos dentro de aquel tumulto silencioso, que no era una masa, sino una grey. Desde el marinero norteamericano a la bandada de muchachas belgas que casi militarmente, casi gimnásticamente, traspasaron la plaza oval de San Pedro sin fijarse en sus dos fontanas; desde las matronas de la parroquia canadiense a la fraternidad de Teruel, o la tribu de Cuenca, o los peregrinos manchegos, que traían al conjunto el acento, ni agudo ni esdrújulo, de lo español, este acento llano, pero que también es agudo y esdrújulo.

Roma está muy cerca para todos, porque está al final de todas las partes y porque ningún camino deja de conducirnos desde el orbe a esta urbe. No obstante la proximidad espiritual de Roma y hasta su cercanía física, que ha incitado siempre a los romeros a deambular el viaje y ha subido a una carroza del siglo XVIII al periodista alemán que repitió hace unos meses el itinerario italiano de Goethe al modo del nibelungo que baja hacia el Sur más atraído por la estética que por la fe religiosa, más subyugado por el sol que por el credo, más en pos de la pasión erótica que a la búsqueda de la piedra fundamental de la Iglesia. No obstante esa vecindad y este extravío, llegar a Roma no es un lugar común, sino más bien entrar en una palíngenesia, prometerse uno mismo el dulce y sosegado deseo de la eternidad. En el mes de diciembre de aquel año llovía y nevaba según nos imaginamos que ha de ser la circunstancia meteorológica del divino Portal, y el anochecer caía en seguida sobre Roma como debieron asediarse los pueblos bárbaros. Las aguas del río corrían muy turbias, tal era la atmósfera de la ciudad apenas sin luz, en contraste con el verdor de la campiña romana, apercibido cuando rendimos tributo al cesarillo de la actualidad, que hacía propaganda anticesárea a la entrada de las fosas ardeatinas y al Dios verdadero de las catacumbas de San Calisto. Era el «Natale» de 1950 y «tuttimundi» como el «panettone» Motta y bebía coca-cola, incluidos nosotros, con nostalgia de nuestros turroneos y de los vinos de cada provincia. La peregrinación entera se reunió para el yantar en el colegio Salviatti, una especie de academia y hospedería castrense en

los alrededores del Vaticano, pero unos cuantos españoles permanecimos en nuestra pensión de la calle de Napoleón III, porque el patrón había sido un almirante del Duce y había huéspedes misteriosos, cual el aviador alemán que improvisaba aeródromos para los ingleses en Yugoslavia. Por la tarde había saludado allí a la senadora Merlin, famosa en aquel tiempo por su campaña en contra de los burdeles, y que parecía una poetisa cuyo estro se le había metido en su carne fofa de solterona socialista. Había asistido a la fundación de un partido inverosímil con gentes que habían abandonado los campos de concentración para concurrir a donde estábamos, engullendo con hambre y empujando un champán pésimo. No se figuren ustedes (pues tú estabas conmigo, como Purone, Carbone, Martino, Della Pipa, Basabetti, Olivetti, Benjamino y «tuttiquanti» fuimos testigos de lo que cuento) que sólo me trataba con desaharrapados, con ex hombres, pues estuve en la casa de la vía de la Conciliazione, donde vive Piccioni, el hijo del papa demócratacristiano; Piccioni, el jazzbandista, a quien acusa el gordo magistrado Sepe de no haber tratado con excesiva caridad a Wilma Montesi.

Nuestra cena de Nochebuena no fué triste ni alegre, aunque salieron de las maletas el mazapán, los guirlaches, los alfajores, etc., y yo repartí una botella de moscatel de Reus, de las bodegas de don Luis Quer. Lo bueno, vino después; esto es, en seguida, cuando los españoles nos decidimos apoderarnos de Roma, de la Roma laica de Porta Pia, de la Roma existencialista de la calle de Babuino, para entregársela al Sumo Pontífice. Pío XII se nos apareció a las doce en punto de la noche, encima de su Silla Gestatoria, impartiendo bendiciones. No era el Pío XII de veinticuatro horas antes, en la clausura del Año Santo, sino que era algo más sublime y más paternal. Ya no hablaba en siete idiomas, como la antevíspera ante un rebaño ecuménico, sino sólo en el latín de la liturgia, en la lengua eclesiástica de San Pedro. Vivíamos el momento presente para relatarlo a nuestra descendencia, y me acordaba de la Nochebuena romana de Carlomagno, que hemos aprendido sucintamente en los textos de Historia Universal. En aquella misa del Gallo de 1950 no había más poder en el mundo que el poder emanado de aquel anciano esbelto como un cirio de la cera más alba, más limpia y a la vez con una llama de pureza en el pabito ardiente de sus ojos. En el Palacio de la plaza de Venecia, sin inquilinos, el público entraba a una capillita con un pesebre casi de juguete, Hitler habíase impregnado de gasolina en el «bunker» como se quema un detritus, a Churchill le habían ganado las elecciones, el camiserero Truman estaba arrepentido en su mediocridad de que la guerra fría se calentase en Corea, al zorro Stalin le aterraban los completos y las intrigas del Kremlin. Sólo mandaba el Papa, aquel halo blanco, aquellas manos tan etéreas y sobrenaturales, aquella mirada que atravesaba nuestros cuerpos y los muros de la Basílica, el espacio y el tiempo.

Después los españoles nos sentimos frenéticos debajo de la llovizna y nos echamos a la calle como se transita en las aldeas, cantando y gritando, desde la Nochebuena a la Navidad. Dentro de aquellos barrios desconocidos que son los barrios de la novela y de la película «El ladrón de bicicletas», íbamos y veníamos como una ola que no encuentra playa para extenderse. La madrugada era muy alta, Roma muy grande y nosotros muy pequeños; pero, sin embargo, éramos españoles, lo que implica un pasaporte especial. Cuando de verdad estaba a punto de cantar el gallo, que es la hora en que expiran y se agravan tantos enfermos, nos retiramos, señor don José López Clemente, sin que saliesen de nuestros labios tres negaciones y ni siquiera una única negación.

PAZ A LOS HOMBRES

«Porque es en nosotros mismos, en nuestra Patria, donde está el factor más importante de nuestra situación y de nuestras posibilidades.» Así se expresaba Franco, hace un año, en su mensaje de Navidad al pueblo español.

Al celebrar cada año estas fiestas navideñas que nos hablan de paz, de alegría, de felicidad, de virtudes de hogar y de familia, España ve que estas posibilidades se van plasmando en realidades efectivas, en hechos consumados. Y es siempre aleccionador que las esperanzas de un pueblo tengan con los días la tangibilidad real de los hechos que se palpan con la mano.

Hace quince años que la paz, patrimonio de los hombres de buena voluntad, se ha hecho también patrimonio estable y permanente de España y esencial fundamento de todos los hogares españoles.

Sólo cuando una nación, con la clara conciencia de su obligación quehacer inevitable se lanza a la búsqueda de una fuerte estabilidad política, basada en la solidez de unos principios firmes, de una potente seguridad económica y social y distingue en el bienestar de la comunidad nacional su única y exclusiva razón de ser, podemos decir que habrá de conseguir la paz verdadera, inseparable de ese mismo bien común que persigue. Porque no es lícito hablar de paz cuando ésta es hija de una mera ficción artificiosa y se asienta en la base de una mutua desconfianza.

La política efectiva y previsora de nuestro Régimen ha creado a lo largo de estos tres lustros una clara conciencia nacional de tranquilidad, de sosiego, de bienestar, de una armonía interna que encuentra su más firme fundamento en el sentido de responsabilidad de cada ciudadano y, sobre todo, en una fe profunda y absoluta en quien supo sacar de las horas audaces y trágicas el fruto y la cosecha de una España nueva, desconocida, rehecha desde sus más hondos cimientos.

«No creo que hayan jamás existido mayores inquietudes en un Gobierno ni mayor cooperación y diálogo entre un Jefe y su pueblo.» Son también palabras del Caudillo.

Esas inquietudes sociales del Gobierno español marcan las horas diarias de nuestro progreso, del gigantesco adelanto de nuestras ciudades y nuestros campos, de la agricultura y de la industria, de la economía y de la política. Un progreso que, en esta circunstancia his-

tórica en que se ha fraguado, no podrá ser nunca proporcional al tiempo.

Es cierto que no cabe transformación en el orden social si no se basa en una ordenación y fortaleza económica. La prosperidad de España y el bienestar de la Nación caminan de cara a un mayor robustecimiento de su economía y de su absoluta independencia financiera, porque en estos pilares se cimenta con mayor amplitud el sentido cristiano de la justicia social, enraizado en el espíritu de toda empresa española. España ha demostrado al mundo cómo se puede trabajar en paz, con unidad y fraternidad cristiana, tan contrarias al viejo espíritu de crases.

De esta firme seguridad y constancia en la unidad y en los rectos principios que inspiran a la política española ha brotado, por natural exigencia, su ascendencia en la política universal de nuestros días. El mundo necesita, hoy más que nunca, que España recobre la voz y el ademán de sus mejores tiempos. Cuando se analiza la situación de los pueblos para los que la terminación de una guerra no ha significado todavía el comienzo de una paz, tan esperada como justa, se aprecia en toda su amplitud el privilegiado panorama actual de España, que supo buscar esa misma paz por el único camino que podía encontrarse. Por el camino del esfuerzo, del trabajo constante, de la llamada a la empresa común del renacimiento y del sacrificio.

En una Encíclica, al estudiar el Papa los principios en que descansa la prosperidad y el bien de los pueblos, dice: «La integridad de las costumbres, la incolumidad de la vida doméstica, la mutua concordia de las clases sociales constituyen la tranquilidad, el bienestar y la seguridad de la sociedad humana.»

El desvelo de los que gobiernan, la clara inteligencia y buena voluntad de quienes constituyen la cabeza rectora de la Nación, junto a la cooperación eficaz de quienes obedecen, en un régimen de diálogo abierto y sincero, han dado como fruto de esta entrega a la empresa común la España de hoy, donde la paz y el orden son la mejor garantía de que los sacrificios no han sido en balde.

La paz, obra de la justicia, es semilla que se siembra en el corazón, en el corazón de los hombres de buena voluntad.

EL ESPAÑOL

MAÑANA SERA OTRO DIA

EL CORAZON QUE MANDA

EN la solapa del libro que acaba de publicar León Degrelle se lee que su autor es el último superviviente de los grandes jefes fascistas europeos. La palabra «fascista» así, con todas sus letras, con toda su iluminada nobleza, con toda su potencia y seguridad. En el día de hoy, cuando la palabra elegida por los vencedores para sí mismos y para designar a los únicos que tienen derecho a vivir ha sido, precisamente, «antifascista».

Naturalmente, un hombre tan poco fascista como el doctor Marañón, que ha traducido el libro «Almas ardiendo», tenía que decir algo de esto en el prólogo. Y lo dice, con unas frases tan limpias y con unos pensamientos tan limpios y enérgicos, que al leerlos uno siente bullir aquel puro man-

nantial, tantas veces olvidado o incómodo, que en lo profundo del alma da razón, incansablemente, de una luz a la cual todos los hombres podemos entendernos: la luz de la palabra con que terminaré este artículo.

A León Degrelle Marañón le ha conecido en una ocasión profesional: como médico al enfermo o al herido.

Marañón traduce el libro; el libro lo componen unas «páginas de insuperable hermesura y patetismo humano, llenas de esperanza de un mundo común y mejor, para las cuales, dentro de nuestras fuerzas, hemos pulido, como el oro en que se va a engarzar una esmeralda, nuestro más alado y más noble castellano».

Marañón escribe el prólogo, y lo hace «para explicar a los que

fueran capaces de extrañarse, que sea yo el que alabe y presente este libro, centelleante como una llama, en el que cuenta su vida, la de fuera y la de dentro, un hombre cuya trayectoria social está separada de la mía; y añado que no tiene esta explicación nada de excusa, porque no la merecerían los que pretendieran pedirmela, y no la merecerían por el solo hecho de intentarlo. Estas palabras mías, llenas de amistad, son sólo un gesto de liberación; gesto que, aun siendo mío y, por lo tanto, humilde, supone una lección que necesitan, ante todo, si el mundo ha de marchar por buen camino, los que se creen, sin serlo, liberales».

Marañón emplea su querida palabra «liberal» con tan noble fervor como el que mueve a Degre-

lle cuando emplea su querida palabra—mi querida palabra, también—«fascista». Pero al prologar el libro, don Gregorio siente que ese escrito suyo es sólo «un gesto de liberación». No puede uno evitar el recuerdo de una expresión afortunada que acaba de acuñar el señor Ministro de Información: «Liberarnos del liberalismo». Porque esos «liberales» que ahora piden cuentas a Marañón —y que son los únicos que se las piden, claro está—son los que obligan a Marañón y a nosotros a liberarnos de ellos.

Quien conozca personalmente a León Degrelle, o quien haya leído su libro, no tendrá dificultades para entender que todo esto procede directamente del corazón. El vocablo «corazón» se repite cuatro veces en el brevísimo prólogo e innumerables veces en el libro, cuyas páginas vuelvo a citar a Marañón—son «breves y anhelantes como latidos».

Un amigo mío, a quien le hice conocer a Degrelle, se sorprendió al comprobar que el jefe fascista belga no era eso que suele llamarse un idealista puro. León se hace como un niño entusiasmado cuando refiere las cifras de venta que alcanzaban sus periódicos y revistas, o cuando hace resaltar que en todos sus mítines había que pagar la entrada y se lograban estupendas recaudaciones. Lo cual no es obstáculo para que también diga redundante a Jiménez Scitil, en una entrevista para EL ESPAÑOL, que la verdadera revolución es «la que pone a punto no sólo la máquina del Estado, sino la vida secreta de las almas».

El corazón de los dictadores tengo para mí que es todavía más corazón que los otros. Tiene una mezcla de cuidado y valentía, de poesía y de eficacia, de abstracción y de economía que recuerda al corazón de los padres, donde lo más puro, poético y como magroso de la emoción late a compás con las ocupaciones materiales, prácticas, protectoras. Almas ardiendo, sí, pero almas que, mientras arden, hacen.

«Muchas veces—escribe Degrelle—alcanzamos la grandeza haciendo, con toda la nobleza de que somos capaces, las mil cosas pequeñas y molestas de la vida.» «Las gentes felices son las que saben darse. Los insatisfechos, lo son porque ahogan su existencia en una suspicacia perfecta, y se preguntan, cada vez que tienen que dar, cuánto es lo que van a perder.» «Virtud, grandeza, felicidad, todo gira en torno de esto, sólo de esto: darse.»

Sí, amigos. La palabra clave y central que en el corazón del padre y del dictador resuena, ésa es: darse.

Luis PONCE DE LEON

LEA Y VEA
TODOS LOS SABADOS
"EL ESPAÑOL"

DE LAS PIEDRAS, PAN

EL ANTIESTATISMO MODERNO

TODOS hemos observado en personas, en amigos de indiscutible sensibilidad y preparación cultural, la propensión a considerar el Estado y la autoridad civil como un mal que se debe tolerar, como una organización ajena al mundo auténtico de cada cual. Decir que esto es liberalismo y anacronismo es no decir nada. Es más bien desconocer las vetas intelectuales del actual antiestatismo, ajenas a la vieja teoría del racionalismo liberal. Hay una moderna literatura contraria al Estado que debe, por lo menos, hacernos reflexionar. «El proceso», de Kafka; «La hora veinticinco», y «La segunda oportunidad», de Gheorgiu, no son sino unos cuantos ejemplos. El hombre en esas obras es un ser miserable, un esclavo movido por los hilos que son manejados desde las grandes organizaciones y los grandes ficheros de las oficinas públicas. En aquellas novelas el hombre queda reducido a un ser pasivo frente a los demás, pero consumido interiormente por la trágica lucha de un espíritu y de una dignidad que quieren manifestarse al exterior.

Se habla de un Estado invasor de actividades que no le competen. Pero hay que reconocer que el Estado moderno ha llegado a esas zonas impropias no como consecuencia de un deseo de dominación, sino como un protector, un poder, una fuerza, que ha sido llamado por los mismos que luego se han sentido sojuzgados. El Estado, en cierta medida, ha sido llamado por la juventud. El Estado ha sido llamado por las entidades económicas en demanda de subsidios, de privilegio o de protección. El Estado es y ha sido llamado por todos, por usted mismo, querido amigo, que tantas veces hemos hablado contra los defectos de las organizaciones estatales, para que le resolviera este o aquel problema. Seamos sinceros: todos hemos discrepado del Estado, pero todos nos hemos esforzado también para que el Estado coincidiera con cada uno de nosotros en particular.

En las circunstancias actuales de lucha contra el capitalismo anárquico y contra el peligro comunista, de lucha contra toda disolución, el Estado, como protector y defensor de la sociedad, debe ser fuerte. Pero el Estado fuerte en el que nosotros creemos, el Estado que es garantía de libertad y de autoridad, no puede ser un Estado invadido por grupos de intereses, aunque tampoco un Estado invasor de las esferas que, desde luego, no le son propias. No puede ser un Estado invadido y cautivo de grupos y de minorías que no identifiquen su propio interés con el interés común, con el bien de

la totalidad. En cambio debe lograr el milagro de que todos los ciudadanos se sientan no solamente poseídos por el Estado, sino poseedores del Estado; se sientan constituyendo al Estado mismo. Una sociedad viva, materialmente viva y fuerte, no es una sociedad de clases y mundos cerrados, sino de clases y mundos abiertos. Una simbiosis total entre el individuo y el Estado, entre las instituciones de la sociedad y los organismos administrativos, sería uno de los objetivos a lograr en nuestro tiempo.

Todo lo que dejamos anotado, me podrían decir ustedes, es algo muy hermoso, pero muchas veces no responde a la realidad. Nos sentimos frecuentemente ajenos al Estado quizá por causas nimias, pero el hecho es que esas causas, acaso un funcionario que no ha sido con nosotros lo suficientemente correcto, acaso un recurso que hemos perdido, etc., etc., lo cierto es que esas causas nos apartan, nos separan, deforman nuestra mentalidad frente a los organismos estatales. Pues bien, reconozcamos los posibles fallos de la realidad, incluso la posible existencia de zonas en donde el Estado estaría invadido por grupos que representan intereses parciales. Pero ello se debe a la abulia, a la pasividad, al desinterés de todos nosotros. Al desconocimiento voluntario de lo que el Estado es y se propone. A la falta de coordinación y comunicación con las actividades que el Estado realiza. Queremos decir, concretamente, que no se puede vivir de espaldas al Estado. Hoy nos toca defender nuestra personalidad, nuestra razón, nuestra concepción católica de la vida y del mundo dentro de esas superestructuras cuyos defectos proceden muchas veces de que la amenaza del comunismo y la misma complicación de la economía internacional han hecho inevitables. El desinterés casi siempre peligroso por los asuntos públicos, la crítica estéril de la autoridad, la defensa egoísta de privilegios con menoscabo del bien común constituyen, según Su Santidad Pío XII, temas sobre los que ha de meditar el hombre de hoy. En definitiva, queremos decirle a usted, querido amigo, que hay que comenzar entendiendo las razones del Estado, y aun diríamos más: que para lograr un Estado que no sea invasor y que tampoco esté invadido, tal como deseamos, debemos empezar estando moralmente capacitados, por nuestra visión amplia de los problemas, para ser nosotros mismos parte fundamental de ese Estado.

Claudio COLOMER MARQUES

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

EL DERECHO DE LA PROPIEDAD Y LAS EXIGENCIAS DEL BIEN COMUN

PRECISAMENTE en la consideración que merece al Estado la propiedad privada es donde mejor puede estudiarse la orientación social de una política. Corresponde a la época de los Estados incipientes, de las políticas rudimentarias, la etapa en la que el derecho de propiedad se configura, y se admite, como dominio, o señorío, absoluto, sin apenas ninguna limitación. Y desde luego sin ningún condicionamiento en su ejercicio, en favor de la comunidad social. Y es correlativa, y paralela, a la existencia y auge de los estados liberales del siglo XIX, la limitación de la política a las simples funciones de la administración de la justicia y la vigilancia policiaca del orden público, mientras se abandona toda la mecánica del convivir en comunidad al libre juego de las fuerzas sociales. Dentro de este marco, dentro de este ambiente, la propiedad privada no se siente tampoco llamado a la realización de misión alguna con un fin de beneficio o utilidad común. Pero como los Estados ya en este tiempo tienen necesidades, siempre crecientes, de interés público a las que atender, y precisan, para ello, disponer de ciertos bienes que, muchas veces, pertenecen al dominio particular, sancionan leyes de expropiación forzosa. Resulta así la expropiación un medio de satisfacer las necesidades prevalentes de la sociedad mediante justa indemnización, ya que una propiedad ilimitada sería una propiedad técnica y anárquica y el derecho subjetivo del particular, desarrollado a espaldas del interés de la comunidad, es totalmente indefendible. Mucho más en los estados modernos, que tienen una sensibilidad más aguda para los problemas sociales. Mucho más, después que la doctrina de las Encíclicas pontificias ha afirmado la necesidad, y la conveniencia, de atemperar el disfrute del derecho

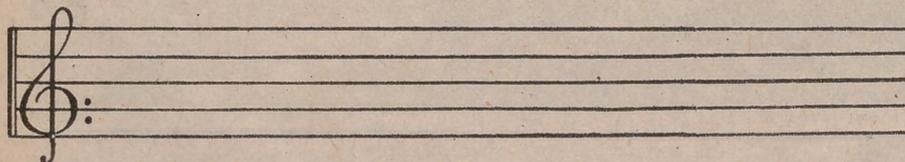
de propiedad armonizándolo con las exigencias del bien común.

La ley española de Expropiación Forzosa de 1879, concebida y dictada en un tiempo de política liberal, necesitaba una reforma. El tiempo transcurrido desde su promulgación, el cambio operado desde entonces en las bases políticas, sociales, económicas y de toda índole, el ensanchamiento del sentido de servicio a la sociedad que caracteriza la política del nuevo Estado español, hacían necesaria la reforma de esta ley. Y en el último pleno de las Cortes se ha aprobado el proyecto de nueva ley de Expropiación Forzosa, en el que se mantienen, para garantía del propietario, los cuatro clásicos períodos procesales: declaración de utilidad pública o de interés social, necesidad de ocupación, justiprecio y pago y toma de posesión. Ahora bien: se simplifican extraordinariamente los trámites y los plazos. El sistema, conservando las medidas que garantizan al propietario frente a cualquier arbitrariedad de la Administración, se planea todo él con un ritmo más rápido, más propio de nuestro tiempo.

No se trata, pues, de establecer ninguna medida de intervención estatal nueva esencialmente. Se trata, eso sí, de remozar la tramitación de un recurso tradicional de los Estados, de modernizar el desarrollo de una institución legal, ya conocida, con un honroso fundamento jurídico y una inspiración concorde con la doctrina de la Iglesia, para que el Estado pueda, sin desprestigiar el respeto a la titularidad propietaria del particular, emplear más rápidamente y con mayor eficacia aquellos bienes particulares, cuya apropiación requieran los intereses superiores de la sociedad.

EL ESPAÑOL

La nota mas alta...



ES LA QUE DISTINGUE AL HOMBRE A TRAVES DE LOS TIEMPOS

El divo de divos Hipolito Lázaro, la mejor garganta de la historia, único tenor del mundo que alcanzó dar el «FA» sobreaugado.

“KRON-VEST” la única hoja del mundo que alcanza la más ALTA NOTA de distinción por la suavidad en su afeitado.



KRON-VEST

PARTICIPE EN EL SENCILLO CONCURSO MENSUAL DE HOJAS DE AFEITAR KRON-VEST Y FACILMENTE GANARA UN RELOJ DE ORO WALTER ROVER DE 8.500 PESETAS

S'AGARO CUMPLE 30 AÑOS



LA PEQUEÑA HISTORIA DEL FAMOSO CENTRO TURISTICO INTERNACIONAL, CONTADA POR SU CREADOR DON JOSE ENSESA

UN PARAISO EN LA COSTA BRAVA

LLEGO de Barcelona e inmediatamente accedió a nuestra charla. A continuación habría de asistir a una conferencia. Y luego...

El luego de don José Ensesa Gubert está siempre ocupado: hacer, hacer y hacer. O contemplar y observar, para luego hacer. Porque, en verdad, este catalán ilustre, y nos atrevemos a usar este calificativo en atención a su obra artística al servicio del descanso y del turismo, única en el mundo, es hombre de fina sensibilidad, y por ello se detiene y recrea en la contemplación. Pero siempre por y para la acción.

—El señor barón de Grifó, presidente del Círculo Catalán. Don Carlos Soldevila, hombre de letras, que dentro de poco pronunciará una conferencia en el Círculo.

Nos presentó a las personas con quienes conversaba. Deduje que no hablaban de Conferencias Políticas Internacionales ni de plátanos volantes, todavía muy en el aire. Hablaban de un posible, y casi probable, plan de turismo invernal en S'Agaró.

—Esto entraña—decía el señor Ensesa—muchas dificultades. El turista de invierno, que por ser de invierno quiere decir que puede dejar el trabajo y sus ocupaciones sin menoscabo de la economía propia, está acostumbrado, exige determinadas comodidades y diversiones. La Costa Azul—basada en el trípode Cannes, Niza y Montecarlo—atrae con sus casinos y espectáculos a los residentes en las pequeñas poblaciones

de las cercanías; Estoril está a dos pasos de Lisboa; Egipto cuenta con lugares de recreo para los que quieren alternar el descanso y la arqueología con la vida mundana.

—¿Y usted está decidido a emprender la campaña invernal?

—Sí. Aunque en las cercanías falta ese complemento del descanso, Barcelona se encuentra a cien kilómetros. Pero ¿qué suponen cien kilómetros para quien haya recorrido, a lo mejor miles, en busca de este lugar apacible?

—¿Y en el mismo S'Agaró prepara algo?

—Próxima a su terminación hay en el hostel de la Govina una sala de fiestas que podrá servir para proyecciones, conferencias, conciertos, bailes, cenas de gala.

Así hablaba, con la característica resonancia nasal catalana, el autor de S'Agaró. Extendiendo brazos y encogiéndose de hombros razonaba como si ya estuviera en el «trato». Aparecía el hombre de negocios, pero de negocios a largo plazo. Un presentimiento, mejor una aguda intuición, le ha permitido «fiar largo» en esta empresa que le consume las horas libres.

No había desacuerdo. Asintió el barón de Grifó, hombre grueso, bonachón, que sostenía entre sus dientes, a manera de mascarón, una buena y bien labrada cachimba. Y también Soldevila, hasta a

La playa abierta de S'Agaró destaca al fondo de esta fotografía. La de arriba nos muestra Cala Padrosa, un embarcadero que las rocas guardan como un tesoro natural

entonces silencioso, concentrado y observador.

Hoy, a los sesenta y dos años de edad, tiene vida y obra para una biografía. Una biografía cuyas primicias se funden con la inteligente actividad y valiente empuje de su padre, punto de partida de todo.

Porque el señor Ensesa, padre, partió de la nada. El se creó. De la escuela, que abandonó a los doce años, marchó de aprendiz a una fábrica de pastas de sopas, que abandonó a los diecisiete años. En su casa nada había en que apoyarse su espíritu emprendedor. Sólo miseria y estrechez. Una venta en pequeñísima escala





Don José Ensesa Gubert, el autor de S'Agaró. A los setenta y dos años, tiene vida y obra para una biografía

de vinos, piensos y harina. Pero ¿y qué? Era lo suficiente. Y entraron en acción los cálculos: gana el minorista, gana el mayorista, gana el abastecedor, gana el productor... ¿Cuántos ganan? Una simple operación de resta dió la solución. Y acto seguido, con la previa anuencia del lápiz y el papel, rebañó de la casa las cuatro o cinco mil pesetas existentes, fué a tierras valencianas, vió bodegas, discutió precios, probó la mercancía, presenció las medidas, comprobó la carga y, de vuelta en Gerona, lo vendió. Le salió cuanto le habían dicho el lápiz y el papel. A los cuatro o cinco años era el más potente mayorista de la provincia de Gerona.

Como en la casa también se vendía harina y piensos, arbitró un modo de ahorrar intermedios. Primero, un molino, del que luego se apartó, y después, una fábrica de harinas en compañía de socios capitalistas. Hoy la fábrica de harina es una de las mejores de España.

El apellido Ensesa significa en Gerona todo eso.

—Es mi mejor herencia, dice el hijo. El apellido.

—¿Y qué formación quiso para usted?

—¡Ah! eminentemente práctica. Y tenía razón. Así que, estudios, sí; pero técnicos. Y conocimiento y trato social. Ver mundo y gente.

En consecuencia, José Ensesa fué enviado a un colegio de Francia, un colegio con régimen «a toque de tambor». A los dos años, es decir, cuando tenía doce, regresó a España. Su padre pretendió infructuosamente, por no tener edad, que ingresase en una Escuela Técnica de Suiza. Estudió, pues, el Peritaje Industrial y Técnico en Barcelona y Tarrasa, en cuatro años. A los dieciséis marchó a Inglaterra, donde permaneció la primera vez dos años. Industrias, fábricas, laboratorios, idiomas, relaciones sociales fueron sus ocupaciones. A los dieciocho, de nuevo a España.

—Dile a mi hijo José que venga al despacho—dijo Ensesa padre a un empleado.

José Ensesa, joven, conocedor de países europeos, dominador de dos idiomas, e hijo del dueño, llegó al despacho.

—Bien. Creo que ha llegado la hora de que puedas ingresar en esta industria.

—Ese es mi deseo.

—Pues, ven conmigo.

Padre e hijo salieron del despacho, camino del almacén.

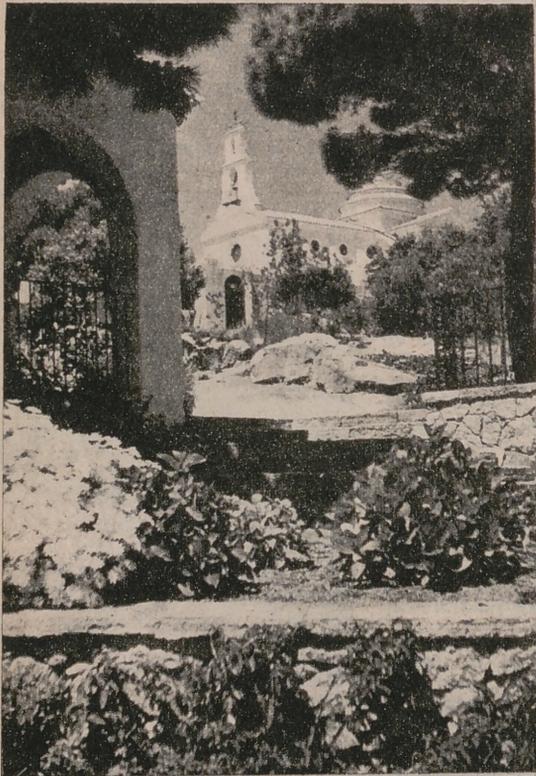
—Toma. Esto sirve para barrer.

Le dió un escobón. José, traído y viciento, quedó quieto. El primer intento le salió mal: «¿No sabes? ¡Así! Así se barre», decía el padre barriendo de verdad. «Toma». Le dejó la escoba y se marchó. Pasada la primera reacción, José barrió el almacén durante ocho días como jamás se había barrido. Después fué ascendiendo por todos y cada uno de los puestos de la industria. Hoy es el dueño.

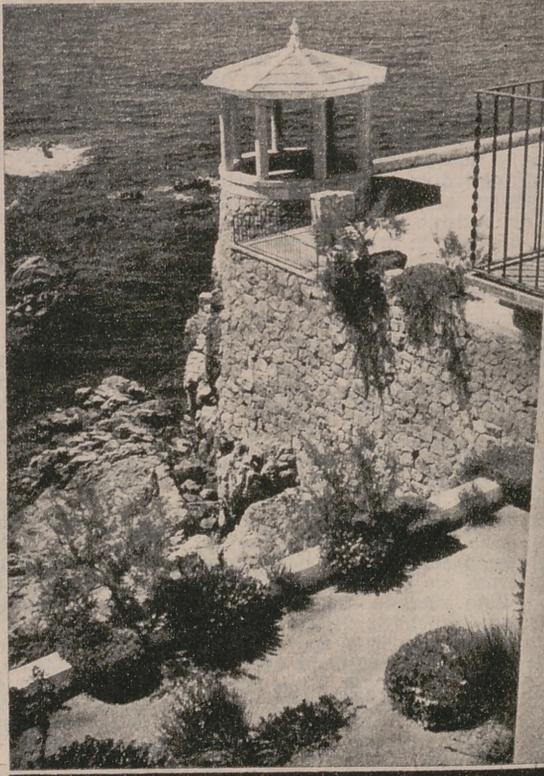
Soldevila dice que este procedimiento viene a ser un prejuicio de la industria catalana.

—¿Y usted ahora qué dice?

—Que a mi hijo, ya licenciado en Químicas lo primero que ordené fué que comenzase por fre-



Iglesia de Nuestra Señora de la Esperanza, de S'Agaró



Un bello mirador en templete en el camino de Ronda

gar tubos en nuestra industria de productos químicos.

Ensesa padre, ojo abierto a cuantas actividades pudiesen merecer su atención, fué ampliando su radio de acción. Tenía la vista pendiente de Gerona, de su provincia, de España e incluso del extranjero. Producir y operar a tiempo parecía su consigna. En ese lanzamiento buscó un nuevo y hasta entonces desconocido acomodo a su actividad: el descanso. Para edificar una casita de recreo, adquirió un terreno, yermo y solitario, junto al mar. Le molestaba, por el olor, una heredad cercana donde había un establo, y la compró.

Por el año 1919, el señor Manuel Bosch, instaló unas veinte casetas, viejas y despintadas, en la playa de San Pol, hoy dentro del perímetro a que pertenece S'Agaró. Así comenzaron los baños de S'Agaró. Los resultados adversos le hicieron desistir. Acudió un socio, Vicente Gandol, que nada pudo resolver, porque Bosch lo que quería era vender. Gandol recurrió entonces a pudientes de San Feliú de Guixols. Y nada. Le aconsejaron que viese al señor Ensesa. «Es un hombre de molta empresa i com que te algun tros de terra pels voltants de Sant Pol, podria convenir-li escoltar-te», le dijeron.

Un jueves de mayo de 1920, Gandol exponía ante el señor Ensesa las excelencias de su proyecto. El señor Ensesa, callado, le observaba de arriba a abajo.

—En principio, me interesa el proyecto. Tengo que pensarlo. Vuelva el jueves.

El jueves señalado, quedó todo resuelto en menos de media hora. Fué adquirido y aparecieron en poco tiempo diez casetas en la playa. Y también un resguardo para cuando lloviese, y además mesas, sillas, mostrador, espejos. Todo de segunda mano. De noche, la luz de un gasógeno de acetileno. Un bote, un patín, un Berliet impulsado por cadena y con ruedas macizas, de la guerra del 14, fueron los instrumentos de recreo. Aquellos ochocentistas Baños de San Pol, sólo utilizables en la época canicular, presagiaron el S'Agaró de hoy.

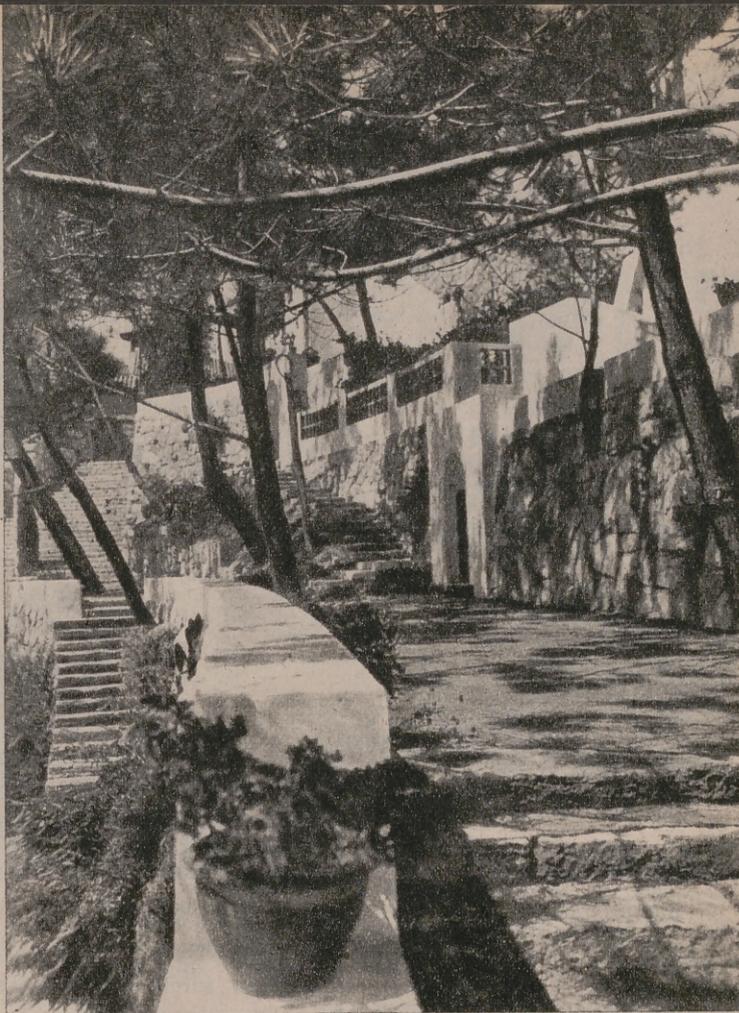
Mientras tanto, el joven Ensesa tenía alquilada una casita en El Estartit. En los cuatros años, el casero fué aumentando la renta, hasta que en 1923 le planteó el dilema: o comprar o salir.

Salió. Y se acordó de que su padre había ofrecido un solar en los alrededores de la playa de San Pol a quien primero edificase. Y recurrió a la oferta. Y logró convencer a su padre que no había previsto el caso.

—En realidad, no fué difícil convencerlo, por el gran cariño que me tenía. El sabía que mi proposición le originaría muchos gastos de momento improductivos.

—¿Pero no estuvo al lado de su padre durante las negociaciones en torno de la casa de campo y de la playa de San Pol?

—Yo más bien me opuse a estas actividades tan ajenas a las nuestras propias. ¡Quién iba a decir que yo sería el elegido para hacer florecer las semillas que el azar había ido sembrando



El camino de Ronda serpentea entre pinos, residencias y miradores, un litoral rocoso de impresionante belleza

do en aquellos parajes sin nombre!

—¿Qué concretó con su padre?

—Me autorizó para estudiar junto el arquitecto' Massó un proyecto definitivo de urbanización de aquellos yermos.

—¿Cómo enjuicia hoy la postura de su padre?

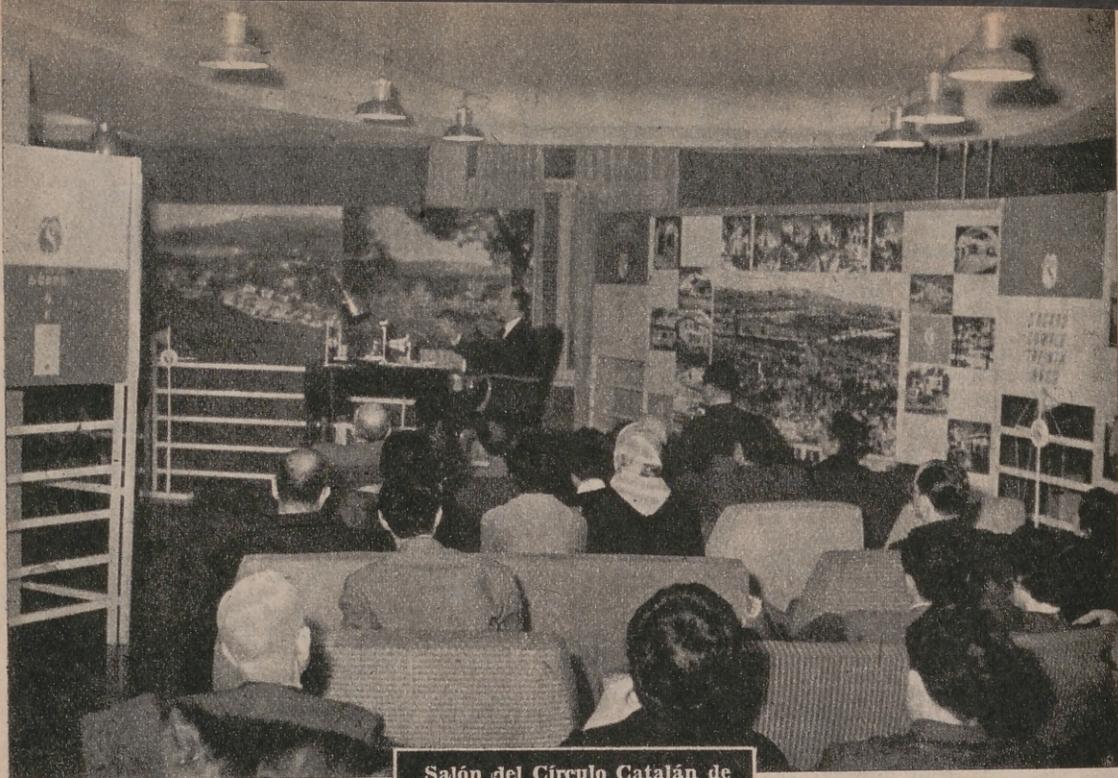
Don José Ensesa sonríe, pero expresando gran veneración.

Sonríe porque recuerda los incidentes. Su padre, hombre de negocios cuidaba de llevar las cosas bien controladas. En los primeros seis días del año quería saber el balance del anterior. Y, es natural, aquello de la playa...

—¡No puede ser! ¡No puede ser! Me arruinas, decía con el libro de contabilidad en la mano.



El señor Ensesa muestra a nuestro redactor los folletos editados para la propaganda de S'Agaró



Salón del Círculo Catalán de Madrid, durante una de las conferencias celebradas con motivo de la Exposición de S'Agaró

—Es que aquello tal como está...

—Dime, pero en cantidad fija, cuánto necesitas.

Aquello era un juego de engaños mutuos, pero en el fondo cariñosos. La primera cantidad pedida no era suficiente. Mas el señor Ensesa padre no dejaba de visitar de vez en cuando por las tierras urbanizadas, acompañado de amigos. Le gustaba, le agradaba aquello. Sentía gran satisfacción interna cuando sus acompañantes abrían la boca para dedicar elogios a lo que allí se hacía. ¡Que buena ocasión para pedir más dinero! Y el dinero no faltaba. Y Ensesa padre lo sabía.

—¡Era un romántico!

Ante mi cara de extrañeza, don José Ensesa insistió:

—Sí. Un romántico. Y en general, todo industrial bueno tiene un fondo de romanticismo. Si no se emprende, si no se crea aunque no se gane al principio, si no hay satisfacción al mejorar la propia obra, no es fácil prosperar. Créamelo.

—¿Y el comercio?

—El comercio es otra cosa. El comercio no tiene más campo que la propia utilidad. En cierta ocasión llamé la atención a un comerciante por la mala colocación de ciertos artículos interesantes, y me contestó: «¿Cree usted que esto es un Museo?».

El joven Ensesa, soñador, visionario de una ciudad ideal, no deja ni a sol ni a sombra al arquitecto Massó. Este, por su parte, no se siente molestado. Se reúnen, proyectan. El uno ve. El otro, lápiz en mano, perfila poblados, traza planos de avenidas, escalinatas, pérgolas, miradores.

A fines de 1923 comienzan las obras de la primera casa. El 24 de julio de 1924, aquella primera casa solitaria albergó al primer morador de S'Agaró, el propio José Ensesa. Solo, sin luz, sin agua, pero con una belleza natural por delante y un cúmulo enorme de ensueños por dentro.

Cada día que pasaba era un acicate más para sus proyectos que procura inculcar a su padre. Vivía en un lugar sin nombre.

—¿Cómo surgió el de S'Agaró?

—Encargada una remesa de plantas y flores para la playa de San Pol, que era como llamábamos a aquellos alrededores, el horticultor de Barcelona la envió a San Pol de Mar. Se hizo necesario buscar un nombre, y surgió espontáneamente: «¡S'Agaró!», tomado de un torrente seco que limita por Levante la playa. Se planteó un problema ortográfico: si se escribía Sagaró o S'Agaró. Fue, por fin, adoptada la segunda forma por considerarla de acuerdo con el modismo de la gente de nuestra costa. S'Agaró significaba en el primitivo idioma catalán pequeño torrente seco.

—¿Sonó por primera vez en el pueblito?

—En 1928, con ocasión de los «Viatges Blaus», que Manuel Marill organizó para dar a conocer a los barceloneses, en excursiones domingueras, las bellezas de la Costa Brava. Pidió mi cooperación. Como no podía incluir en el programa ninguna foto de aquellos parajes deshabitados, solicité la inclusión de su nombre. Preguntaban los excursionistas qué era eso de S'Agaró y dónde estaba.

Ensesa hijo y Massó siguieron adelante, con fiebre constructiva. Noches y noches en vela, discutiendo y planeando. Más de una vez fueron sorprendidos en la calle, ya avanzada la madrugada, midiendo las viejas arcadas de Gerona. Los noctívagos, al pasar, miraban de reojo con bastante extrañeza.

—Así nació, amigo, el célebre «Patí Blanc». Y las construcciones de este tipo han sido conti-

nuadas después por los nuevos moradores.

Y no sólo formas. También las viejas y hermosas piedras abandonadas se adquirirían. Ensesa, por donde quiera que va, es un par de ojos con la mente en S'Agaró. En viaje de Palma de Mallorca concibió la «loggia» que tanto embellece el conjunto armónico del lugar veranero. Hoy mismo, al despedirnos, me anunció que mañana iría a visitar a algún anticuario.

—¿Necesidades de S'Agaró?

—Sí. Algunas cosas que faltan—respondió riendo.

Viaja por España y el extranjero, y cada ciudad, cada rincón, cada casa, cada puerta, cada ventana, cada piedra es algo en contraste con S'Agaró. Todo lo ve relacionado o posiblemente aplicado a su artístico lugar.

—Bien, señor Ensesa. Si usted tuviera que elegir hoy entre S'Agaró y sus industrias, ¿qué haría?

Sonriendo mira a todos los presentes; se frota las manos, busca mejor acomodo en el butacón y calla unos minutos.

—Me hace usted una pregunta muy difícil.

—Usted ha debido ver claro. Es hombre práctico. Aunque de momento pueda haber pugna entre el libro de contabilidad y los afectos. Es usted creador de una bella Ciudad Residencial, nacida sobre peñas y tierra seca. Creo que S'Agaró es algo proyectado sobre el futuro.

—En primer lugar no soy el creador, sino el criado de S'Agaró.

—No entiendo.

—Como no soy una Sociedad Anónima, sino una persona con nombre, que vive, que convive con los habitantes de S'Agaró, a mí acuden para todo, incluso para pequeñeces que nada tienen que ver con el lugar en sí. El verano es para mí torturador.

—Bien, ¿y con qué se quedaría?

—Con las industrias.

Y extendió horizontalmente los dos brazos como diciendo que no hay más que discutir. El gesto me indicó que estaba todo previsto, aunque tal vez nunca dicho. Pero, observando mi extrañeza, aclaró:

—Es mucho lo que para mí representa S'Agaró. Y lo dejaría. Lo dejaría, no por falta de porvenir, sino porque S'Agaró, sin un negocio concomitante, no puede subsistir, y el negocio sin S'Agaró, sí. S'Agaró no es mayor de edad. Necesita protección, amantamiento. Quizás mis nietos...

Con el brazo en alto y la mano abierta hizo con los dedos un revoloteo de paloma en el aire.

Don José Ensesa es dueño de una gran fábrica de harinas, de las mejores de España y director de una fábrica de productos químicos que exporta al extranjero. El maneja los números.

¿Qué es hoy S'Agaró? Una Ciudad Residencial, con 50 casas y dos hoteles para el turismo. Todo el terreno mide una extensión de 100 hectáreas, de las que un 10 por 100 están edificadas, un 30 por 100 urbanizado, y el resto espera el pico, la pala y la plomada. Pertenece al Municipio de Castell D'Aró, distante unos cuatro kilómetros. S'Agaró es una ciudad con todas las exigencias de una ciudad, pero sin alcalde, sin guardias, sin funcionarios. Es una especie de señoría del siglo XX, donde el señor posee las tierras —a excepción de los solares vendidos—, concibe, planifica y realiza caminos, calles y plazas, organiza servicios, atiende y coordina deseos y cuida de todo como de algo propio. Este señor es don José Ensesa. Y la población estacional constituye una especie de comunidad bajo su orientación.

—¿No le interesa que se convierta en Municipio?

—No. S'Agaró, mientras pueda, será un pueblo sin pueblo.

—¿No ha establecido ordenanzas?

—Sí. Sólo para la construcción. Para edificar allí el tipo de construcción, el estilo y la forma han de ser aprobados por mi arquitecto Folguera. Al vender un solar se unen las ordenanzas de construcción, que gravan a la escritura en el Registro. En virtud de esta ordenanza, el tipo de construcción no podrá variarse en el futuro.

—¿Y por qué?

—En defensa de la armónica belleza del lugar. Nuestro propósito es rehabilitar el tipo arquitectónico tradicional de la región, pero ajustado a las necesidades de nuestro tiempo. En esto soy intransigente. Sólo me interesa la parte exterior del edificio.

—¿Y el lugar?

—¡Ah!, también. Quien compre terreno ha de construir de modo que no impida la vista del mar a los demás.

Creo que esta actitud del señor Ensesa responde a su decepción al contemplar las edificaciones en otros lugares extranjeros dedicadas al descanso y al turismo. Víctimas de las corrientes arquitectónicas predominantes en sus comienzos, hoy constituyen un lamentable cuadro en que la belleza de conjunto está por completo ausente. El señor Ensesa, ojos errantes de S'Agaró, no quiere que su ciudad tenga que oír en sus calles las mismas lamentaciones.

Aposentada sobre un pequeño cabo, sobre un morro entrante en mar, con el terreno en declive hacia las aguas, la Ciudad Residencial brilla al claro sol levantino entre árboles y jardines. Cincuenta familias viven allí en las cincuenta casas residenciales, y centenares de turistas entran y salen de sus dos hoteles. Es una ciudad.

—¿Quién vigila por el orden?

—No hace falta. Un guarda jurado, pirado por su uniforme, cumple las múltiples funciones públicas, desde jardinero en adelante.

—¿Hay comercios?

—No. Ni deseo que los haya. Si alguna vez fuesen necesarios, imprescindibles, «arrendaría», no vendería locales.

—¿Por qué?

—Para poder expulsarlos si no cumpliesen las condiciones impuestas.

—Entonces, la compra...

—Un autobús, denominado del «Servicio doméstico», parte a las ocho de la mañana para San Feliú de Guixols, y a las diez está de vuelta. Por otra parte, las huertas están a pocos metros.

—Después del viaje de ida, y vuelta del autobús «Servicio doméstico», ¿hay algún secreto en S'Agaró?

El señor Ensesa ríe, pero no desmiente. Inmediatamente vuelve a acariciar con la mente su ciudad.

Durante el curso de nuestra charla, los señores barón de Griñó y Soldevila han ido y venido varias veces. Han estado «haciendo» por teléfono. Cada vez que vuelven, por separado, el barón de Griñó carga la cachimba y Soldevila pone las manos abiertas sobre las rodillas.

—¿Y el servicio de basuras? Este es un gran problema urbano.

—He puesto un carro construido ex profeso. Un campesino de las cercanías, la caballería. El

campesino se lleva las basuras y algunas propinas.

—Bien, ¿y cuáles son sus relaciones de tipo administrativo con la población? Porque si ellos son propietarios de casa, la limpieza y cuidado de calles, plazas y jardines no serán de exclusiva incumbencia de usted.

—Se ha creado una especie de comunidad para atender a estos gastos. Cada uno contribuye con una cantidad proporcional a la superficie que ocupa.

—No quiero saber lo que usted aporte, porque tiene la mayor parte. Pero las restantes casas, ¿con cuánto vienen a contribuir por año?

—Unas 500 pesetas.

—Si usted hubiera tenido conciencia exacta de lo que habría de ser S'Agaró, ¿qué hubiera pasado?

Frunce los labios, aprieta las manos contra las rodillas, y saca de lo más profundo una contestación, que luego expone entre un fuerte soplo.

—Quizá me hubiera asustado.

—¿Acaso fué arrollado el economista por un sueño ardiente?

—En mis paseos solitarios por aquellas peñas, a orillas del mar, yo veía lo que podría ser una ciudad así. Lo presentía. Lo sigo viendo. Lo espero.

—¿Se arrepiente?

—Soy fundamentalmente un hombre basado en la economía. Por lo tanto, tengo que saber cómo van las cosas. Tan sólo no quiero saberlo de S'Agaró.

—¿Indulgencia?

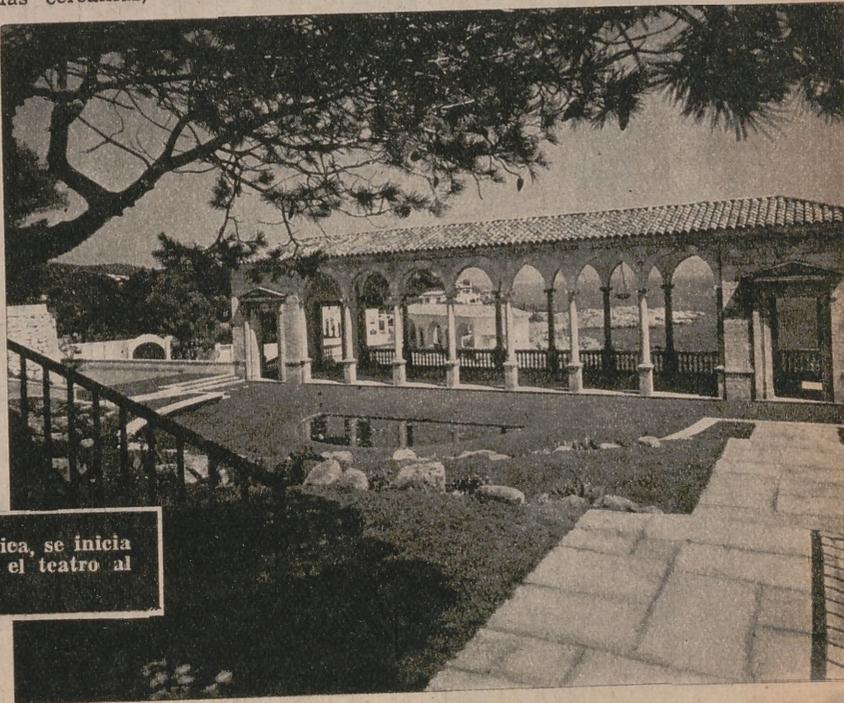
—Esperanza.

—¿Le entretiene mucho tiempo?

—Las horas libres, las horas perdidas. Estando en España suelo ir una vez por semana en invierno y otoño. En invierno, precisamente, es cuando gozo y disfruto de aquello.

El señor Ensesa se adentra en sí mismo, se monta en su memoria para recorrer aquellos lugares desde la lejanía. Muestra en efecto, el agrado que le produce su divagación mental por aquellas tierras que, según parece, pocas veces están lejos de él.

—De octubre a mayo es cuando puedo crear y organizar. Mo-



Frente al mar de la cultura clásica, se inicia la severidad de un claustro en el teatro al aire libre

vilizo mi brigada de 150 obreros para abrir caminos.

Tiene en S'Agaró una especie de escuela de selección. A cada obrero se le asigna una especialidad. Y aquellos obreros conscientes de su obra, de que realizan algo con valor estético, no sólo cumplen, sino que se entregan por completo, se compenetran con la obra. Ocurre que los domingos, días que podrían emplearlos a otras cosas útiles o de diversión, vuelven al lugar del trabajo con sus familias o amigos para enseñarles lo que hicieron durante la semana.

—Es una de las grandes satisfacciones de S'Agaró— resume satisfecho Ensesa.

—Y en verano, ¿qué hace usted en verano?

—De empresario «amateur». Escuchar problemas y cuitas y organizar fiestas con el temor constante al fracaso, que aun no se ha dado afortunadamente. Apenas salgo de una, yo tengo que pensar en otra.

—Pero tanto en invierno como en verano, lo primero el negocio.

—Claro. Si no se gana no se puede gastar. Mis negocios son la nodriza de S'Agaró.

—¿Reside?

—Resido en la carretera. Tengo domicilio e industrias en Girona. Residencia y un despacho en Barcelona. En verano, S'Agaró. Pero mi residencia más larga es en la carretera.

S'Agaró, como Ciudad Residencial con vistas al mar, es única en el mundo. François André intentó algo parecido en Francia. Pero, por belleza y armonía, por aprovechamiento de las circunstancias del terreno —ahí está el Camino de Ronda—, no admite comparación.

Es obra de un solo hombre. Sin esa ayuda tan poderosa que presta el juego.

Sus treinta años de historia, breves en el tiempo, parecen largos, inmensos por la continua evolución, y también renovación. Un mismo hotel ha pasado por tres fases. Y se oye hablar al creador de «hotel viejo», como si en treinta años pudiera haber vejez. Pero ello refleja el espíritu emprendedor, renovador. Si hace falta crea o renueva sobre la marcha con la mirada puesta

en un fin. Cada accidente del terreno puede provocar, ha provocado ya, una concepción arquitectónica, siempre estética y en relación con el conjunto. ¡Cuántas veces volvió el autor sobre una misma roca imaginando un posible mirador sobre el mar!

—Quisiera entrar en usted, si es posible. ¿Cómo no se ha hecho empresario de turismo?

—Soy constructor por afición. Mi amor al turismo es consecuencia de mi espíritu de constructor.

—¿Le pesa no ser arquitecto?

—Pues, no. De esta manera veo controlados mis proyectos. Los estudios de peritaje me han ayudado mucho en el dibujo y planificación.

—Ese deseo de control de sus ideas, ¿significa que se teme?

—Tal vez haya equivocado la carrera.

—¿Nunca ha sentido la tentación de convertirse en empresario de negocios turísticos?

—No. Pero sí me atrae la propagación del turismo. Ahora lo que quiero es que se desarrolle y crezca S'Agaró.

Desde luego, don José Ensesa está dotado de intuición en todo lo referente a turismo. Intuición acompañada de acción. Cuando en 1929 era casi imposible ir de Barcelona a S'Agaró sin coche propio, estableció un servicio de autobús. Tal vez fué el primer Pullman que circuló por carreteras españolas. La gente se asombraba. Los cómodos butacones tapizados de cuero, los servicios sanitarios, las revistas a disposición de los viajeros... Aquel Pullman, que hacía preguntar por S'Agaró, fué uno de los mejores propagandistas de la Costa Brava.

Desde los primeros momentos fundó una revista con el nombre de «S'Agaró». Ya en 1930 y 1931 aparecieron en ella artículos en francés e inglés. Estaba orientada al turismo internacional. En el resto de España, sin embargo, nada se había pensado en este orden de cosas.

—¿Es mucha la importancia que concede al turismo?

—Puede ser una de las mayores fuentes de ingreso de España.

Tenemos sol, paisaje y monumentos.

—¿Y usted, ¿cómo concibe el turismo?

—Hay un turismo de verano que busca el campo. Entre éstos se encuentran los de vacaciones pagadas. Y hay otro turismo de invierno, muy diferente. El verano es rural; el invierno, urbano. Al de invierno hay que darle una prolongación de su hogar y diversiones o entretenimientos. Pero siempre la intimidad. Es como se encuentra bien. No le interesa el hotel standard.

Consecuente con ello, Ensesa ha construido dos hoteles en que prevalece la decoración. Pero no hay dos habitaciones iguales. Pasillos con muebles y objetos de intimidad evocan de continuo el hogar.

—¿Qué norma se ha impuesto en su vida?

—Simplificar siempre las cosas. Y buscar, dentro de la mayor sencillez, la máxima bondad y eficacia de cuanto haga. Dedesto la jactancia y la ostentación. Lo bueno y sencillo al final se impone.

Afirma todo esto con la serenidad que da la certeza. Viaja, ve, anota, estudia, y luego procura convertir en realidad lo que considera adecuado a su propósito, que no es más que una ciudad de gran armonía y belleza. Sale varias veces al extranjero por año, y quiera o no —él dice que no— es S'Agaró quien recorre caminos, ciudades y hostales en busca de motivos aprovechables.

—Me ha manifestado repetidas veces que usted es un industrial, y que estas actividades le absorben totalmente. Sólo me queda por saber una cosa: cuando asomado a la terraza de su jardín de S'Agaró contempla su obra hermosa reflejándose en las claras aguas del mar, del Mediterráneo, ¿qué piensa usted, de qué se acuerda?

—Me olvido hasta de los negocios.

De pronto, volviendo en sí, sacude el brazo, como si diese un latigazo, y dice apretando un poco los dientes:

—¡Pero el maldito teléfono!...

JIMENEZ SUTIL

Champain

Erceba

HIJOS DE PABLO ESPARZA

BODEGAS NAVARRAS, S. A. VILLAVA (NAVARRA)

AZOR.—Reina 25 - MADRID

LA CASA, PUNTO DE APOYO DE LA FAMILIA ESPAÑOLA



El pequeño bar, en la casa moderna, hace más grato el hogar. Siempre está dispuesto en los momentos felices

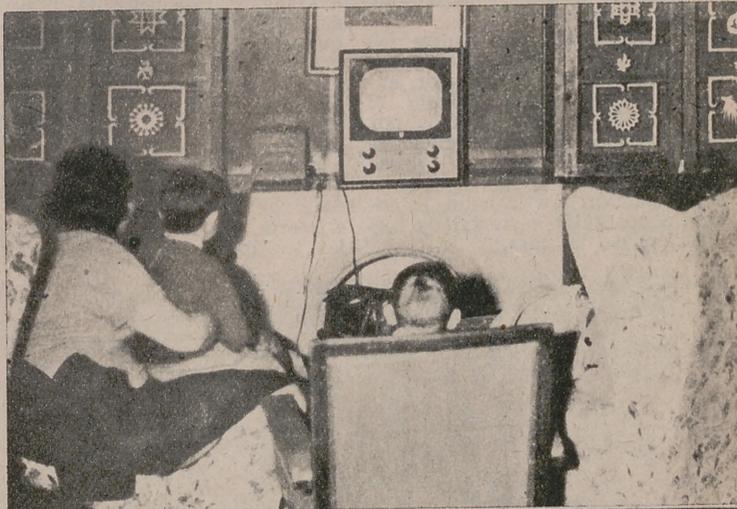


Un estilo arquitectónico funcional, utilitario, aprovecha plenamente el aire y la luz al servicio de la vivienda

EL HOGAR ES EL LUGAR DE RECREO PERFECTO

SE oye hablar constantemente de la revolución de las costumbres, del aumento de nivel de la existencia española. Los espectáculos están llenos. Cada domingo, un río humano de centenares de miles de espectadores elige el verde clarín de los campos de fútbol para demostrar que la vida actual está presidida por una serie de enormes desplazamientos en los que participan todas las clases sociales. El disfrute de la vida, el paso a los espectáculos mayoritarios no significa otra cosa que eso: ascenso de nivel de vida.

Pero todo ello, con ser mucho, es poco. Si la transformación quedara reflejada solamente en la vida exterior, el cambio, por muy considerable que fuera, perdería su mayor fuerza. Ocorre, sin embargo, que esa modificación ha afectado directamente, con una plenitud extraordinaria, al hogar español. El hogar, la casa, las paredes y el techo, el humor y la sonrisa han ganado una batalla extraordinaria. Ya no es ahora la casa, nuestra casa, un lugar para ir sólo a dormir. La casa se ha convertido esencialmente en un punto de



La televisión lleva el espectáculo al hogar: rodeando la pantalla, la familia se encuentra a gusto en su «cuarto de estar»

apoyo de la vida española. Dentro de su ámbito se han modificado sustancialmente los elementos decorativos y plásticos, pero, en el fondo, lo más importante ha sido el entender la casa como un conjunto vivo, como un organismo de latido perfecto, en el que es posible conciliar lo tradicional de siempre con una serie de comodidades simplistas, alegres, bien dispuestas, que obligan a considerar la vivienda, el hogar, como lugar de recreo perfecto.

Esta mutación, este cambio producido en la vida española, ha dependido, en muy buena parte, en la modificación observada en un triple orden: en la manera de entender la arquitectura, en la manera de entender la distribución de los interiores y en la manera de amueblarlos.

Sobre ese triple dispositivo, forma, función y poesía, se basa la victoria del hogar frente al Club. EL ESPAÑOL aprovecha la ocasión de las fiestas navideñas,

Los niños disfrutan como nadie de las ventajas del piso recién estrenado



hora de paz y de revisión de la vida del año, solemnidad siempre atada y viva en la memoria, la inteligencia y la tradición católica de España, para fortalecer y mostrar cómo la forma ha sido la gran empresa constructora, la función, la manera de entender que los cuartos han de ser utilizados para la vida, y la poesía, simplemente, la que ha contribuido a crear los nuevos muebles, los elementos decorativos y los gayos colores. Todo ese triple conjunto, en fin, que ha cambiado aquellas viejas recomendaciones que nos hacían de niños, antes de que la madre saliera de casa: «¡Prohibido entrar en la sala!»

Y uno miraba, por entre las puertas medio abiertas, aquellas habitaciones, sala y comedor, encerrados diariamente, sacado el brillo a la plata, patinados por el tiempo y las aglomeraciones los símbolos familiares, y pensábamos que el sitio de sentirse a pleno pulmón era la calle, la cocina o cualquier destaralada habitación de la casa.

LA ARMONIA ARQUITECTÓNICA

No tomemos únicamente nuestro parecer. Oigamos a las personalidades que pasan diariamente por los meridianos españoles. Sir Ivo Mallet, embajador de Inglaterra en España, decía bien recientemente y recordando su visita a España unos años antes del 18 de Julio: «El desarrollo de la ciudad es enorme, y la belleza de sus edificios, sobre todo en la Ciudad Universitaria, verdaderamente sorprendente.» Por el hilo de esa visión de un diplomático extranjero se podría llevar a la consideración fundamental de que la arquitectura ha sentido también ese ardiente estímulo de crecer bellos conjuntos. Las casas, la mía, la de usted, amigo lector, ya no se entienden como un conglomerado físico de cuartos, sino como un conjunto de situaciones de posible belleza.

La presión de lo útil y lo económico, preocupación de todos los tiempos, aumentada, sin embargo, por las enormes necesidades de la vida actual—en que nadie quiere casarse y vivir en compañía de otra familia, aunque sea la propia—, no ha alterado completamente ese sentido de que la vivienda es, fundamentalmente, algo más que un techo.

Buena prueba de lo anterior son los centenares de poblados, viviendas construidas para los más humildes, donde las rentas llegan apenas a las 15 pesetas—poblado «Canda Landaburu», en Santander, por ejemplo—y mantienen, sin embargo, un ideal arquitectónico: el de presentar un conjunto agradable.

Si se tienen en cuenta los profundos cambios introducidos en la vida social española, nadie podrá negar, en espíritu de justicia, su correspondiente fenómeno arquitectónico. A necesidades nuevas, formas arquitectónicas nuevas. El fin utilitario de la construcción lucha, por la natural exigencia de los españoles, en unir y relacionar los dos fines: lo concretamente utilitario con lo perfectamente armónico. La técnica, al ofrecer prefabricados y en serie muchos de los materiales indispensables, ha facilitado

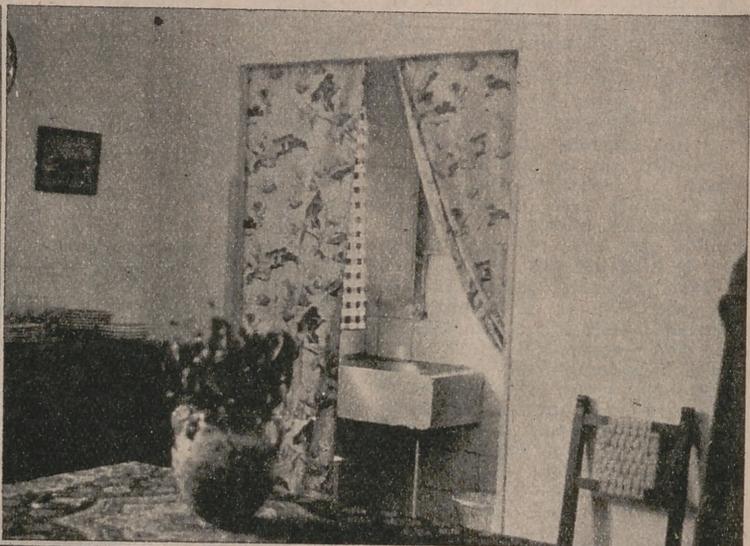
la labor. A los que consideran, sin embargo, que la fabricación seriada impuesta por la economía es enemiga de las fórmulas armónicas, se les podría presentar cien pruebas, entre ellas, sin ir más lejos, la producción automovilística, revela que es posible conseguir ambas finalidades. Evitar la monotonía arquitectónica y aprovechar, sin embargo, las ventajas del trabajo seriado.

El arquitecto español ha intentado, durante estos años, plantearse constantemente estos problemas. Al disponer la conjunción funcional y armónica de las piezas, el arquitecto en vez de ser un simple creador ha querido intervenir, casi directamente, en la vida de las nuevas viviendas. Su intervención se ha reflejado en el abandono de las habitaciones uniformes para crear, en su lugar, por lo menos en aquellas que van a tener un uso constante, las piezas asimétricas—de las que antes se huía—, por considerar que en ellas se pueden montar ángulos de gran intimidad. La casa se prepara así, en buena parte, para una instalación y decoración con mayores recursos. Estas habitaciones irregulares, realizadas en el gran conjunto de miles de viviendas, proporcionan recursos para la originalidad creadora de los que las habitan.

Se ha abandonado completamente la idea de que si se trata de vivir o trabajar cómodamente, lo menos importante resultan las fachadas, los elementos exteriores. Hoy al revés, existe un deseo estimulante de relacionar la belleza de los interiores con los exteriores.

Y, socialmente considerado, han dejado de existir las enormes diferencias que existían de piso a piso, ratificadas con la terrible habitación que se daba al portero. Ahora, la vivienda, en sus tres elementos de suntuaria, media y de rentas bajas, aparece con un acento de preocupación por el hombre.

Las fábricas que construyen viviendas para sus obreros y empleados no suelen faltar, tampoco, a esa doble intención de utilidad y belleza. El poblado que ha construido la F. E. F. A. S. A. en



En la casa lujosa, como en la más modesta, el orden en la limpieza proclama el amor al hogar de sus vecinos

Miranda de Ebro para sus trabajadores informa completamente de la mutación de la vida social de España. No es darles techo, sino entregárselo de acuerdo con la idea de que la casa es el revés justo de la taberna. En ese poblado se ha intentado hasta el esfuerzo de hacer decoraciones externas que diferencian unas de otras las casas individuales. Frente a ellas, una extensión pequeña de tierra para las hortalizas y las flores.

LA VIEJA SALITA

Hemos hablado ya de las recomendaciones y amorosos cuidados que un día existían para una sola pieza. Ninguna casa dejaba de tener, casi inviolable, una de esas piezas. Su armazón gravitaba, sustancialmente, sobre la vida familiar. Parecía ser que las casas se supeditaban a la «visita». Era ésta, en el fondo, quien parecía tener reservada, omnipotentemente, una habitación de la casa. El hogar parecía destinado y crucificado un poco para la presentación.

Al cambiar la existencia, al ampliarse los recursos y el dinamismo de la vida, la vieja salita infantil ha desaparecido. Ya no se anda por ella de puntillas, sino que, toda la casa, está beneficiada por el alegre desenvolvimiento de la vida cotidiana. Al simplificarse y perder rigidez algunas costumbres, la salita ha dejado de tener aquel tremendo empaque. La «vivienda para vivir» ha ganado su batalla a la «vivienda-presentación».

Como la arquitectura moderna ha terminado con otro de los fantasmas de las viejas casas, el larguísimo pasillo al que desembocaban una por una las habitaciones, la economía del planteamiento en el que se mueve el arquitecto, ha hecho aparecer un nuevo factor: que la casa, desde que se abre la puerta, tiene que ser aprovechada para la vida. No hay un solo espacio de más. Por lo tanto, sobre la economía del espacio, ha de edificarse la belleza de las situaciones.

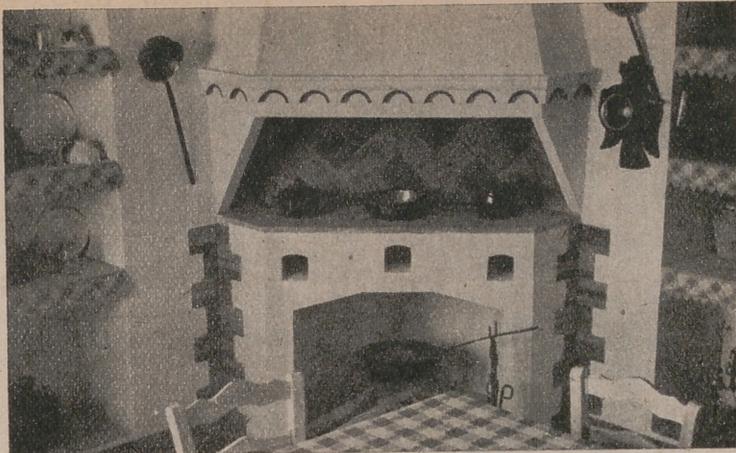
Los dormitorios, las habitaciones con una o dos camas, se escogen entre las más oscuras y lóbregas. «Para dormir, le despachaban a uno, no necesitas luz.»

Se ha alterado completamente esa idea de las habitaciones oscuras para dormir. Las alcobas tienen ahora una jerarquía importantísima en la casa. A ellas van, directamente, los atributos interiores y exteriores de la luz, el aire libre y los muebles escasos. El amontonamiento de las cosas ha desaparecido. A pesar del escaso espacio con que contamos hoy en las viviendas se da el gran contraste de que, en esencia, tenemos más cosas importantes que antes. Por lo pronto tenemos las mismas: el comedor, la sala, pero simplificados sus destinos.

EL AGUA, NUEVO ELEMENTO

Si las habitaciones eran poco importantes, si la consideración de que, salvo una pieza para las visitas, lo demás no tenía mucho sentido, está claro para todos que el agua ha venido a subrayar el fundamento más importante del cambio.

El agua no es sólo el agua de



La vivienda rural española también mejora notablemente. Aquí ofrecemos fotografías de una casa de labor y un hogar campesino

las inundaciones o el agua de la lluvia. El agua corriente, el agua del baño y de la ducha son hoy algo así como el elemento principal y fundamental de la casa.

No hablemos de las casas suntuarias, pero consideremos que no existe, en la actualidad, vivienda que no entienda que debe construirse pensando en la pieza de aseo. Donde no se ha instalado el baño, la ducha, elemento simple y de mayor sencillez, ha venido a imponerse. Haciéndose la advertencia que en los mismos baños no deja de haberla nunca. Razones prácticas, económicas y relacionadas, sobre todo, con el dinamismo y espíritu deportivo de la sociedad actual, han aconsejado y multiplicado la ducha por doquier.

Hace años, no muchos, y cuyo recuerdo está en la mente de todos, la bañera de latón era no sólo nuestro único contacto sabatino de escolares con el agua, sino en cierto modo, una representación del instrumento de tortura. El niño la verdad, no es que sea muy amigo del agua, pero entonces era su implacable enemigo. Faltaba costumbre. Niño y agua eran elementos extraños. El resto de la familia tenía también curiosas y pintorescas ideas sobre este elemento.

Ahora, el agua, como una auténtica bendición de Dios, se considera imprescindible en la edificación. Casa y agua corriente son relaciones armónicas e inseparables.

Otra función más tiene el agua actualmente, en la vida familiar: el agua como recreo.

El concepto de «saluda al campo», «necesidad del campo», ha situado el agua en su vertiente suntuaria: las piscinas familiares. Se me dirá, desde luego, que eso es un lujo del que disponen sólo las casas suntuarias, es decir, aquellas viviendas concebidas para ser utilizadas exclusivamente por los más afortunados. Y siendo ello cierto, en líneas generales, no lo es en su concepto riguroso. Primero, porque nada más salir de Madrid en plena Sierra, se han construido, en estos últimos años, centenares de viviendas independientes, de hermosa y sencilla estructura, no lujosas, y que, sin embargo, han tenido la preocupación de la piscina. Segundo, porque si se trata verdaderamente de familias ricas, hay que estar contento de que sea así, porque ello significa el notable y extraordinario crecimiento de la riqueza en la vida española.

LA SALA DE ESTAR-COMEDOR

Esta concentración de situaciones ha orientado la decoración de la sala de estar-comedor de acuerdo, poco más o menos, con esta realidad: No se trata de un comedor de empaque; no se trata, tampoco, de una gran sala de recepción. Vamos, por tanto, a construir un lugar cómodo y confortable. Frente al aire engolado y grave del viejo comedor, fren-



Ahí están, en el escaparate, los utensilios que la mujer desea para su casa. Su uso se está generalizando

te a la pesada mesa central entre dos trincheros, se presenta un decorado nuevo: mesa de comedor frente a las ventanas. Muebles ligeros, finos, simples, que definan una situación agradable. En un ángulo, los sillones bajos y la tapicería viva, de colores frescos que hacen juego con el mobiliario colonial.

La estancia que aparece así es, en principio, una habitación desenfadada. En ella, la familia hace la vida. Aprovechando las irregularidades, el acento asimétrico que el arquitecto ha querido que tengan estas habitaciones, se colocan lámparas de pie que terminan dando un tono de gran intimidad a la casa. Podría decirse que esta transformación es de gran importancia. El estrecho círculo de luz de las lámparas de mesa facilita las conversaciones familiares, acentúa de una manera muy especial el tono hogareño.

En la sala de estar-comedor, la

familia vive, también, con mayor independencia: se está más libre de cuidados. Todos, de igual forma, más cerca. Las relaciones mucho más cordiales.

LA REVOLUCION DE LOS MUEBLES COLONIALES

De todas formas, y no cabe darle vueltas, no se comprendería la transformación que, en líneas generales, está teniendo el hogar español, sin tener en cuenta la facilidad que ha dado a esta mutación el empleo del mueble colonial.

El mueble colonial ha venido a significar en el proceso que estamos viendo, lo que en su día significó la preocupación arquitectónica por la luz. La economía de espacio traía conectada a ella una economía del mueble. El gran comedor de nuestra niñez no encontraría sitio adecuado en ninguna de las casas en que vivimos ahora. Estaría estrecho y como cogido en trampa. Por tanto, hubo que pensar en otro mobiliario. Y el mueble colonial, y las variaciones que de él se derivan, ha venido a subrayar el cambio.

El viejo mueble de «brillo» ha dejado paso a los muebles asépticos y encerados. Líneas sobrias que se continúan, si a sí puede decirse, en una decoración basada sustancialmente en el color y la sencillez. Y, sin embargo, el mueble colonial produce obras de lujo que no abandonan esa posición inicial.

Por tu naturaleza, en principio, poco costosa—aparte las realizaciones específicamente suntuarias—, el mueble colonial ha tenido la gran ventaja de tener considerables y constantes renovaciones. La casa, por ello mismo puede constituir, hoy en día, una prueba de la originalidad y buen gusto de sus dueños. La monotonía de las mismas cosas—que antes sólo se diferenciaban en la calidad—deja lugar al aprovechamiento de las posibilidades que ofrece la estructura del propio hogar. Contra lo que pueda creerse, las casas han perdido su aire «standard» y reflejan, positivamente, la personalidad de los propietarios.

LA DECORACION DE LAS CASAS ACTUALES

Si el mueble ha perdido su altivez, la decoración pretenciosa de los adornos de escayola, puede decirse que ha desaparecido de las casas españolas. Si antes, por ejemplo, la silla se hacía para ser «bien vistos» (el Renacimiento), ahora las sillas se hacen para estar «bien sentados».

Si esto ha ocurrido, en los muebles la transformación es idéntica en la decoración.

La tradición quiere, y no hay desacuerdo en ello, que sea la chimenea, uno de los grandes recursos decorativos, pero la exigüidad de las habitaciones van alejándola un poco de las posibilidades actuales. Por tanto, y teniendo en cuenta que el espacio es la realidad fundamental, la decoración se ha inclinado por cosas sencillas, pero de gran importancia.

Quizá una de ellas, la de ma-

yor importancia, sea el haber conseguido ocultar los tendidos de la luz eléctrica. Ahora, de puro considerarlo natural, olvidamos que hace pocos años era muy corriente ver el tendido exterior, cosa que destruía completamente todo buen efecto. Si partimos de esa base, llegaremos a otras conexiones de la luz con la decoración.

En principio, está desapareciendo, en general, el uso de las grandes enormes lámparas de brazos que, salvo cuando se trata de verdaderas obras maestras, no son nada agradables. Frente a ellas, simplemente, aparecen las luces indirectas, los pequeños focos y, en general, todos esos síntomas de intimidad que vienen a ofrecer, cuantitativamente, las lámparas locales o de pie de mesa.

El color es el elemento determinante del «colonial». En el proceso de destacar determinado ángulo de la habitación, el color se transforma en su agente más indicado. Por ello, la tapicería actual descansa esencialmente en este principio: todo lo que puede considerarse recargado es pretencioso y de mal gusto. Deben evitarse las telas de apariencia rica en las habitaciones simples. El carácter de riqueza hay que dedicarlo a las piezas de tipo formal que alberguen muebles de gran tamaño y alta calidad de ejecución.

Para las piezas sencillas hay que destinar telas de algodón, tul, cretona, organdi. Mientras que en las definitivamente suntuarias pueden ponerse los terciopelos, brocados organdi bordado, tul de seda, chiffon o tafetán.

Las cortinas, por ello mismo, tienen en la nueva decoración un signo importante; son ellas las notas de color, las que pueden dar todo el carácter a la pieza. Juegan en ellas, en idénticas proporciones, la textura y el color. Aquí interesa repetir un axioma decorativo: El dibujo demasiado prodigado crea en todos los casos una sensación de inquietud; los motivos deben estar proporcionados con las dimensiones y con el carácter de la ha-



Nuevas cocinas y nuevos cacharros. Comodidad



La calefacción también es ahora más limpia

bitación. Si ésta es de plafón bajo es conveniente recurrir a rayas o dibujos verticales toda vez que se crea una ilusión óptica de mayor altura; si, por el contrario, contamos con una habitación de altas proporciones, aparemos a las muestras horizontales.

Al lado de las situaciones y contrastes de color que hoy tiene la casa, comienza a extenderse, y cada día con más creciente intensidad, la costumbre de tener plantas en el recibidor o en el pequeño pasillo de la entrada.

PLANTAS Y CUADROS

Si se mira con objetividad nuestro examen, se verá que, en el fondo, las variaciones esenciales de la casa española están motivadas todas ellas por un creciente empuje del buen gusto. Volviendo, pues, a las plantas como motivo decorativo cabe decir desde luego, que no representan una innovación fundamental. Cada época ha tenido sus plantas favoritas. Sin embargo, en la actualidad, algunas de las preferidas, tal es el «ficus», refuerzan el tono colorista del paisaje interior de la vivienda. No imponen, como a final de siglo, una presencia despótica, abigarrada, sino que sirven a un verdadero concepto simple y decorativo. No se trata de convertir la casa en jardín.

De igual forma los cuadros, es decir, la pintura «del pintor» se asoma ya con plena independencia a la vivienda española. De la época de las malas copias del comedor, copias referidas a las pinturas, grabados o carteles, se está pasando a una verdadera etapa de adquisición de obras de arte vivas. Unas serán de más valor, pero la valía de la firma, al fin y a la postre, nada tiene que oponer al deseo que vibra en la eliminación de aquel decorado un poco triste.

No he de decir que todo esto se refiere en su mayor parte a la vivienda del hombre medio y a los cambios y mutaciones que ha tenido la del trabajador. La vivienda suntuaria, producida también en España a un ritmo grande, ya que el ascenso del nivel de vida la van imponiendo sobre grandes sectores, sufre, igualmente, la transformación casi total de los viejos conceptos decorativos. En la vivienda de lujo aparece la gran estancia-terrace, y en vez del articulado rígido de la gran sala, se crea el simbolismo familiar de reunir en ella varios «rincones independientes».

La naturaleza de la decoración española, por su sencillez hace posible que participen de ella las familias más modestas. Si se parte de la base que la decoración es la creación de una situación agradable se verá rápidamente el por qué ha tenido tal aceptación total todo lo que queda referido a la artesanía. El extraordinario muestrario de cristal de Mallorca, la sutileza y gracia de muchos de sus modelos, que antes eran solamente adquiridos por el mercado extranjero, han sido rápidamente percibidos por la sensibilidad del español. Artesanía de gran belleza que, al pasar a la producción de varias series, la hace asequible a todos.

LA RADIO, EN TODAS PARTES

La situación de vuelta al hogar el hecho de considerar la casa como centro permanente del «todos con todos» bajo el techo está acentuada en la vida española por muchos hechos de actitud meridiana. De una parte, habría que considerar en toda su pureza la desaparición del alcoholismo, motivada, para mi gusto, por una superación del medio ambiente.

Por cualquier parte que vaya uno, por los barrios más humildes, nos encontramos con la multiplicación del aparato de radio. Desde un punto de vista social, el aparato de radio ha venido a centrar en buena manera, toda esa otra serie de cambios que se han venido reflejando en la vida española: la gente está más en casa. La casa atrae más, la casa no es ya un sitio donde se llega en la noche y se sale muy temprano al trabajo. En torno a la radio, en el círculo de luz de las pequeñas lámparas, el hombre español está encontrándose con una realidad mucho más entrañable que la calle. Ya no se oye, normalmente, aquel viejo grito de «yo no puedo parar en casa», «el techo se me cae encima».

Una mayor intimidad, una enorme y estrecha colaboración se mantiene entre cada componente de la familia. El fruto de este cambio enorme que está produciéndose en la vida española es claramente patente. El «café» el famoso «café» está desapareciendo no sólo por razones de los tiempos, sino por la razón fundamental de que la casa comienza a tener en España una categoría y una función de retención que quizá antes no tenía.

Por eso, con extrema frecuencia, ese trabajo que antes se hacía en la oficina, se efectúa ahora en el hogar. El hombre tiene siempre un pequeño lugar alegre en el que se siente a gusto. En las nuevas generaciones de escritores, casi sin darse cuenta—y éste es un ejemplo bastante fuerte de hombre inclinado a la calle—, aparece el hombre familiar que produce, en estrecha colaboración con la esposa, obras artísticas.

LA HABITACION DE LOS NIÑOS

Creo que, cuando yo era niño, lo más importante en el «cuarto de los chicos» era no dejarnos nada «de romper» al alcance de la mano. Ahora, en España, al despertarse el sentimiento de emulación, al sentir la potencia creadora y constructiva que desde todos los horizontes presionan, las habitaciones de los niños se han transformado. Las telas de colores claros, floreadas han llenado su cuarto. El color, la reproducción decorativa y alegre de animales simpáticos, forma parte de ese alegre renacer de la nueva manera de sentir la vivienda. Como la lucha es siempre una lucha por el espacio, han aparecido las literas.

Pero las literas, en el cuarto de los niños, componen también un cuadro decorativo. La vida es más alegre. Se colocan en el cuarto

Los nuevos modelos de muebles permiten estas originales habitaciones



Los corrales, que eran eje de las viviendas humildes, ya no existen en las nuevas construcciones, más sanas y cómodas

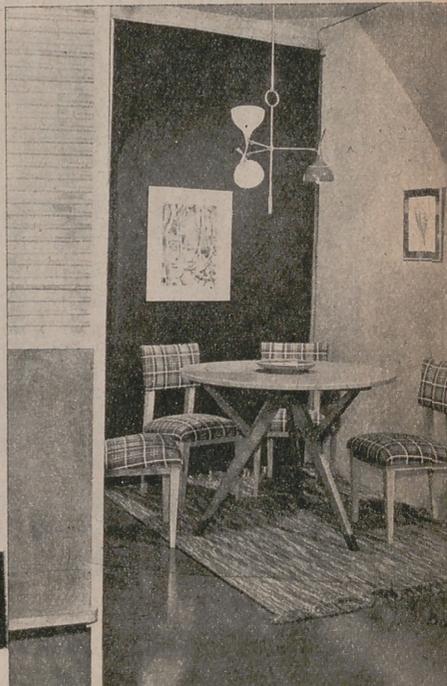
del niño que comienza a tener que hacer sus deberes, «su» pequeña lámpara y mesita para que pueda hacer cómodamente los «deberes». Se le inicia así en la propia responsabilidad y la propia independencia.

El cambio es notable. Antes el cuarto de los niños era como el de los «mayores». Ahora no existe familia española que no sienta esa diferencia que entraña el cuarto de los «grandes» y el cuarto de «los chicos». Preocupación limpia, serena, pero que registra la mutación de la sensibilidad y, ¿por qué no?, de las fuerzas económicas de la vida actual.

LOS MUEBLES TRANSFORMABLES

La dinámica que preside el movimiento construcción, necesidad y espacio, está constituida por un hecho indiscutible: hay habitaciones de las que no se puede prescindir.

Como no se puede tener todo, salvo en las viviendas grandes y



de mayor precio, en la guerra contra la economía del espacio ha aparecido la economía del mueble convertible, doble o transformable.

En las visitas que se han efectuado para realizar este trabajo, apenas ha habido familia que no tenga un mueble de doble función. En las familias humildes y medias, el de más utilidad es el del sillón-cama. Este falta en pocas.

—Se trata, viene a decir siempre la dueña de la casa, de una cosa muy práctica y cómoda.

En otros sitios los armarios del día son camas durante la noche, pero lo que parece evidente es su popularidad. Por otra parte, se trata de muebles de factura elegante, simplista, que guardan relación con esos conjuntos coloniales que forman el mayor porcentaje de los nuevos hogares.

A su lado y bajo ese signo, pueden quedar comprendidos los armarios empotrados y los guardadamaletas que se hacen en los techos perfectamente ocultos. Los armarios y maleteros dan a la casa un aire despejado. Se ve que no se tiene nada más que lo preciso que ninguna habitación, por su pura y esquemática simplificación, puede tener más de lo que tiene.

Se da el caso que varias familias al hablar de esa necesidad de guardar «los bultos», me han dicho: «Nosotros no teníamos armarios, pero los hemos hecho.»

LA COCINA Y LOS APARATOS ELECTRICOS

Si la transformación de la vivienda española ha sido evidente, la de la cocina no lo es menos. Volvemos a encontrarnos en ella con la preocupación de la luz. A la cocina se la ha concedido su puesto importante y a ella han ido a parar muchas de las innovaciones y aparatos eléctricos más notables.

Una señora americana, al hablarle de estas cosas, me decía:

—Yo me traje de América mi batidora eléctrica y cuando llegué aquí me encontré con que las había de todos los tamaños y formas.

No se puede decir, claro está, que estos instrumentos estén ya

en todas las casas, porque sería decir cosas que no son. Lo que sí es cierto, verdadero, es que el crecimiento de la vida española va ampliándose hacia ellas. Lo que antes era una curiosidad que traía la señora americana, hoy es algo que va entrando dentro del campo de las necesidades y de los deseos de cualquiera de nuestras familias.

Desde ese rango de emulación, y considerándolo así, habría de considerarse la enorme difusión que han tomado las planchas eléctricas que, puede decirse, han entrado en todas las viviendas, igual que el gas, infiernillos y hornillos eléctricos presentes, también, en una u otra fórmula, en todos los hogares.

Fórmulas incesantes de limpieza y de bella presentación dan a la cocina actual un signo de gran importancia. Armarios blancos, mesa transformable, lavadero con agua caliente y agua fría, con las pequeñas piedras de mármol para las necesidades del trabajo, forman la clave de una corriente cocina de nuestras viviendas.

Las pequeñas neveras para hielo o las grandes neveras eléctricas comienzan a sentar su plaza en la vida de los hogares españoles.

LA TRANSFORMACION EN EL CAMPO

Si las transformaciones son evidentes en las ciudades españolas, la del campo no lo es menos. El aumento de nivel de vida, el fortalecimiento económico de muchos de sus productos, coyunturas prósperas, han cambiado también el aspecto de las casas de los pueblos. Primeramente se han construido muchas más y es raro, al viajar, no encontrar los signos exteriores de haberse realizado muchas modificaciones en otras.

Los Ayuntamientos han luchado por llevar el agua y la luz donde faltaban, que era, en la geografía de España, un área extensa. Luego, sus propios habitantes han hecho el resto. Como en la ciudad han aparecido, y quizá en un porcentaje mayor, los aparatos de radio y los eléc-

tricos, planchas, etc. Han corregido los cuartos de aseo e higiene, cambiando los viejos y terribles que poseían, edificando otros nuevos.

Las antiguas y grandes cocinas de campana, de las que colgaban, brillantes, las cacerolas de cobre, y en cuyo hogar se colocaba entre unos palos el puchero de barro de la leche o la comida, han dejado paso a las cocinas económicas. Si las viejas cocinas subsisten es, como vi personalmente en una vieja casona de Avila, como señal de respeto hacia la sobreviviente más antigua de la casa. Porque, como decía ella, «el único sitio donde me siento bien de la casa es aquí, junto a la chimenea».

Pero el cambio es inevitable. De la misma forma se han modificado las costumbres. Al mismo tiempo que el campesino viaja más, ve más y conoce más, se ha fortalecido su sentido hogareño—siempre fuerte—para sentir la familia como una comunidad. Se sigue conservando, sin embargo, el viejo espíritu tradicional de recibir diariamente a los amigos que vienen a echar una partida de cartas o charlar un rato.

LA CALEFACCION

Otro de los factores que han convertido la casa «en lugar habitable» es la calefacción. Sin que, naturalmente, se puedan hacer observaciones de carácter general, sí puede decirse que, en un país de invierno tan frío como España, la falta de calefacción empujaba un poco a la gente fuera de su casa. El Club y el café, con calefacción y llenos de gente, venían a ser un paliativo.

El aumento extraordinario que está teniendo la calefacción, el hecho de que ésta comience a sentirse como una necesidad y no como «cosa de ricos», vuelve a dar a la vida familiar su aire hogareño. La casa caliente, en el invierno, es un feliz acontecimiento.

Aun considerando que se harán por miles las casas sin calefacción no se puede negar de ninguna forma, que se está considerando su presencia como una necesidad más. Quien la tiene la entiende como la luz o el agua: nunca como un lujo. Y esto ya es importante.

Por otra parte las calefacciones eléctricas, radiadores tipo «Marconi», braseros y salamandras, mantienen en torno a esa nueva figura de la casa española su acento alegre.

Gira, pues, la vida española hacia plenitudes más altas. Al revés de los pájaros que han de emigrar cada invierno, la casa española está intentando convertirse en verdadero centro de todas las estaciones familiares. Vuelta la nueva Navidad de 1954 hacia ese sentimiento de ser la casa verdadera morada de Dios, no cabe mejor deseo ni mejor esperanza que pedir se levante en cada una de ellas, frente al árbol de Navidad, el nacimiento. Frente a las hojas y la palma, el belén. El belén que hagan los niños de acuerdo con el espejo, la tradición y la ventura católica de España.

Enrique RUIZ GARCIA



Moderno interior, suntuoso, en el que todo el espacio está totalmente aprovechado

LA NAVIDAD DE LOS HUMILDES

Por PABLO
Obispo de Sigüenza

I

CUANDO Jesús predicaba el Evangelio, nadie dudaba de que traía a sus adeptos una nueva manera de vivir y, desde su comienzo, una nueva obligación de amarse fraternalmente.

Al concluir sus predicaciones, la muchedumbre no ocultaba su entusiasmo: «Nadie ha hablado como El.» Sobre todo, al hablar de la caridad. Sentó cátedra de sacrificio.

Empezó por dar clara la fórmula: «Este es mi mandato... ¡Que os améis!» No es facultativo, como, por ejemplo, abandonar las riquezas, seguir la vida más perfecta.

No es una orden como otras tantas de su código, que prescribe una virtud semejante a las demás virtudes.

Es «Su» mandato por excelencia, el central, el total. Como si dijera: «Su único.»

Es la señal distintiva de su familia, el emblema corporativo. No será la señal de la Cruz en la frente, sino la bondad impresa en la conducta, a la manera de auténtica en precioso metal: «En esto os conocerán que sois cristianos.»

Es la piedra de toque en la tierra y en el cielo. La salvación se deberá a la caridad, y a la falta de ella se deberá la condenación: «Tuve hambre y no me disteis de comer...» «Lo que no hicisteis con mis pobres no lo hicisteis conmigo.»

Confróntese ante esta página, lector amigo, el pecado de egoísmo: vivir para sí, gozar para sí... ¿No te parece grave este pecado? Pues será la norma de tu juicio en tu muerte. Todas las otras protestas de amor, si ésta falta, nala valen. Es que el amor de Dios y del prójimo es un único amor.

La Iglesia por esto maldice a los que, teniendo, no dan de comer a los demás.

No nos podemos contentar con algunas limosnas distribuidas acá y allá, con algunos actos caritativos cumplidos de Pascuas a San Juan, consagrando nuestra existencia, nuestro yo, consagrada a sí misma. Vanas apariencias de bondad de que se cubriría el egoísmo siempre vivo en nuestros corazones.

La caridad es otra cosa. No es tanto una ocupación accidental cuanto una «preocupación» constante; no es tanto un gesto de las manos cuanto una disposición del corazón... Lo que la fe reclama de un cristiano es una pasión que se convierta en una obsesión y tormento, un deseo insaciable de ser bienhechor; una servicialidad perpetua y universal; un amor de los pobres que llene las profundidades del alma, coloree todos los pensamientos, oriente toda la conducta y lleve al máximo su rendimiento en favor del necesitado.

Desde luego que hablamos, lector amigo, de caridad, y suponemos satisfechos primero los debe-



res de justicia social. A cada uno lo suyo. El pobre rechazará muchas veces la «limosnita», porque quiere que se le dé lo que es suyo.

¿No dicen que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo? Y en estos tiempos duros... ¿no es todo poco para uno mismo? ¿Es oportuno pedir, recordar estos deberes esenciales?

En el Evangelio, ese empezar por uno mismo acaba en mi hermano. Cada vez que pienso cómo como yo..., y cómo duermo..., y cómo espanto el frío..., y cómo la gozo..., y cómo están otros debajo el puente, en la cuadra en la buhardilla, en el piso infame..., y cómo no comen, y cómo no duermen, y cómo se desesperan... Discurrir de esta forma, lector amigo, es del arrivista, del cínico, del criminal que se aprovecha de las circunstancias. El auténtico cristiano se estrecha y dilata su corazón.

Si visitáramos el tocador de la señora, el arca de las ropas de la joven; si repasáramos el libro del negocio, la cuenta corriente, la temporadita de veraneo; si tocásemos el presupuesto del confort, espectáculos etc., etc., ¿no sobraría nada?

A todos obliga esta ley, pero especialmente a los ricos. Dejando de lado la obligación de dar limosna y hasta dónde sea esa obligación, yo os daría un consejo: dar un pedazo de tierra a los pobres para que ellos os den un pedazo de cielo.

El Evangelio no prohíbe que haya grandes; jamás podrá suprimirlos la revolución. Utiliza tu grandeza en ayuda del débil y tendrás el espíritu del Evangelio y serás del Señor. Así hemos de educar. «A vuestro servicio...» Jesús era rico y se puso a servir...

El Papa es el primero: ¡Siervo de los siervos! Su poder es un inmenso servicio. Y así organizó a la sociedad cristiana el Señor: como un cambio universal de servicios.

El gran Bossuet decía a un monarca con valentía: «Dios no ha hecho a los grandes sino para proteger a los pequeños. Por tanto, ¡oh ricos!, tomad cuantos títulos soberbios os plazca; los podéis llevar en el mundo; en la Santa Iglesia de Cristo sois tan sólo servidores de los pobres.»

El día que se practique esto bajarán los ánge-



Una simpática escena navideña en un dibujo utilizado por una casa comercial para felicitar a sus amigos

les a ver este espectáculo. Si el estado de gracia es el cielo anticipado de un alma, el estado de caridad es el cielo esbozado en la tierra. No habrá más valle de lágrimas; la tierra entera podrá cambiar su nombre en el de «Monte de las Bienaventuranzas».

II

Lo que la Iglesia ha leído en el Evangelio. Que los pobres son de la Iglesia, podíamos cambiar los términos y decir que la Iglesia es de los pobres. Es igual. Desde el encabezamiento del sermón del monte: «Beati pauperes...»

No dice Jesús que los ricos no puedan pertenecer a la Iglesia y ser fervorosos en ella. Pero dice que «es difícil que los que tienen mucho dinero entren en el cielo». Los desheredados de la fortuna, los pobres..., a éstos recoge el Señor en su casa y les da por hijuela su propio reino: la Iglesia de los pobres.

Y por eso mismo los pobres son de la Iglesia, son las pupilas de Jesús y de su Iglesia. Contra los soñadores que quieren barrer del mundo la pobreza... dice el Señor: «Pobres tendréis siempre entre vosotros.» No pueden desaparecer los pobres por completo, porque aquel día desaparecería la Iglesia, que es el reino de los pobres; aquel

día desaparecería lo más bello del catolicismo, que es la caridad, y la Iglesia no sería la Iglesia del amor, como diría Harnack.

Los pobres no pueden desaparecer, siquiera para que, apoyándose en ellos, se salven algunos ricos. Siempre se dará este inmenso milagro de la caridad cristiana con el que podemos decir a los paganos: ¿Queréis una gran prueba de nuestra verdadera Iglesia? Mirad cómo amamos a los pobres. Y los paganos dicen: «Mirad cómo se quieren.»

Los primeros que vieron el resplandor de este ideal de la caridad en la Iglesia fueron los Apóstoles. San Juan, Santiago, San Pedro, San Pablo hablan inquietadores sobre el grave precepto de la caridad.

Es precepto del Señor y basta. El que no ama al pobre no es de Dios. Por eso tiene la Iglesia por mentiroso el catolicismo del caballero que dicen honrado y que cada domingo oye misa tardía y comulga por Pascua, pero que no hace caridad.

Mentirosa la devoción de la señora que se encierra en su torre de marfil, mística, sensible, cargada de medallas..., pero que no hace caridad.

Mentirosa la perfección de la señorita que se cree irreprochable al verse limpia de grosera sensualidad, pero que no hace caridad, abriéndose a los grandes pensamientos de amor al pobre.

Mentiroso el que da unos céntimos, como el famoso farmacéutico pintado por Flaubert, quien, habiéndose encontrado un día con un ciego andrajoso, le aconsejó que comiera ricas chuletas, que bebiera rico champagne, y sacando cinco céntimos le dijo: «Toma y devuélveme tres.»

Este pensamiento dice perentorio en toda la tradición de la Iglesia, de los padres, doctores, ascetas.

San Juan Crisóstomo dirá: «No adornes las iglesias si por eso tu hermano va a perecer de miseria. Ese templo es más augusto que aquél.» Y el gran Bossuet repetía: «El que no hace la caridad renuncia a la fe, abjura al cristianismo, sale de la escuela de Cristo, es decir, de su Iglesia.»

La caridad ha de ser cristiana, sobrenatural. No el paganismo que se nos está metiendo ni la filantropía. No esos bailes de beneficencia y copas de champagne, que espuma con los tiernos corazones de las damiselas y de sus apuestos galanes. Y eso para el pobre... ¡No!

La caridad es algo sobrenatural: es ver a Jesús en el pobre; a Jesús que sufre, tiene hambre, pena... Lo otro será filantropía, amor natural, como hablaban Platón, Buda, Mahoma..., gentes que salpican con queso de filantropía los macarrones de las fiestas de beneficencia.

Es estrecharse, privarse, quitarse de lo suyo, de lo que le sobra, para dar al pobre, a Cristo en él. Y esto sin ruido, porque el bien no hace ruido, y el ruido no hace bien. Caridad, pero sin faltar a la caridad. Que no sepa la izquierda lo que hace la derecha. Así habla el Señor.

Y la caridad la puede hacer cualquier cristiano. La Iglesia, porque es la Iglesia, porque es la Esposa de Jesús, la Madre de los pobres, porque Jesús así se lo confió. Es algo muy suyo. Esencial.

El Estado, si es católico, porque no puede menos de ayudar a la Iglesia. Porque cree en Jesucristo.

La caridad la puede hacer cualquiera, y si está en gracia y la hace con recta intención merece ante Dios.

Pero el orden se impone y también la jerarquía.

La Santa Madre Iglesia va a ayudar a sus pobres la Nochebuena. Sé muy generoso y ama al pobre.

Y así resonará en tu corazón: ¡En la tierra, paz! ¡Paz! ¡Paz! Que es el don de Dios.

III

Que haya un abismo entre el ideal y la realidad se explica dada la debilidad humana. Pero que presentemos el programa de Jesús no como El lo presentó, esto es más grave. Para cumplir un deber, lo primero es conocerlo.

Teresita del Niño Jesús, al atardecer de su vida, cayó en la cuenta de este deber esencial de la caridad.

¡Cuántos podrán repetir esto!, y siendo generosos. Preocupados de la preservación moral más que de la formación social, la mayor parte de las familias se limitan a guardar sus hijos fieles a los muros y afectos familiares.

¿Cuántos se preparan para el puesto del desinterés y sacrificio? Los forman «buenecicos...», pero les queda un enorme defecto: la ausencia de la gran cualidad, la caridad. Es un «querubín», una

Lea en el número 35 de
POESIA ESPAÑOLA

DOCE SONETOS

-- De Vicente Gao --

y otros poemas de Eduardo Zepeda, Henríquez, Sebastián Sánchez Juan, Mariano Roldán, José Córdoba Trujillano, José Luis Gallego, E. Gutiérrez Albelo y Rogelio Buendía.

«estatua griega»... pero le falta el empuje para hacer el bien, el dar cabida en sus pensamientos a la vida de los demás.

El catolicismo es algo más que un sistema de «represión»: es un sistema de «exaltación» de nuestras tendencias mejores. Reprime lo perverso a fuerza de desarrollar lo bueno. Por eso, mejor que eliminar faltas, es fomentar grandes y recias virtudes. Por este «despiste» en educadores y directores está tan estéril la religión y la sociedad. El primer deber del director es inculcar el primer deber del dirigido: darse, ¡la caridad! Si esto se hiciera en los colegios, en las catequesis, en los centros de Acción Católica, en los retiros, en el confesionario, en el púlpito... ¡¡¡por todos!!! Estamos cansados de recomendar las obligaciones con Dios, los mandamientos de la Iglesia, los pecados capitales..., y nada decimos del origen de todos: ¡el egoísmo!

Todo es analizar las faltas que has hecho... ¿Y la omisión. Los antiguos solían rezar en el «Yo, pecador»... «pequé con el pensamiento, palabra, obra y... omisión».

Yo no hago mal... Pero ¿haces el bien? Pío XI habla con tristeza «de los cristianos que no se acuerdan de su ley de caridad». Han oído que las obras de misericordia son catorce..., y Santo Tomás (2.^a 2 ae., q. 32, a. 2) hace ver que en estas obras está todo incluido. Allí está todo muy bien. Pero ¿quién lee a Santo Tomás? Algunos creen que la caridad son ciertas obras, hasta catorce; pero el espíritu son las ocasiones, es toda la vida.

Lo mismo sucede con la comunión, exámenes, etcétera. Todo es pensar en sí, pedir para sí... ¡Santo yo!

La pureza es la virtud «bella», pero no la «gran virtud». Hay que pensar en otros. ¿Te has fastidiado por ser útil, agradable, por hacer el bien? En familia, ¿he contentado, servido? Mi colegio, amigos, ambiente de trabajo, ¿es mejor porque yo vivo allí? ¿He cortado mis gastos de fantasía para ayudar al que le falta lo necesario? El que trató conmigo hoy, ¿está más cerca de Jesucristo por eso? Y cada mañana: ¿A quién ayudaré yo hoy? Por la tarde: ¿He perdido alguna ocasión de ser amable, servicial? Esto es vivir el cristianismo.

¿Qué desfalco en la educación! ¿Quién habla así? ¿Quién vive así? Se habla mucho de verdades eternas, remedios, etc., y se olvida el hablar del «don de sí». Y de ahí esta apatía, indiferencia en las obras parroquiales y de apostolado.

Dicen: «Cada uno salve su alma». No se trata sólo de evitar el infierno. La cuestión religiosa sólo se plantea bien en la muerte. Entonces se ve que el sacerdote es algo más que para ayudar a morir... ¡Incomprensión! Pues sabed que no se salva si no se da pan al hambriento, y que la eternidad es para los misericordiosos.

Y no saben esos ciudadanos de élite que hoy reclama el mundo (Pío XI). Integérrimos, tal vez, en su vida privada, pero extraños al apostolado, en su absentismo culpable. Y el terreno abandonado. Y se les aprieta y responden: «Yo me lavo las manos».

Les hablas de la obligación de la Acción Católica, de que «debe ser considerada por los fieles como un deber de la vida cristiana» (Carta de Pío XI al cardenal Gasparri, 24 enero 1927), y en vano... Lo tienen como una sobrecarga, una simple medida de circunstancias o una mera imposición del Papa. Otros dan su adhesión verbal, su nombre en lista y la cuota.

Se les habla de una doctrina social católica, de una caridad que «debe ser el alma de todo orden económico» («Quadragesimo Anno»), y estas palabras les chocan... Las reformas de las encíclicas les parecen concesiones al enemigo.

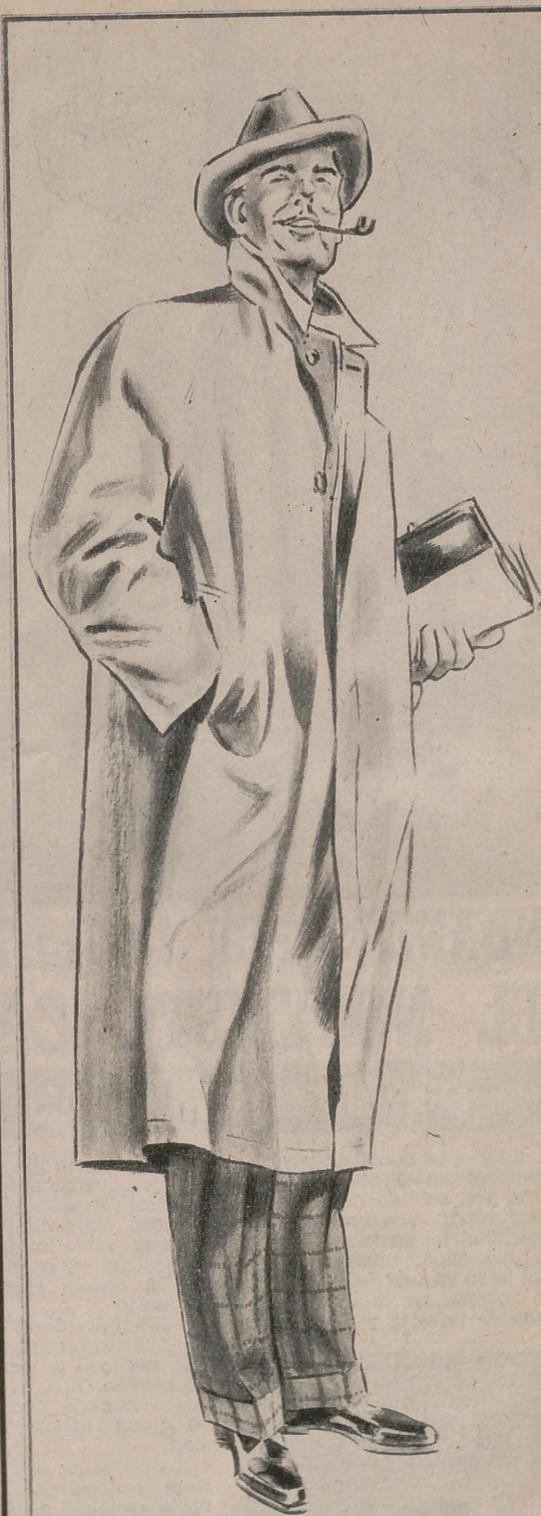
Nada digamos del Evangelio solucionando el conflicto internacional. Todo ello será difícil mientras no penetre una nueva educación a base de renuncia, de abnegación, de CARIDAD.

El problema social se resolverá cuando hagamos caso a Pío XII hablando a los ricos de Italia. Si cumples su primer consejo: «Resistir a la tentación de ver en las riquezas únicamente los medios para una vida más fácil, más placentera, más refinada.»

Si cumples el segundo consejo: «No reservar para vosotros solos esos bienes, sino hacer generosamente que de ellos se aprovechen los pobres.»

Si cumples el tercer consejo, y éste también lo han de seguir los pobres: «Excluir toda ligereza en la vida y toda frivolidad y todo placer incompatible en un corazón noble con el espectáculo de tanto dolor, que hoy martiriza al mundo.»

¡Ayuda generosamente a la Navidad del pobre!



CABALLEROS

*Elegancia y distinción
de nuestras prendas
confeccionadas*

Galerías Preciados



Niebla. La Torre de Londres, morteros históricos, el viejo Támesis, un señor con las manos en los bolsillos... y Camilo José Cela

ANDANZAS POR INGLATERRA DEL NOVELISTA CAMILO JOSE CELA

TRES CONFERENCIAS EN LONDRES Y SIETE MAS EN PROVINCIAS

Yo a Cela, le había visto ya en Londres antes de que viniera; una vez, en una casa conocida, sorprendí una edición del Pascual Duarte, en inglés, manoseada y sucia, prueba de que la habían leído varias veces. La dueña de la casa me dijo que no se cansaba de releerla y que pregun-

tó que cuándo iba a salir otro libro del mismo autor.

Meses después, entrevistándome con Graham Greene (la entrevista salió en un número de «Índice»), le pregunté «si conocía la novela española contemporánea».

—Hombre—dudó Graham Greene—, tanto como conocerla no diría; conozco lo que ha salido en traducción, «La familia de Pascual Duarte», por ejemplo; fui yo quien aconsejó su publicación.

Bueno, pues, así las cosas, Cela llegó a Londres el otro día; yo fui a recibirle al Terminal y llegaron todos los pasajeros menos Cela. Tuve que ir al hotel, que está como a cuarenta pesetas de distancia, y allí estaba. Le pasé la cuenta del taxi y todavía no me la ha pagado. Aclaremos que, sin embargo, por buenas palabras no queda.

A los dos días de su llegada, Cela dió una conferencia en el Instituto Español titulada «La vida literaria». La conferencia tocaba apenas la vida literaria

y, en mi opinión, debiera haberse tratado «Dejad toda esperanza los que escribís». Como truco de artesanía cabe citar que, a cosa de una hora del principio, el conferenciante hizo pausa, miró a su alrededor y dijo:

—Ya debe haber pasado media hora.

Fué matemático: todos los oyentes—la sala estaba llena— echaron mano al reloj. Yo pensé que aquello se le había ocurrido así, de pronto, pero luego vi que estaba en el manuscrito. Al lado mío una oyente suspiraba «qué guapo es el conferenciante», en inglés primero y en español después para que nos enteráramos todos.

Al día siguiente de la conferencia llegó una carta de provincias: «Mi querido señor Cela: Perdí el tren y me fué imposible llegar a tiempo a su conferencia; ¡le importaría mucho venir a (y aquí el nombre del pueblo, que está según se llega al quinto infierno a mano derecha), y repetirla? Le oiremos siete chicas muy cultas y yo, y luego le diremos lo que nos parecen».

—Los franceses—contestó Cela a un conocido mío—no son más que españoles venidos a menos.



Camilo José Cela y Trulock, en la calle que lleva el nombre de su bisabuelo

EL «FORD» BLANCO

—Londres—me dijo Cela al día de llegar—me recordó primero a Caracas, pero ahora estoy convencido de que se parece más a Valladolid.

Del hotel en que vive Cela a mi casa hay como quince minutos a pie y media hora en taxi. Orientarse le resultaba difícilísimo de día, pero de noche la cosa se simplificaba mucho. Los habitantes de mi barrio que tienen coche suelen dejarlos de noche al aire libre, enfrente de sus casas, siempre en los mismos sitios. Alguno de estos coches son fáciles de reconocer por el emplazamiento, por su color o tamaño. Cela, una noche que le acompañé a su casa, tomó nota de diez y doce «coches millares», uno de ellos justo a mita del camino, un «Ford» blanco. Desde entonces ya no cogió taxi más que de día: «de coche a coche —me dijo— ya no hay forma de perderse, es un cábotaje muy seguro».

LA PLAZA «TRULOCK» Y LA SEÑORA TRULOCK

—Tenemos que buscar la plaza de mis bisabuelos—me dijo Cela a poco de llegar.

Bueno, pues yo la busqué en la guía. La plaza Trulock existe, pero está muy lejos. Cuando por fin dimos con ella le dije al nieto que, para seguir la tradición familiar, debiera ordenar en su testamento que, en Madrid, la «plaza de Cela» la pongan en Chamartín de la Rosa lo más cerca, y si es posible más lejos todavía.

La «operación mi tía» fué más difícil aun a creer lo que me dijo el sobrino. Yo, curado de espanto con lo del abuelo, no le acompañé. Existe una especie de miedo celta a las ciudades populosas en esta familia de Trulock; la tía de Cela, como es natural, estaba aun más lejos que el abuelo, en Lee, una especie de suburbio residencial, a donde no llega ni el Metro. No queda más remedio que ir en tren o en taxi; para colmo de males, cuando Cela consiguió llegar allá resultó que su tía se había ido más lejos aún, a un pueblito situado en el condado de Sussex, templado retiro de pensionistas.

Buscando en el listado de teléfonos de Londres dimos con un Trulock; le telefoneamos para

preguntarle si era pariente de la madre de un escritor español, cuyo abuelo, Trulock de apellido, vino a España a pasar unos días hace tiempo y ya se quedó aquí a vivir. El otro se detuvo a pensar un poco:

—Pues no sé —acabó por decir—; si quieren ustedes consultaré el árbol genealógico y se lo digo mañana; llámenme hacia las cinco. Dos militares americanos me llamaron para hacerme la misma pregunta.

EL VIAJE POR PROVINCIAS

Cela salió por Inglaterra arriba a los pocos días de haber llegado a Londres. Su odisea —por que lanzarse a la buena de Dios por un país cuya lengua no se conoce demasiado bien es una odisea— duró cosa de diez días, durante los cuales pronunció la friolera de siete conferencias, en el siguiente orden: una en Oxford en la «Taylorian Institution», presentado por el profesor Russell; una en Liverpool, presentado por el profesor Sloman; una en Nottingham (la patria de Robin Hood), presentado por el profesor Staag; una en Birmingham, presentado por el profesor Manson, y tras en Leeds, presentado por el profesor Brown.

Todas estas ciudades suenan mejor de lo que son, con la excepción de Edimburgo; las ciudades provincianas inglesas son pueblos precoces, supercrecidos, superpuritanos y superaislados culturalmente del resto de la isla. Leeds se ha ganado universalmente la palma de la ciudad más mortal de Inglaterra; Birmingham es un centro de gente que vive para ganar dinero y se daría con un canto en los dientes por saber gastarlo bien. Sus Universidades son centros culturales muy importantes, pero el resto de las ciudades son marasmos provincianos, donde todo se apaga a las diez y donde, «gracias a Dios», no hay vida de noche por lo menos lo que se entiende en Londres por vida de noche. En una de estas ciudades Cela se hospedó en un hotel donde, en vez de baños, tenían grandes bañeras victorianas de tal tamaño que cabía en ellas una familia numerosa. «Me sentí tan solitario allí dentro, bañándome —se me quejó a la vuelta—, que me acordé de todos mis amigos y os eché de menos».

«Yo hubiera preferido ser torero, pero, ¡ya ve usted!», dice el guardián de la Torre

Camilo, después de no fichar por el Tottenham, el Club más rico de Inglaterra



Una foto muy londinense. Cela se asoma al puente para mirar al río, y como fondo, el Parlamento

Los hispanistas citados más arriba cuentan entre los más importantes de Inglaterra; en Inglaterra hay un movimiento hispanista impresionante. Alison Piers, la cabeza visible de todos ellos murió hace poco, dejando un vacío que, pésames aparte, está siendo llenado por los hispanistas jóvenes.

DE VUELTA A LONDRES

Cela tenía muchas otras conferencias comprometidas, pero la carne es débil y llega un momento en que, entre el «sprit» y





Una fotografía inevitable con pretensiones artísticas. Camilo José Cela posa muy seriamente

el «confort», se escoge el «confort» y a otra cosa. Hubo, pues, que renunciar a varias más, la de Sheffield y las de Escocia entre otras. No sólo la fatiga física, sino la depresión del escritor en una zona superindustrializada con sus consecuencias del hollín cubriendo las fachadas y obstruyendo los cerebros. Volvió una noche de primeros de diciembre y se fué derecho a la cama.

Para entonces su inglés ya había mejorado mucho. Hasta pocos días antes la único que sabía decir era «Happy new year, merry Christmas», o sea: «Feliz año nuevo, felices pascuas», y lo decía a troche y moche, en cuanto tenía que abrir la boca. El instinto de conservación se aguza a medida que lo necesario va perdiendo importancia, y Cela, por las provincias inglesas, tuvo que que aguzar el entendimiento para asegurarse lo superfluo. Al día siguiente de haber vuelto entramos en una taberna y ante mí asombro le vi apoyarse en el mostrador y decir con acento absolutamente perfecto:

—Guínes, por favor.

Guínes es la cerveza más cara de Inglaterra, sabe bien y alimenta mucho. «Yo viví días en-

teros a base sólo de Guinness», me dijo mientras bebíamos, «tenía hambre y no sabía pedir otra cosa».

LA B. B. C.

La B. B. C. envió un empleado al hotel para fijar el día de la entrevista; era un chico español, de nombre García Montón, quien le trajo el cuestionario y le dió las instrucciones esenciales. Fuimos al edificio de la B. B. C., que es una especie de mastodonte con cuatro enormes alas, grande como una aldea y nos perdimos en un laberinto de patios interiores hasta que por fin dimos con la sección española. De allí fuimos a un estudio donde García Montón le hizo una serie de preguntas:

LEA Y VEA

TODOS LOS SABADOS

“EL ESPAÑOL”

—¿Qué opinas de los premios literarios?

—Que tengo el privilegio de ser, con Pío Baroja, el único español que jamás ganó un premio literario.

—¿Qué dices a los que te acusan de tremendismo?

—Que no entiendo lo que quiere decir tremendismo; las obras literarias son buenas o malas, lo demás es accidental.

Y así, algunas más. Mejor es no seguir porque la B. B. C. es muy seria en esto del «copyright». Recuerdo que, hace tiempo, radió una conferencia sobre la poesía española contemporánea en la que se citaban versos sueltos de varios poetas jóvenes; la B. B. C. averiguó la dirección de cada uno de ellos y les envió no sé si tres o cuatrocientas pesetas por barba por haber citado sus obras.

A LA TERCERA VA LA VENCIDA

Desde que estoy en Inglaterra, y ya va para cuatro años, no recuerdo que ningún escritor español—con la posible excepción de Ortega—haya dado tres conferencias, tres, en Londres en menos de quince días. Porque es el caso que, vuelto de provincias, Cela hubo de dar otra en el «Hispanic Council», presentado por el profesor Livermore y otra en el «King's College», o Colegio del Rey, de la Universidad de Londres, que es uno de los centros culturales más importantes de Inglaterra, y por lo tanto de Europa. Ninguna de las tres estaba prevista en el programa.

A mí lo que más me impresionó es lo bien que pronuncia Cela sus conferencias; a costa de Dios sabe cuánta práctica, Cela ha conseguido una técnica impecable: desde la primera palabra hasta la última, medie lo que medie entre ambas la pronunciación fluye clara, precisa e igual, y el ritmo general de la conferencia es inalterable desde el principio hasta el fin sin acuser la fatiga, que probablemente va por dentro.

UNA ANECDOTA FINAL

Una tarde habíamos quedado en vernos en mi casa; llegué con mucha anticipación porque quería trabajar un poco; me le encontré roncando en mi cama, la ropa cuidadosamente doblada en un sillón y el fuego encendido. Me puse a trabajar sin hacer ruido hasta que él solito se despertó.

—Vaya, ¿descansaste?—le pregunté.

—Pues sí—contestó—. Oye, a propósito, no encontré cerillas y tuve que encender el fuego con el mechero y una carta que tenías ahí, encima de la mesa.

—¿Qué carta era? ¿Qué ponía?—me alteré.

—Hombre, me ofendes—respondió Cela muy serio—; yo nunca leo las cartas de los amigos; no es mi costumbre.

Jesús PARDO

(Desde Londres, especial para EL ESPAÑOL.)

TEATRO MARIA GUERRERO

TODOS LOS DIAS, A LAS 7 Y A LAS 11



IRENE O EL TESORO

FABULA EN TRES ACTOS, DE ANTONIO BUERO VALLEJO *Ayeres.*
con

ELVIRA NORIEGA
CARMEN SECO
LUISA ESPAÑA
PEPITA C. VELAZQUEZ
MARITERE CARRERAS

JOSE MARIA RODERO
ANGEL PICAZO
RAFAEL BARDEM
MIGUEL PASTOR MATA
AGUSTIN GONZALEZ
GUILLERMO HIDALGO

DIRECCION: CLAUDIO DE LA TORRE

¡UN MILAGRO DE MISTERIO Y POESIA EN EL CORAZON DE UNA POBRE MUJER!

EL CONDADO

UN PUEBLO

VENIR EN

TRILEUCO

LA LEYENDA SALTA DE LA AVICULTURA EL ARBOL, FUENTE TO CONOCIDO POR D

ESPAÑA tiene otros
En el extremo N.
enormes peñascos bi
pre por el rudo empl
forman, con la punta
ca de Vares cercana
das últimas de nuest
la hacia el Septentr
«Agullones» del cart
—el cabo de los tan
blancos, que dijo T
que los griegos y rom
zaron en sus periplos
bre de Trileuco. Y, al d
leyenda, fueron los p
ortegas— quienes le
definitivo nombre.

Esta tierra antigua
ra, solar del legend
pastoril y marinero
trebas, muestra un a
piejo y vario, y tan g
personal que le da
confundible dentro
polifonía paisajística
sobradamente conc
ordinaria belleza de
jas gallegas; la fam
tas, en cambio, ha
menos. Y la ría de
de Ortigueira, la má
España, es apenas co
el turismo fuera de
regional. En verdad,
merece la pena cono

Por un lado, la siem
da con sus picachos
mos de los Pirineos
enhiestos casi encl
en esas mismas mont
el hombre de la Edad
atraído por los paisaj
elevó un culto como
crepuscular present
gioso al que más tar
ción daría verdadero
poniéndolo bajo una
cristiana: la de San
Teixido, el santuario
lar entre los campesi
Por otro lado, la Est
res, coloso espigón n
zarra y cuarzo a cuyo
fenicios construyeron
el en otros tiempos
tante de este litoral.
bos flancos, escondido
las miradas de los nav
cen la derrota costera

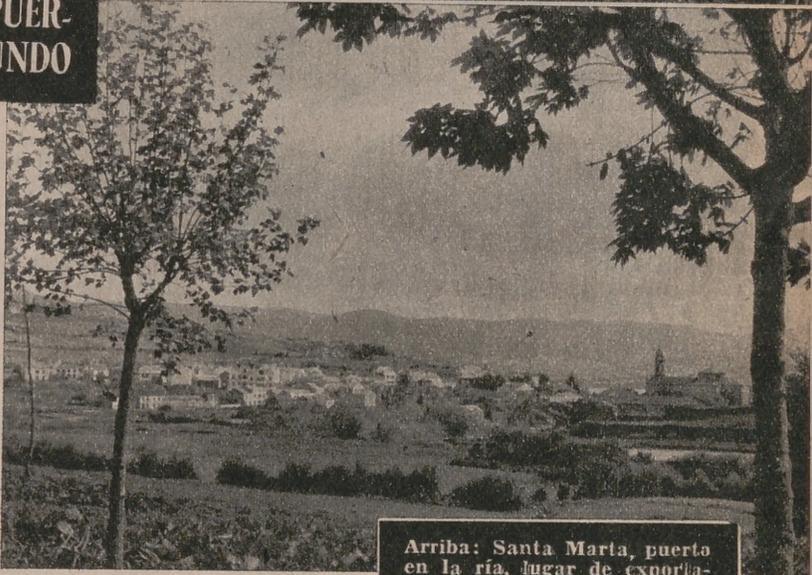


Los perfiles de los montes se recortan en el cielo nuboso mientras el agua de la ría acaricia los labrantíos de las riberas. La ría de Ortigueira parece un lago entre montañas

AD DE ORTIGUEIRA

EBLQUE MIRA AL POR-
N LIERRA MAS SEPTEN-
ON DE ESPAÑA

TA CUALQUIER S TIO :: EL PARAISO
URA LAS PRADERAS PERMANENTES ::
NTE INGRESOS :: CARIÑO, UN PUER-
POR DOS LOS MARINOS DEL MUNDO



Arriba: Santa Marta, puerta en la ría, lugar de exportación de las maderas de la comarca. Abajo: Uno de los pueblos del cordado. Landoy, Sismundi, Celligos, Luama, Cuiña, Mosteiro... toponimia de galaicas inflexiones. En las riberas de la ría abundan los pequeños pueblos como éste, de casas blancas, con la torre de la iglesia de vigía

tra la ría de Santa Marta de Ortigueira.

Aun hoy, a las viejas, en estas noches de otoño, mientras deshojan el maíz en la cocina de amplio lar donde hierve el pote con castañas, se les oye narrar la «leyenda de Ortigueira», transmitida oralmente de generación en generación:

En las proximidades del tormentoso cabo Ortegal había un lago de agua de un azul traslúcido, donde se reflejaban las cumbres de los montes cubiertos de niebla y en cuyas riberas habitaban unas gentes patriarcales, sustentándose con los peces de argentarios colores y de frutos de sus orillad. Una montaña enorme, vertical, muro inaccesible desde el interior, separaba el lago del mar, mientras que las ortegas —los pájaros vigías— custodiaban aquel lago de agua sosegada, impidiendo a picotazos la entrada del que intentase trasponer la montaña. Pero los más jóvenes de los moradores, considerándose prisioneros en el recinto del lago, decidieron un día horadar la montaña, sin que pudieran impedirlo las sabias advertencias de los ancianos, y en la montaña fué abierto un boquete, por donde el mar, que nunca había cejado en sus inútiles dentelladas de ola y de espuma, penetró en el lago, sepultando al pueblo, que quedó para siempre sumergido bajo las aguas. Y aun hoy, según dicen las viejas, durante la noche de San Juan, se oyen vibrar las campanas bajo el agua temblorosa de la ría.

Entre las gentes de este condado —unos cuarenta mil habitantes, compuesto por los concejos de Ortigueira y Mañón, cuya existencia como condado se remonta al tiempo de los suevos— se mantienen vivas algunas de sus tradiciones más auténticas, pero eso no impide que sea un pueblo que mire al porvenir.

MERA, UN PUEBLO AVICOLA

Son poco más de las cinco de la tarde cuando entramos en tie-

rras ortegalesas por la carretera que desde El Ferrol del Caudillo se dirige a Vivero, carretera que desde su punto de partida se separa de la costa para volver a encontrar el mar en Ortigueira. Al ir acercándonos al Condado, el paisaje cambia visiblemente. La «marifña» —como los gallegos denominan a la costa— se percibe ya en la vegetación, pero sobre todo en la luz, en el aire. La carretera va bajando en descenso no muy pronunciado hasta el nivel del mar. De pronto, al pasar una cerrada curva, un amplio valle se presenta ante nuestros ojos: es el valle de Mera, abierto como un anfiteatro hacia la ría de Ortigueira.

Un pueblecito se asienta en el valle. Por Poniente, una montaña que parece elevarse casi verticalmente sobre el pueblo extendido en su ladera, es una montaña verde, de pinos y eucaliptos, salpicada de rocas blancas. Un río, en espaciosos meandros, cruza la vega del valle, cultivada con esmero de maíces, praderío y árboles frutales.

El pueblecito es Mera. Tendrá unos mil habitantes a lo sumo. Unas sesenta casas agrupadas a ambos lados de la carretera y, el resto, caseríos desperdigados por el campo. La iglesia, una sencilla ermita de espadaña, domina

el pueblo desde la falda de una colina poblada de robles y castaños.

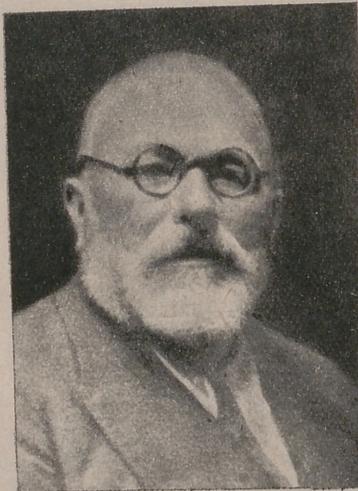
Nuestra atención se ve pronto atraída por un considerable número de gallineros industriales, todos de construcción reciente, mostrando gran parte de ellos el emblema del Instituto Nacional de Colonización, prueba de que sus propietarios se han acogido a los importantes préstamos que, sin interés, concede el Instituto para esta clase de construcciones. Mera es ahora conocido en toda la provincia como un pueblo avícola. Muy pocos años ha, aquí fué el foco de donde irradió el despertar de la avicultura en esta comarca, hasta convertirse hoy en la zona rural más importante de Galicia en producción huevera.

Hasta hace muy poco tiempo, sólo en Cataluña, Valencia, Mallorca y en alguna provincia, an-

daluzo había empezado a tomar auge la explotación avícola. En toda Galicia, en cambio, estaba completamente descuidada y, sobre todo, en la parte de la costa, por su clima suave —aquí donde el problema de la alimentación verde no es ningún problema— la región parece prestarse admirablemente a esta clase de explotación. En el Condado de Ortigueira se ha constituido ya una cooperativa de aviicultores, dependiente de la Organización Sindical.

UNA GRANJA PARA MIL GALLINAS EN UN PAZO

La historia de esta naciente industria ortiguelesa es muy sencilla: Hasta hace muy pocos años, el campesino, aquí medio labrador, medio ganadero, pero en modesta escala, tenía unas cuantas gallinas camperas que ni se les alimentaba racionalmente ni se les controlaba su puesta; no daban mucho que hacer, mas tampoco producían fuera de una pequeña cantidad para el consumo de la familia. (Esto que ocurría aquí puede hacerse extensivo a toda Galicia.) En esto surge una granja para mil gallinas, instalada en un antiguo pazo propiedad del señor Pita Las



Don Federico Maciñeira y Pardo de Lama, una vida ejemplar de estudio y de trabajo, el labrador apasionado de la Arqueología

Santas, uno de los muchos pazos gallegos que también se han alineado ya en esta batalla de la producción, destinando al cultivo agrario y explotación ganadera la mayor parte de lo que antes eran extensas zonas improductivas para recreo de estas señoriales residencias. Coincidió esto con las primeras visitas de la Cátedra Ambulante Agraria Regional, misioneros del campo, que por los más recónditos pueblos van dando instrucciones y normas para un más racional sistema de cultivo y de explotación ganadera. También las cuantiosas ayudas que concede el Instituto de Colonización empezaron a conocerse. Y el resultado no se hizo esperar: en menos de diez años la producción hubeira aumentó enormemente: se pasó del estricto consumo local a la exportación. El año pasado, por ejemplo, salieron de aquí más de cuatro millones de huevos. Y los hermosos valles del Condado se vieron entonces poblados de casitas blancas, luminosas y ventiladas para ser habitadas por ese diminuto huésped de la gallina leghorn, que desierro definitivamente a la campera, de raza indefinida y de dudosos rendimientos.

Y unas industrias traen otras. Antes la harina de pescado consumida tenía que traerse de Cataluña y de las Islas Canarias,

con el gravamen de transporte que esto supone. Ahora, una fábrica instalada en el puerto ortigueles de Cariño transforma los desperdicios del pescado en un excelente pienso para ser consumido en las cercanías del lugar de producción.

SIETE U OCHO CORTES DE HIERBA AL AÑO

La mayor parte de la treintena de pueblos, pequeños pueblos, como casi todos los de Galicia —aquí donde hay viejas ciudades que no pasan de los diez mil habitantes— que constituyen el Condado, están situados en las márgenes de la ría, poco más de cuatro leguas recortadas en forma de S. Uno no sabe lo que podría haber de verdad en las leyendas pero ¡cuántas no serán una verdad deformada por los siglos! Y ¿quién sabe de cuántas conexiones geológicas no nos habrá llegado noticia por los nebulosos caminos del mito?... Esto piensa el reportero, con la referida leyenda presente en su imaginación y con la ría de Ortigueira ante sus ojos. Sí, la ría en que ahora se encuentra parece el lago de que nos habla la conseja; es necesario llegar hasta la misma abertura prieta por donde el mar, rota su bravura en

los peñascales de la barra —y en una isleta, la de San Vicente, residencia medieval de los templarios— para darse uno cuenta de lo que en realidad es.

La ría está encajonada entre montañas, montañas viejas de suaves declives, por su margen oriental; por la otra, montes altos, de rápido ascenso sobre la ría, peñascosos, soberbios, de una facies hondamente varnill. Y en las faldas recortándose en escondidos valles, que la mano del hombre hizo fecundos, se desparraman los caseríos blancos, aquí y allá, y, de vez en cuando, una iglesia. Unas, en lo hondo del valle y, otras, las más, se yerguen en las lomas, que nos hablan de un núcleo parroquial, de un pueblo.

Aquí apenas cuentan las distancias de pueblo a pueblo. Y, además, la ría es un corto camino, el mejor atajo, y, aunque «no hay atajo sin trabajo» en este caso descansan los pies, y los que trabajan son los brazos, con los remos. Pueblecitos que la serpenteante carretera aleja diez o doce kilómetros, el agua de la ría permite reducirlo todo a unos quince o veinte minutos de navegación en bote.

Uno ve la pequeñez de los pedregales, y uno inquiere cuánta superficie de tierra cultivada es necesaria para poder vivir. Y uno

se asombra un poco al recibir la respuesta:

—Lo corriente es una hectárea por familia.

Uno se asombra un poco porque aquí no estamos en las vegas regadas de Valencia, de Murcia o del Jalón que el sol, potente, fecunda y, sin embargo, aquí la tierra jamás descansa en adormilados barbechos. Los campesinos se las componen para que la tierra nunca esté inactiva. Tras el maíz vendrán los tréboles, patatas, nabos, legumbres... y otra vez, vuelta al ciclo. Si esta tierra, de cielo encapotado frecuentemente, no dispone de demasiadas horas de sol en su calendario, tiene en abundancia el otro elemento fecundante: la lluvia, una lluvia mansa casi siempre, que entibia la tierra e impide así el destructor zarpazo de la helada. Las praderas permanentes dan siete u ocho cortes de hierba al año, y esto explica que no falte la carne y la leche en los hogares.

Galicia se caracteriza, ya se sabe, por una extrema división de su suelo; sobre todo en la costa el problema es más acuciante. Y por eso a la tierra hay que arrancarle todas sus riquezas potenciales. Durante estos últimos quince años, la labor en este aspecto ha sido fructífera. Lo que ocurre aquí lo mismo que salvó variantes está ocurriendo en la mayor parte de Galicia, es tranquilamente alentador: grandes extensiones yermas —retamares y brezales— se incorporan al cultivo. Allí donde el terreno es apto, surge el alfombrado «smeralda del trébol y ray-grass de la pradera artificial. Y el cultivo agrario se combina con el de los árboles frutales. Concretamente, podemos decir que el Condado, antes del año 36, no exportaba ninguna clase de fruta; en cambio, ahora principalmente la manzana —la sabrosa manzana del Cantábrico—, supone ya un considerable ingreso en la economía campesina. Eso sí, estos valles, abrigados de los vientos, se prestan admirablemente. Hay una variedad de manzana, llamada de «príncipe» de la que se han llegado a obtener más de 600 kilos de producción anual por árbol. Ahora, en estas tardes de otoño, el campo se ve alegrado por las bandadas de rapaces que, encaramados a los árboles, recogen cuidadosamente esa llamada «fruta del paraíso» para ir camino de lejanas ciudades y de las industrias sidreras asturianas.

EL ARBOL, FUENTE DE INGRESOS

Toda Galicia es tierra de leyendas. Referimos antes una leyenda de Ortigueira, pero no una sino infinidad de ellas la imaginación rural vincula a los lugares del Condado. Es difícil encontrar aquí una peña, una gruta, un riachuelo, un simple charcal o cualesquiera ruinas que no tengan su leyenda. En los montículos de los prehistóricos castros, que la fantasía popular atribuye a los moros —es curioso, en Galicia, donde los moros sólo estuvieron de paso, puede decirse la gente del campo endosa a los hijos de la media luna todas las edificaciones antiguas—, se dice que hay fabulosos tesoros



El puerto de Cariño, frente al mar abierto. Por su situación cercana al paso obligado de numerosas rutas, es conocido de todos los marinos del mundo

enterrados custodiados por una mora encantada, esto lo dicen los más viejos, porque los jóvenes... ¡ah! los jóvenes sonríen con escepticismo al contarlo.

Estas gentes de Ortigueira, sin embargo, han conseguido hacer realidad esa leyenda de los tesoros enterrados. El tesoro se encuentra en la tierra, es un tesoro verde que mira hacia el cielo como una muda plegaria vegetal. El tesoro se encierra en los yermos y eriales, de donde puede desenterrarse si el hombre sabe fecundarlos con su fe y con sus esfuerzos. El árbol: he ahí el tesoro, la riqueza que ayudará —ya lo ha conseguido en infinidad de casos— a redimir de la indigencia a los campesinos de esta región, propia como ninguna para las explotaciones forestales.

Durante estos últimos años, la fuente de ingresos más considerable para el ortegalés fué la madera. El beneficio reportado a estos modestos agricultores que habitan el Condado de Ortigueira, al disponer de unos ingresos que ya pesan fuertemente en el presupuesto familiar, fué inmenso. El indudable aumento experimentado esta última década en el nivel de vida de estos campesinos, débese en gran parte a la madera. La vivienda rural ha mejorado, lo mismo en sus condiciones higiénicas que en el confort; la formación de nuevos nogares, el porvenir profesional de los hijos, todo ha sido posible gracias a esa lucha que centuplica en pocos años el capital invertido, que es el árbol. Y hasta ha permitido a numerosos colonos entrar en posesión de las tierras que llevaban en arriendo.

La Coruña es actualmente la primera provincia española en producción maderera. Durante estos últimos años se han efectuado importantes repoblaciones en los montes públicos, a cargo del Patrimonio, según consorcios con la Diputación y los Ayuntamientos. El reportero tiene ocasión de

charlar con el ingeniero jefe del Plan Forestal de la Diputación. Estamos en el mismo monte, un monte de brezos y raquíticas augagas. A nuestros pies, unos quinientos metros más abajo, una espléndida panorámica de la ría de Ortigueira, y al Este, otra ría más chica, la del Barquero, estrecha, encañonada como un fiordo nórdico.

Don Guillermo Camarero, incansable, recorre las zonas que se repueblan, donde trabajan centenares de productores, pertenecientes al plan de 4.000 hectáreas que los dos Ayuntamientos del Condado plantan por mediación del citado Patrimonio. En lo que va de año más de un millón de árboles van sembrados.

El señor Camarero nos habla con entusiasmo de lo que se ha hecho y se está haciendo en toda Galicia en el campo de la repoc-

blación forestal y que es altamente prometedor. Por su misma boca nos enteramos de otro plan en estudio, que empezará a realizarse en breve en montes de este Condado en la sierra Capelada, nuevo proyecto que, siguiendo las directrices del Ministro de Agricultura, conciliará los intereses de la ganadería con los de la repoblación arbórea consistiendo el plan en la realización combinada de las tareas de repoblación con la transformación de montes en praderas artificiales. Eso es lo que Galicia necesita: árbol y praderas, pues dadas las condiciones de la tierra y del clima en esta región, ni un metro cuadrado deberá pertenecer a terrenos baldíos.

EL LABRADOR ARQUEOLOGO

El año de 1943 moría en su casa solariega de Ortigueira un vie-



La naciente y progresiva industria avícola se muestra en el gran número de pequeñas granjas como ésta de la foto que hoy pueblan el condado de Ortigueira

jo hidalgo, excelente ejemplar de la raza, con su estampa de patrio de los tiempos antiguos don Federico Maciñeira y Pardo de Lama. Y hoy todos los ortegaleses guardan un encendido recuerdo para este hombre cuya nombradía rebasó no sólo el área regional, sino también la nacional a causa de las actividades que llenaron la vida de este precursor.

El señor Maciñeira se dedicó a la labranza, de la que vivía, en su finca de las Riberas del Sor, en los límites orientales del Condado. Pero ya desde muy mozo sintió con fuerza dos pasiones: la selvicultura y la arqueología, a cuyo servicio supo dedicar lo mejor de su vida. Convirtió su heredad en un campo de experimentación forestal, donde florecían las más varias especies selvícolas, y de cuyos resultados daba comunicación en publicaciones nacionales y extranjeras. «Economía rural gallega», «El eucalipto en Galicia», «Eficaces tratamientos de la plaga del manzano», fueron títulos de unos de sus muchos trabajos impresos referentes a temas agronómicos, fruto de sus estudios y experiencias.

En tiempos, lejanos ya valiéndose de arrieros, trajo a su rincón árboles frutales de Normandía y Bretaña para adaptarlos a estas tierras del Noroeste, tan semejantes en sus condiciones climatológicas a las de esas dos regiones galas. Su mismo abuelo había sido el introductor del eucalipto en Galicia el árbol que fué siempre el predilecto de don Federico. Su pasión por el árbol llegó a ser en este hombre casi un verdadero misticismo, confiando en que la madera podría redimir a Galicia de la emigración y de la miseria. Previendo ya, con la paulatina desaparición del castaño en toda Europa, una nueva orientación forestal se dedicó a propagar las especies de crecimiento rápido, principalmente ese pino de los bosques norteamericanos llamado «insignis» y el esbelto eucalipto de las planicies australianas. Tuvo que luchar, naturalmente, y el eucalipto fué difamado, siendo blanco

de las más incongruentes invectivas, hasta el extremo de propagarse entre los campesinos que la flor de este árbol tenía un veneno que diezmaba los colmenares, sucediendo en realidad todo lo contrario. Pero, poco a poco, esta especie vegetal que vegeta admirablemente en estas tierras húmedas fué extendiéndose cada vez más, hasta llegar a constituir, con el pino «insignis», las de mayor importancia económica en la región.

Aparte de esta labor, sus descubrimientos en el campo de la arqueología fueron valiosísimos. En las montañas de la Capelada, restos de una prehistórica civilización de cumbres, encontró más de dos mil tumbas y gran número de cromlechs, menhires y dólmenes fueron sacados a luz por el infatigable ortegales hasta hacer decir al historiógrafo alemán Adolf Schulten que esta tierra de Ortigueira era una de las más iluminadas de Europa en hallazgos prehistóricos.

Maciñeira es un símbolo en esta España de hoy. Más allá del tiempo, en el pasado y en el futuro, enraizado en la tierra originaria, con sus sueños de dólmenes y de túmulos paleolíticos, y la visión tensa al pervenir en sus sueños de gigantescas fábricas de celulosa.

CARIÑO, UN PUERTO CONOCIDO POR TODOS LOS MARINOS DEL MUNDO

Muy de cerca del cabo Ortegal ya, como antesala de la maravillosa ría de Ortigueira, se abre la ensenada del puerto de Cariño. Pueblo con unos cuatro mil habitantes de calles estrechas y pinas, impregnadas de un aire que huele a brea, sal y algas, y llenas siempre de una bullanguera chiquillería, cuyos gritos, mezclados con el agudo chillar de las gaviotas ponen una alegre nota de alegre bullicio marinero en el ambiente.

En descenso desde la colina, donde aun se observan los restos del primitivo castro celta, sobre las rocas, como una colonia de moluscos, se asientan las ca-

sas pequeñas y blancas de este puerto. En la parte baja, bordeando un sector de la playa, de esa playa de más de tres kilómetros que ciñe el mar en forma de concha de vieira, se alinean las grandes y modernas fábricas de salazón y conserva, en las que trabajan más de dos mil productores de ambos sexos.

Cariño apenas tiene historia. En la antigüedad, el cercano puerto de Vares acaparó toda la importancia de esta zona septentrional de Galicia. Pero hoy ya es otra cosa. La media docena de familias que a principios del siglo pasado se hallaban instaladas en el lugar, convirtieron en los cuatro mil habitantes que alberga actualmente. Hasta 1850, el pescado extraído por los carifeños, principalmente, sardina, jurel, bocarte, bonito y chicharro, era consumido solamente por las familias de los pescadores y las de los pueblos cercanos. En dicha fecha surgen las primeras fábricas de salazones, y Cariño empieza a ser conocido en los mercados. Al par del tiempo, la flota pesquera va modernizándose. A primeros de este siglo—un centenar en aquella fecha, pero formada por barcos a remo y algún que otro velero—hoy, aparte un gran número de pequeñas embarcaciones, posee ya unos setenta, entre vapores y gasolineras, que, usando las artes de pesca de tarrafa y tarrafilia, surten de materia prima a las ventiseis fábricas, exportando anualmente más de 35 millones de pesetas.

Por su situación, cercana al paso obligado de innumerables rutas, este puerto es conocido de todos los marinos del mundo; tal vez ni siquiera sepan a qué provincia pertenece; pero Cariño es conocido en Dieppe, Rotterdam, Hamburgo, Génova, Esmirna y en tantas tierras lejanas se oye esa sugerente palabra de dulces inflexiones que es el nombre del puerto.

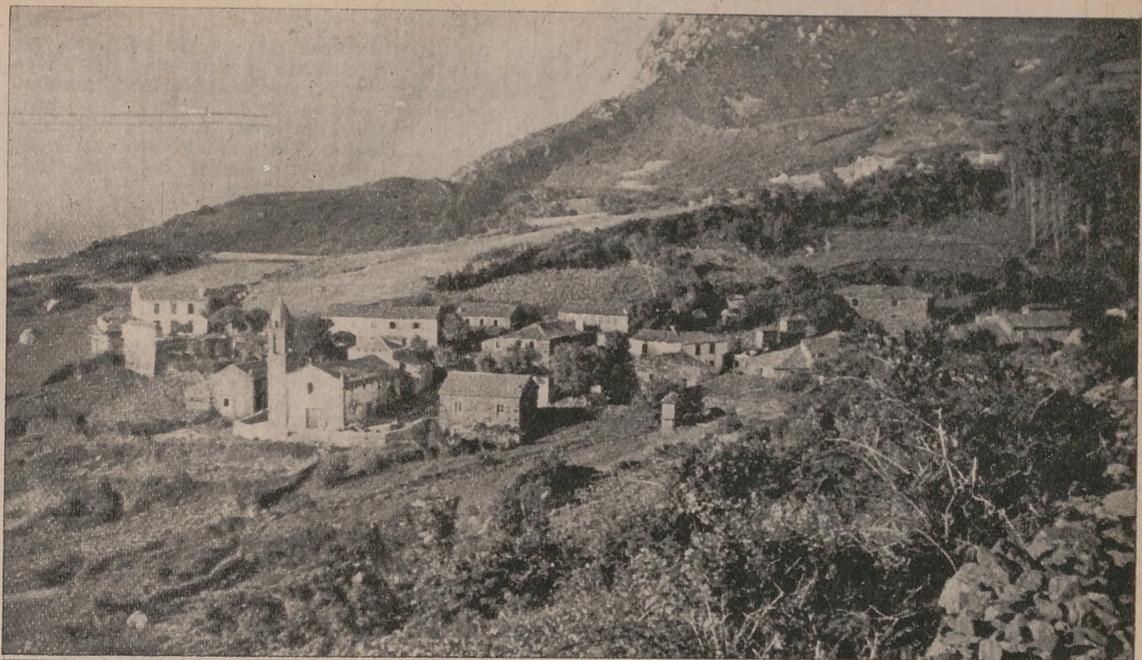
Cariño ha tributado lo suyo al mar. La espantosa catástrofe de 1897, en la que la violencia del temporal destruyó la parte baja del pueblo, quedando derruidas diez fábricas cercanas a la playa, se reprodujo en los años 17 y 23 de nuestro siglo. La fiereza del mar hizo entonces sentir su rigor máximo, envolviendo entre sus olas a gran número de barcos fondeados en la bahía, y sumiendo en el luto y la miseria a incontables familias de pescadores. Y esto ha sido durante muchos años el problema y obsesión de todos los carifeños, pero la pesadilla por la carencia de un buen puerto de refugio ha sido ya conjurada: al fin se ha empezado a construir un puerto para el que hay consignados unos 33 millones de pesetas.

UN TESTAMENTO EXTRAÑO

Límpido, curiosamente límpido, es el pueblo de Santa Marta de Ortigueira, la antigua capital del Condado, hoy la del distrito de su nombre. Calles admirablemente pavimentadas, cuidados jardines y paseos de álamos, casas recién enjalbegadas y pintadas... La primera impresión que se recibe al llegar a Santa Marta es esta de su extrema pulcritud y cuidado esmero para todo. También la de la paz. Este pueblo de



Las vegas de los valles, fértiles y cuidadas con esmero, rinden excelentes cosechas de maíz, patatas y forrajes, mientras en las lindes se alinean los manzanos



San Andrés de Teixido, la Meca de los campesinos gallegos, adonde, según la creencia popular, hay que ir de vivo o de muerto. Rodea al santuario un paisaje de agrestes rocas

tres mil habitantes escasos es un pueblo silencioso; todo el Condado lo es, puede decirse, pues la actividad de sus moradores es una actividad sorda, sin estridencias, como la lluvia mansa.

Así como Cariño es el puerto del mar bravo, Santa Marta es el de la ría, casi parece un puerto fluvial. Barcos cuyo desplazamiento no sobrepasa las quinientas toneladas, vienen a cargar aquí, principalmente maderas. Pequeños vapores y vetustos, pero airoso, veleros, que aun prestan servicio de cabotaje, surcan las aguas quietas de la ría para ir a llevar apeas para las minas de la cercana Asturias o de Vasconia, o la tablilla elaborada en los aserraderos locales, para el cajero de las industrias de Vigo, Barcelona y Valencia. En total, todos los años salen unos 30.000 metros cúbicos de madera por este puerto.

Al parecer, en las postrimerías de la dominación romana fué fundado el pueblo. Sobre las ruinas del castro, en lo alto de una colina, se elevó en el Medievo un castillo para residencia del gobernador del Condado, castillo de profundos fosos, plaza intramuros capaz para 800 hombres y cecuras mazmorras. Pero el castillo hoy no existe, en el un día lugar de la torre del homenaje se levanta un molino de viento, ruinoso ya también.

Ya dijimos antes que aquí la leyenda salta de cualquier sitio, como los conejos de los tomillares. El campo de la Torre, tal como llaman al lugar del desaparecido castillo, naturalmente tiene la suya. Huyendo de la invasión sarracena, buscaron refugio en este país diversas comunidades religiosas, una de ellas, la de los templarios, que se instaló en una isleta situada en la misma entrada de la ría. Y la leyenda habla de sangre y de horribles venganzas por manó del señor feudal del castillo. De todos modos, algo terrible debió de pasar, pues como confirmación de la le-

yenda se encontró un testamento que decía así: «E tamen mando que se digan unhas cantas misas pola alma dos temprarios que eu mesmo matei e fice matar no mosteiro de San Vicente» («Y también mando que se digan unas cuantas misas por las almas de los templarios que yo mismo maté e hice matar en el monasterio de San Vicente.»)

LOS LABRADORES MUSICOS

Los ortegaleses tienen una debilidad: la música. En toda Galicia es conocida esta tradicional melomanía de las gentes del Condado de Ortigueira. Sorprende oír hablar a los labriegos de corcheas y semifusas; la música es un tema constante de conversación entre estas gentes lo mismo en la taberna, en la peluquería o en el campo durante las faenas agrícolas. Aquí se habla tanto de música, por lo menos, como de fútbol o de toros en Madrid. Yo diría que, después de lo visto y oído por estas tierras, todos los campesinos tienen algunas nociones de solfeo. Al atardecer, bandadas de rapazuolos de todos estos pueblecitos, después de sus faenas, marchan prestos con un instrumento musical a la espalda a recibir la clase del «profesor». Un dato expresivo: en la Delegación Sindical del Municipio de Ortigueira hay matriculados más de 300 profesores de música.

Hijos de este Condado son directores de bandas municipales y militares en diferentes lugares: de la Península y de la América Hispánica. Hace muy poco que se recibió la noticia de que para la Banda Municipal de Montevideo había sido nombrado otro hijo más de la tierra. Y de toda Galicia, y hasta de León y Asturias, cuando llega el verano con su nutrido calendario de festividades y romerías, a las que tan aficionadas son las gentes del Noroeste, vienen aquí a buscar las agrupaciones musicales para que les amenicen sus fiestas. Todos estos músicos son labriegos y pescadores que dedican sus ocios al cultivo de sus más caras aficiones, cosa que también les permite ampliar es muchos casos la cuantía de sus ingresos.

Abundan las rondallas juveniles que, sobre todo en la noche de San Juan, alegran los oídos de las mozas desde el pie de su balcón o la ventana tapizada de flores esa noche para evitar la entrada de las «meigas».

Los que principalmente tienen en su haber la más importante labor en este sentido por haber consagrado su vida a la educación musical de varias generaciones de muchachos, son dos hombres: el señor Rebolgar y el señor Garrote. Las bandas que ambos dirigen obtuvieron en diversas ocasiones importantes premios en certámenes regionales. Y hace unos pocos años, en un concurso nacional de Coros y Danzas celebrado en Madrid, la agrupación de la Sección Femenina de Ortigueira, dirigida por el señor Rebolgar, quedó finalista, con la sorpresa del Jurado, ya que estas jóvenes campesinas tuvieron que competir con las de las ciudades más importantes de España.

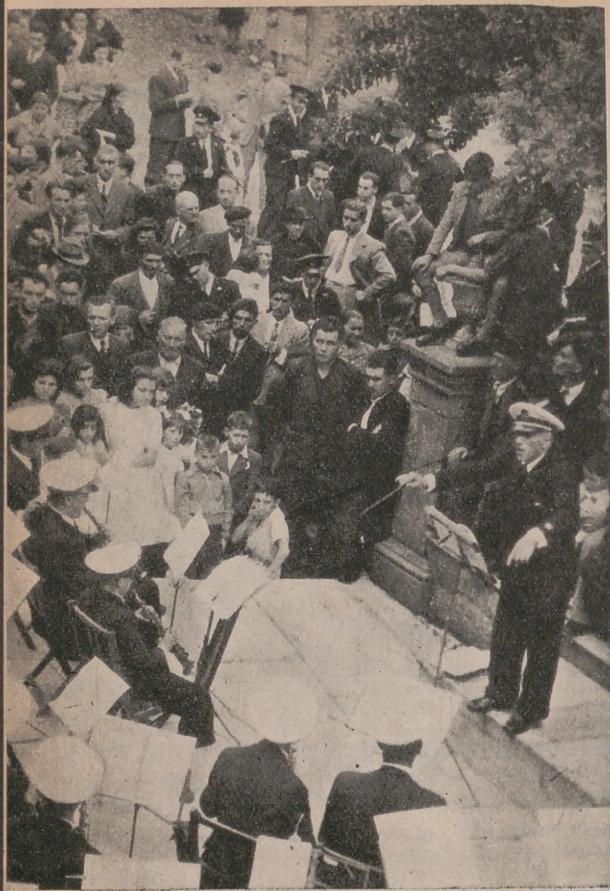
Lo que resulta muy curioso es notar que esta afición musical aguda da origen a rivalidades como las de los equipos de fútbol. Ahora es menos violenta; pero, según cuentan, no hace mucho, en ocasiones tenía que intervenir la fuerza pública, y todo porque se tomaba demasiado a pecho el que si fué el requinto quien dio la nota semitonada o fué el clarinete de otra banda.

En fin, en algo hay que matar el tiempo libre, y hacerlo con música es una de las más simpáticas maneras posibles.

«A SAN ANDRES DE TEIXIDO, VAY DE MORTO

QUEN NON FOI DE VIVO»

Galicia es la tierra de las romerías. Cientos de ellas se ce-



La mayor diversión para estos campesinos y marineros de Ortigueira es la música. Los conciertos de las bandas populares tienen lugar todos los días festivos del año

lebran todos los años, a donde el campesino acude lleno de piedad y fervor a implorar al *santiño* de su devoción una buena cosecha, el feliz alumbramiento de la vaca o la rápida curación de algún familiar doliente.

Pero el más popular entre los campesinos gallegos es el de San Andrés de Teixido, tan entrañable y enraizado en la tradición rural que aun hoy será difícil hallar un campesino gallego que no haya visitado este típico santuario en alguna ocasión de su vida. Ya lo dice el proverbio: «A San Andrés de Teixido, va de muerto

A partir del siglo XII, este santuario perteneció a la gran Orden militar de San Juan de Jerusalén, una de las más poderosas de la Península, y según las noticias que se desprenden de viejas crónicas y romances de la época, en la Baja Edad Media y en el Renacimiento, San Andrés de Teixido estaba ligado al máximo con la población rural gallega.

Fué corriente en la antigüedad atribuir carácter sagrado a ciertos promontorios. ¿Sería el Ortegal el cabo que cita el marcellés

quien no fué de vivo», privilegio que, según gracioso dicho popular, concedió Cristo a San Andrés en respuesta a la quejas de su discípulo referentes al gran incremento que tomaban las peregrinaciones a Santiago.

Todas las muestras indican que la raíz de este culto es antiquísima, culto que fué preformándose y en el que se encuentran restos, como capas superpuestas de diferentes civilizaciones y culturas, célticas, griegas, fenicias... Y como ocurrió en multitud de lugares, el advenimiento del cristianismo encauzó y dió sentido, a lumbándolo con la luz de la Revelación a estos confusos sentimientos religiosos de los tiempos primitivos.

Pitheas en el siglo IV antes de Jesucristo a seis días de navegación hacia el Norte de las Columnas de Hércules?... Y más, dada la condición de esta punta como extremidad septentrional, como «finisterre» del Norte, carácter que se desprende de la canción popular:

Tres días hay que non como, tres días hay que non durmo, para ir a San Andrés, que está no cabo do mundo.

«Cabo do mundo», confín del mundo, no es de extrañar el significado religioso que para los antiguos tuvo el lugar.

El santuario está en un hondo socavón, abierto hacia el Océano, de las montañas de la Capelada. Estas montañas, que sin ser de excesiva altitud, la acusada verticalidad de su ascenso desde el mar causa una impresionante sensación de majestuosidad.

Los romances y coplas—algunos de singular belleza—nos hablan de numerosos milagros obtenidos por intersección del Santo, romances que, al parecer, aun no hace muchos, los copleiros ciegos cantaban acompañándose de la pastosa y dulce zanfona. Las paredes del santuario están llenas de exvotos, viéndose hasta ataúdes y maquetas de barca entre ellos tal vez estos últimos ofrendas de marinos salvados de la muerte.

Es ritual para los romeros beber de la «Fonte do Santo», una fuente de virtudes milagrosas, al decir de las gentes. Y aunque muchas de las costumbres tradicionales han desaparecido, ningún romero que vaya por primera vez a Teixido dejará de hacer la llamada ofrenda de la piedra, consistiendo ésta en cargar con una piedra al comienzo de la ascensión a la sierra para depositarla en los «amillaçoiros», montones de piedras—de millones de piedras, que dan constancia del ingente número de peregrinos que por aquí han desfilado a lo largo de los siglos—que hay en las alturas, desde donde se columbra el santuario hundido en el valle. Es una ofrenda en señal de sacrificio por los muertos, tal como hacían los tracios en honor de Hermes, el dios de los pastores.

Antes de retornar a sus lares, el peregrino se proveerá en el atrio de la vara de avellano con el simbólico ramo de tejo—el árbol sagrado de los dridas, que da nombre al lugar—; y, muchas mujeres casadas, de la hierba «namoreira», unas matas de claveles marinos, que, al parecer, tienen virtudes fecundantes. Después, cumplida ya la peregrinación, hay que subir otra vez la montaña por pendientes y serpenteantes caminos, cruzar a pie unas tres leguas por la sierra y volver a bajar hasta la ría; pero a la bajada, los días de romería, en un bosque de castaños cerquita ya del mar, esperan los músicos con sus gaitas y panderos. Y aquí, música, baile, empanadas de lampre, y de pulpo, melindres de Puentedeume y las clásicas tartas de Mondoñedo y de Ortigueira, en fin, desbordante alegría como recompensa de la peregrinación. Y uno se pregunta después. «¿Quién dijo que el gallego era un pueblo triste?...»



En la plaza del pueblo, los mozos de Carriño expansionan sus muñecos y su espíritu con las vistas «danza de arcos», de tanta vitalidade en el literal canchaleiro

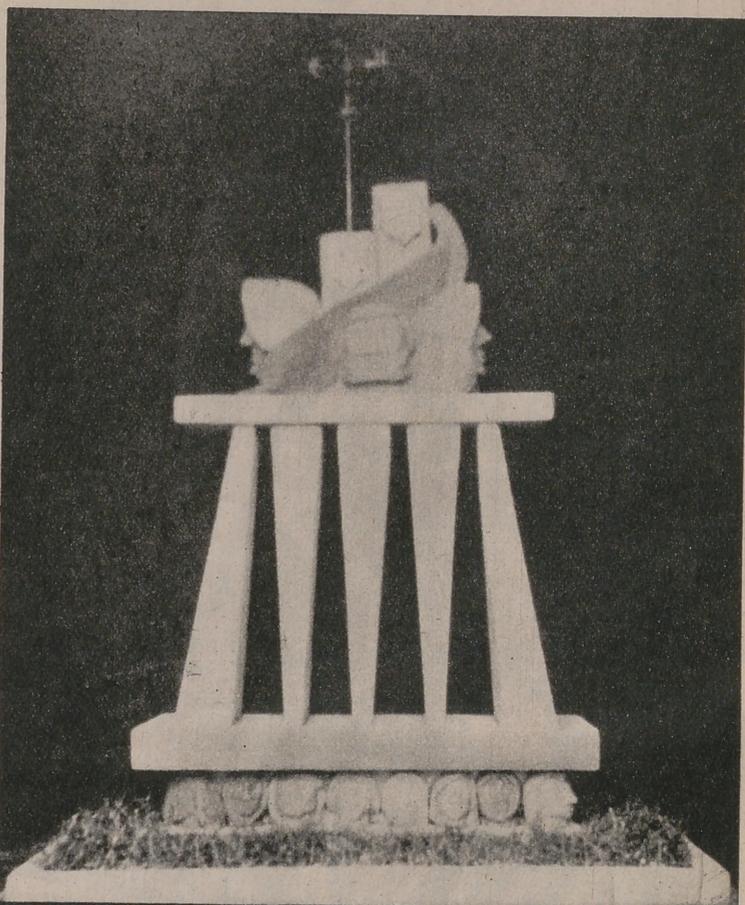
ORTEGALESES AL OTRO LADO DEL MAR

Imposible hallar a ningún ortegalés que no tenga, por lo menos, un familiar en América. Desde principios de siglo, la población de la comarca se ha duplicado, cosa semejante a como ha ocurrido en muchas partes de Galicia, y, por lo tanto, este problema demográfico hay que solucionarlo de todos los modos posibles. Ante la realidad de la creciente población gallega, no es de extrañar que más del sesenta por ciento del contingente emigratorio nacional proceda de esta región.

Desde siempre, Cuba ha venido ejerciendo una especial atracción sobre estas gentes de Ortigueira, siendo muy numerosa la colonia de los de esta tierra, que allí han instalado sus hogares. Bastará decir que la sociedad Naturales de Ortigueira—la segunda de importancia de la región después del Centro Gallego—cuenta en la actualidad con más de 15.000 asociados; esto es bastante, pues hay que darse cuenta que el condado no llega a los cincuenta mil habitantes. Además de muchos otros desperdigados por el resto de las naciones americanas.

La sociedad Naturales de Ortigueira, como otras tantas, aparte de servir para apretar más el lazo que une a los emigrantes con su solar nativo, con su tierra española, desarrolla una importantísima misión de ayuda social. Cuenta con escuelas, clínicas, casas para esparcimiento y descanso en el campo, y brinda a todos sus componentes un retiro por invalidez o ancianidad. La eficacia de su labor mutualista y asistencial que ha constituido ya un magnífico ejemplo imitado por otras sociedades de emigrantes en la nación hermana, libera al Estado cubano de una pesada carga al tomar sobre sus hombros los mismos inmigrantes las obligaciones inherentes a una moderna política social.

Se dice humorísticamente por aquí que «dos gallegos, en Galicia: un pleito» y «tres gallegos, fuera de Galicia: un centro gallego». Y aunque esto sea una caricatura tal vez lleve un poso de verdad, pues siempre ha sorprendido contrastar el acusado sentido social de los gallegos cuando se encuentran lejos de su tierra, con el un poco exagerado individualismo que ha caracterizado el desenvolvimiento de la vida rural aquí en Galicia. Pero es grato comprobar una evolución francamente favorable en este sentido desde hace algún tiempo. Cada vez más, el habitante rural es menos ignorante y se va dando cuenta que sus problemas no se solucionan desde



Se habla en Galicia de levantar un monumento a los gallegos que emigraron a América, constituyendo allí familias que jamás olvidan el terruño. El artista ortegalés José María Kaydeda imaginó para ello éste que reproduce la maqueta

una base de extremado individualismo, sino en plan de verdadera cooperación. Las Hermandades de Labradores no son ajenas a esta evolución y despertar de la conciencia campesina. Una de las muchas muestras que ya se observan referentes al abandono de viejas rutinas, es la reciente petición por los vecinos de varios Ayuntamientos de esta provincia de La Coruña para la implantación de la concentración parcelaria en sus propiedades, modalidad a la cual, aquí más que en ningún sitio, debido a la excesiva partición de las fincas, se le puede augurar excelentes resultados positivos.

Volviendo al tema de estos emigrantes ortegaleses de la isla de Cuba. Por decisión conjunta de la Corporación municipal de Ortigueira y de la Directiva de la referida asociación se acaba de acordar la entronización en la capital del Condado de la imagen de la Caridad del Cobre, patrona de aquella isla de las Antillas, noticia que cuando se comunicó

el pasado «Día de América» al pueblo, hizo correr lágrimas de emoción por los ojos de miles de ortegaleses, muchos de ellos viejos indios repatriados.

Los ortegaleses de Ultramar jamás olvidan este rincón que les vio nacer, retornando a él cuando la ocasión les es propicia, y sin dejar nunca de estar en contacto con su terruño ibérico, y esto lo demuestra entre muchas otras pruebas, la gran difusión que en las colonias ortegalesas de las tierras americanas tiene «La Voz de Ortigueira», un semanario que ve la luz en el Condado desde hace más de cincuenta años, simpática publicación que don Jesús Fojo, su propietario y director, fundó cuando era un imberbe rapaz de dieciséis años y mantuvo en la brecha sin desmayos en un caso de oscura, pero tenaz y meritoria, vocación periodística. Bodas, bautizos, fallecimientos, noticias municipales, en fin, la pequeña gran noticia de los pequeños pueblos.

Antonio RIVERA LOSADA

SUSCRIBASE A

POESIA ESPAÑOLA



SANTA OLAJA DE ACERO

NOVELA

Por Ignacio ALDECOA

A través de los entornados ventanillos podía ver la claridad del amanecer; la claridad de humo blanco de locomotora del amanecer. No quería encender la luz eléctrica; temía despertarla. Volvió con suavidad uno de los ventanillos. La cara de ella quedaba en lo oscuro; podía ver el reflejo turbio de la amanecida en la tabla de los pies de la cama de matrimonio; la masa de la silla, a la derecha, con su camisa caqui colgada del respaldo junto a la ventana; también la azul y rara profundidad de la luna del armario. Decidió ponerse los zapatos en el pasillo. Al salir de la habitación recogió la camisa, el jersey mahón y el chaquetón de cuero. Cerró la puerta con cuidado; su mujer dormía profundamente. Dormiría hasta que el sol hiciera su primera presencia en la ventana. Ella se despertaba con el sol, no con la claridad del amanecer. Ella quedaba atrás en su sueño y a él le parecía seguir dormido aun después de lavarse en la cocina, aun después de salir a la calle y contemplar el metálico reflejo del asfalto mojado, aun después de asentar el estómago con la copa de orujo y el té de los madrugadores, hasta que estaba en la máquina, junto a la boca de fuego, esperando que la caldera cogiese presión y el compañero fogonero principiase la primera conversación del trabajo.

Bajaba las escaleras colocándose el chaquetón, haciendo el nudo simple de la bufanda. El portal estaba todavía cerrado. Maldijo, como siempre, al intentar abrir la puerta. Cuando lo consiguió, el sereno estaba enfrente de él. Se saludaron como amigos. Comentaron el frío de la noche.

—Ya se va acercando el invierno—dijo el sereno.

—Ya se va acercando—respondió él.

—Al tajo ¿eh?—dijo el sereno.

—Al tajo—contestó.

Siempre se decían lo mismo. Se despidieron. El bar de los maquinistas abría a las siete menos cuarto de la mañana. El dueño del bar hablaba poco. Estaba habitualmente medio dormido. Cuando llegaba el mozo que le ayudaba, subía a su casa y se volvía a meter en la cama. A las

once de la mañana bajaba de nuevo. Era otro hombre. Entonces hablaba con los que entraban de toda clase de asuntos. Pero con los maquinistas no decía más que las palabras precisas. «Tú, González, ¿café o té? Tú, ¿té como siempre? ¿Quién orujo? ¿Todos?» Los maquinistas tampoco hablaban mucho, tosián la bronca tos de la mañana, bebían y miraban casi obsesivamente a la cafetera expres cuando abría el dueño la llave del vapor.

Entró en el bar y saludó y fué saludado.

—¡Qué mañanita!—dijo.

—Ahora gusta la máquina—comentó alguno.

Bebió su té y una copa doble de orujo, pagó y se marchó. Entró en la estación por la puerta de hierro de las mercancías. Se paró en uno de los andenes pegado a los tinglados. Buscó con los ojos su máquina. Cruzó las vías. Veía a su compañero inclinado paleando carbón. La máquina tenía un jadeo corto de vapor. Luego se desperezará, pensó, cuando la presión suba y los émbolos... y eche el airón de la marcha y... Estaba ya junto a la máquina. Todos los días fijaba la mirada por un momento en el nombre de la locomotora en una placa atornillada al costado: Santa Olaja-1. Letras doradas sobre fondo rojo.

El fogonero estaba de espaldas, pero había sentido su presencia.

—Higinio—avisó—, la señora está desayunada, ya tiene fuerza.

—Muy bien, Mendaña. Dale dos cucharadas de jarabe y andando.

Subió a la máquina. Mendaña echaba las dos paletadas de jarabe. Llamaban jarabe al polvo de carbón con agua. De la boca del fogón salió un chisporroteo.

—Está bien.

Higinio movió la manilla, miró al manómetro, volvió la cabeza y escupió. La máquina comenzó a moverse lentamente. Vía adelante un hombre les hacía señas con un palo en el que estaba re-

cogida una franela verde. En la vía de la derecha, el gálbo, suspendido sobre un vagón solitario cargado de paja, tenía un ligero vaivén. A la izquierda estaban dos máquinas acopladas. Mendaña gritó algo a los fogoneros de las máquinas, algo que no le entendieron. Higinio sonreía. Mendaña siguió hablando a gritos, mientras la máquina los apartaba y su resollar hacía que se borrarán las palabras.

—Olaja—dijo Higinio—tiene más pulmones que tú.

La máquina era para los dos, en la compañía del trabajo, Olaja; Olaja y nada más. A veces le llamaban la señora, pero lo decían irónicamente, porque ellos no eran señores y una compañera de trabajo tampoco podía ser señora.

A pocos metros estaba la fuente del agua con su cetrina trompa. La máquina fué parada justamente cuando el tender quedaba debajo de ella. Mendaña descendió a dar el agua. Higinio contemplaba el chorro casi helado, de espaldas a la caldera de la máquina. Hizo un movimiento mecánico con la mano y tocó alguno de los mandos. Olaja dejó escapar un largo chorro de vapor, un como sostenido suspiro.

A ambos lados de la vía se extendían los campos negros y tensos. Olaja, arrastrando la composición de mercancías, dividía el silencio con su marcha de puño violento. De los cables del tendido eléctrico partían en vuelo, en masa guiñante, bandadas de pájaros. Algún animalillo en huida era señalado por Higinio.

—Ahí corre un buen almuerzo.

Mendaña se erguía del trabajo y sonreía.

—Un día vamos a ir a comernos unos conejos a un sitio que yo tengo visto. Un sitio superior y económico.

Superior en el lenguaje de Higinio equivalía a decir, de una excelencia ísta en la nómina de los restaurantes baratos, frecuentados para merendar con los amigos.

—Ponen los conejos cosa sería—hizo boca de trompeta.

Mendaña seguía sonriendo. Se pasó el dorso de la mano derecha por los labios mientras con la izquierda sostenía la pala y miró al campo.

—Me acuerdo—dijo—que una vez, aun no había entrado yo en quintas, allá por el año veintisiete...

La mano de Higinio se movió y Olaja silbó airadamente.

—...Tenía yo unos amiguetes—continuó Mendaña—que les gustaba mucho la priva y solíamos irnos a un figón, que tú conocerás, que está por debajo del puente que antes llamaban de la Reina...

Olaja volvió a silbar. Higinio avisó:

—En cuanto pasemos el túnel ya verás cómo cambia el tiempo. Hará más frío.

—Poco más o menos.

Mendaña se inclinó sobre la boca del horno. Tenía los ojos brillantes y la frente sudada. Se secó con un pañuelo sucio. Quiso continuar la conversación.

—Ese figón era de un señorín asturiano que presumía de valiente. La mujer era una cocinera de aúpa. Además, qué clase de mujer...

Los ojos le brillaron aún más a Mendaña. El tren acababa de entrar en el túnel y las palabras se perdieron. Higinio le contemplaba cabeceando. Mendaña seguía hablando, moviendo los labios.

En Turgo daban café en la cantina. Uno de los vagones de la composición de Olaja quedaba allí. Mendaña e Higinio bajaron a tomar café con anís. La mujer de la cantina era viuda de un ferroviario y los conocía de antiguo. Mendaña tomó su café de prisa y se volvió a la máquina. Con un trapo sucio pretendió limpiar la suciedad de los mandos de la máquina. Los metales con brillo han de estar brillantes lo mismo en una máquina que en un barco, solía decir. Higinio tomaba su café con calma. No subió a la máquina hasta que le avisó el jefe de estación que ya estaba desenganchado el vagón y que podía hacer la maniobra. Olaja sopló de nuevo.

Mendaña comentó:

—Vamos con la hora. La señora marcha bien a pesar de los años. ¡Qué material el de antes!

Turgo quedó atrás. Ahora subía la máquina a la altiplanicie. Lejanas se veían las montañas con su puerto amenazante. El sol arrancaba del lomo negro de Olaja un apagado reflejo azul. El sol blanquiazul de la mañana, entre brumas, apenas

tenía fuerzas para azulear el lomo de Olaja. Mendaña lo miraba a cada paletada.

—Todavía no ha dejado las sábanas—dijo.

—Se levanta pronto, pero no empieza a trabajar hasta las once como un señorito de oficinas.

Mendaña celebraba las cosas que decía Higinio. Reconocía en él un talento superior al suyo. En la taberna solía confirmar las opiniones de Higinio: «Tiene mucha razón Higinio», y repetía, «Sí, señor, Higinio tiene mucha razón». En su casa, explicaba a su mujer los acontecimientos futuros por lo que había dicho Higinio: «No habrá guerra, todos tienen un canguelo torero. Ha dicho Higinio que Rusia habla de boquilla y que los yanquis son blancos, que tienen el calzón húmedo.» «La vida no puede subir más. Higinio ha leído que la cotización ahora es de tres por una. Bueno, yo no lo entiendo, pero Higinio sabe de esas cosas. Lee mucho.»

Mendaña dió media vuelta a la boina sobre la cabeza. Se le escapaban algunos cabellos cenicientos que le caían sobre la frente. Luego se rascó las espaldas.

—Tengo una cosa aquí que me tiene doblado. A la mujer le hago todos los días que me amase el pellejo con alcohol de romero, pero que si quieres...

Olaja soplaba mucho. Estaba ascendiendo una cuesta. Marchaban muy lentamente. Mendaña paleó un poco más. Higinio, con el codo sobre el visor, miraba el paisaje distraidamente.

—¡Qué tierra!—dijo—. No hay más que piedras. Media España es piedra. Esto no da más que lagartos.

Mendaña encendía un cigarrillo, hecho torpemente.

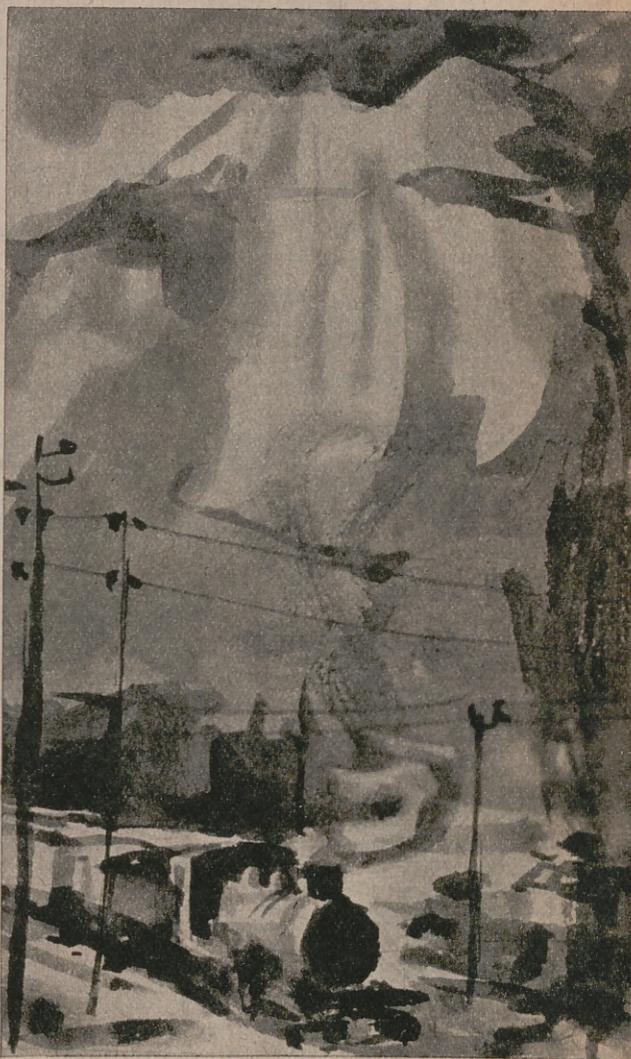
—¿Tú has comido lagarto, Higinio?

—Yo no.

—Pues yo sí. Te aseguro que te gustaría. Sabe como a merluza. Yo he comido de todo. Yo no le hago ascos a nada.

—¿Has comido gato?

—Gato—hizo un gesto de suficiencia—. Cientos he comido. Un día nos comimos entre media docena de amigos, siete. Gato para comer, gato para cenar, y sobró. Están muy buenos guisados con patatas, mejores que conejo. Yo por comer, he comido hasta picazas, claro que dejándolas un par



de días en creó. Y aun así, comí por decir que había comido, no por otra cosa.

Higinio le miraba con una tierna superioridad.

—Eres un bárbaro, Mendaña—comentó—. Yo no comería nada de eso aunque me lo sirvieran en bandeja de oro.

—Pues qué te crees tú, si el gato es un plato fino.

Olaja marchaba ya normalmente. Mendaña apagó el cigarrillo, se lo colocó en la oreja y paleó durante unos minutos.

—Una vez—dijo, haciendo un alto—entre mi mujer y yo...

Miró a Higinio que estaba distraído con la cabeza asomada avizorando la vía. Mendaña volvió a palear carbón.

Higinio le llamó.

—Fíjate, Mendaña, cómo están esas charcas de caza.

Mendaña dejó la pala y se asomó.

—¿Qué serán?

—Aves de paso. Van para el Sur—contestó Higinio—. Descansarán y para el Sur, buscando el buen tiempo.

Mendaña filosofó:

—Son más listas que los hombres. Hay que ver...

—En la primavera vuelven al Norte—explicó Higinio—. Suben hasta el Polo. Allí, como quien dice, veranean. La Naturaleza es muy sabia.

—Y tanto. Ya quisiéramos nosotros ser como la Naturaleza.

Olaja entraba en un puente. Debajo corría un río de agua turbia. El convoy hacía un ruido endemoniado al pasar por el entramado de hierro.

—Agua de montaña—dijo Mendaña—. Ha debido llover lo suyo por los altos. Agua sana que se lleva todo lo malo del río. ¡Ya se necesitaba...!

—Cuando paremos en La Penaza te voy a enseñar dónde hay una fuente que da un agua que lo cura todo. A ver si te pegas un buen trago y te quitas el dolor de las espaldas. Porque lo que tú tienes es como unos cristales que se te forman dentro de los poros de la segunda piel y que se te tienen que disolver. Te llevas una botella a tu casa y te bebas un buen vaso todas las mañanas al levantarte. Así un mes. Aquí hay una curandera que lo receta para todo.

—Buena tiene que ser cuando lo receta para todo.

Los terraplenes de la trinchera tenían un color triste de cielo invernal. Olaja silbó fuertemente. El silbido se alargó y redondeó en la extensión de la trinchera. Luego saltó a las desiertas lomas amarillas; anidó en la vaguada, por donde se deslizaba un surco de agua y se alzaban unos arbolillos; se perdió en el aire.

—La Penaza la tenemos a la salida de esta curva. Hazte con una botella en cuanto lleguemos. El jefe tendrá alguna vacía. Le gusta pimpar y siempre tiene vino en la oficina.

Al salir de la curva se les presentó la pequeña estación de La Penaza. Detrás de una loma estaba el pueblo.

—Esto sí que está bonito en primavera—dijo Higinio—. ¿Te acuerdas de este mayo pasado? Le entraban a uno ganas de revolcarse en el verde de jugoso que parecía.

—¡Que sí me acuerdo!

* * *

Olaja se puso de nuevo en marcha. La botella con el agua casi milagrosa la había colocado Mendaña entre dos bloques de carbón.

—A ver, a ver...

Mendaña se hacía la ilusión de que había mejorado.

—Parece que me duele menos.

—Pero hombre, el agua no te va a hacer efecto al instante, como el elixir del padre Botija. Por lo menos la tienes que tomar durante un mes.

—No creas, ya se nota. Algo de mejoría se siente.

Olaja pedía más carbón. Mendaña paleó con mucha rapidez durante unos minutos. Luego, más lentamente.

—Qué oficio, Dios—murmuró.

—Quéjate, quéjate, que tienes boca.

—No hay dinero para pagar esto, hombre.

—Tampoco lo hay para estar metido en una mina o al pie de un horno durante ocho horas, quemado por fuera y por dentro. Aquí, cuando quieres, puedes respirar y pegarte un trago en cada estación que paremos.

—Tienes razón, Higinio; peores los hay.

En las arrugas de la cara de Higinio, la carbo-



nilla ponía su tatuaje negro, construyéndole como una máscara de impasibilidad. Mendaña estaba absolutamente negro. Sus grandes manos parecían algo mecánico de la pertenencia motriz de Olaja.

—En la próxima hay que hacer maniobras. Hay que dejar las bateas de maquinaria y coger uno o dos vagones de cemento. Después no paramos hasta Fuensalida. El jefe de tren dirá.

Olaja fué perdiendo velocidad. Silbó aburridamente. Mendaña atizó sus entrañas con un hierro largo. Higinio frenó. Saltaron los dos al andén.

—A ver lo que dice éste.

Se acercaba el jefe de estación hacia ellos. El jefe de tren estaba al final del andén.

—¿Qué hay de nuevo?—saludó el jefe de estación.

—Poco, ¿y por aquí?—contestó Higinio.

—Lo de siempre.

—Vaya.

Las palabras previas tenían la misma monotona en todas las estaciones. No decían nada y lo decían todo. Inmediatamente pasaron a hablar de la maniobra. El jefe de tren, que ya estaba con ellos, se echó la boina hacia atrás y puso los brazos en jarras.

—Hay que sacar del medio las bateas...

De un grifillo del costado de Olaja caía un chorro de agua sobre el borde del andén. Un perro se acercó a husmear y luego siguió al trotico curioseando a todo lo largo del convoy.

II

Comenzaban los primeros túneles de la montaña. Cada uno tenía su nombre. Mendaña los iba nombrando a medida que iban entrando en ellos.

—El Barro... El de Lobo Viejo... El de la Moza...

Higinio estaba atento a la marcha de Olaja.

—Las traviesas están medio podridas. Un día nos vamos monte abajo con todo el percal.

El humo en los túneles los aislaba, los envolvía. Higinio distinguía la tos bronca, de perro atragatado, de su compañero.

—¡Uf! El caño de respirar se me va a caer al balasto—decía Mendaña. Y escupía prolijamente, con los ojos cargados de lágrimas—. Estoy tan sucio por dentro como por fuera.

Al entrar en un túnel se sentía como si toda la masa del convoy se achicase, y, ya dentro de él, parecía como si a la primera sensación de compresión sucediese otra de extensión y el túnel fuera a romperse ante la fuerza expansiva del tren. El ruido, el humo, la oscuridad, motivaban el juego de sensaciones. A la salida Olaja corría libre y hasta más alegre. Entrar en un túnel era entrar en una tormenta, en un negro nubarrón cargado de ruidos meteóricos y sobresaltantes, que convertían el paso de unos minutos por él en algo inexplicablemente temible, hecho de tinieblas, de insólitas coloraciones amarillas y rojas en el humo apotonado en el puente de la máquina, de furiosos sonidos de hierro y de vapor de fuga.

En los túneles largos habitaba la desazón. La desazón de los rostros fosilizados de todos los via-

jeros que habían querido distinguir sus paredes con los ojos desmesuradamente abiertos. La desazón de los viajeros ancianos, que imaginaban horribles catástrofes dentro de túneles interminables. Algo intestinal y ciego; tajado del paisaje; el temor repentino de que Olaja, hasta entonces obediente, podía dejar de serlo allí mismo.

Pero Olaja pasaba los túneles: El Barro, el de Lobo Viejo, el de la Moza, el Tunelillo, y transmitía a las manos de Higinio, sobre las palancas, la serenidad de su fuerza encarrilada.

Los valles estaban cubiertos de niebla. A medida que ascendían, al contemplar las cimas de las montañas, las nubes se les hacían más rápidas en su marcha. El cielo estaba claro, de un azul grisáceo tenue y frío. Las nubes pasaban altas; en las crestas de los montes se deshacían a veces, alargándose en coletas. Las peñas, blancas al sol del verano, estaban como ensuciadas por la humedad. El verde, hasta la niebla de los valles, oscurecido.

—Va a nevar pronto—dijo Mendaña.

—¿Cómo lo sabes?

—El cielo está de cristal. Cuando se pone así, ya se sabe, nieve segura.

En uno de los túneles había obreros trabajando. Gritaban al paso de la máquina. Sostenían sus faroles a la altura de la cabeza. Mendaña les hacía gestos deshonestos y se reía a carcajadas.

Higinio disminuyó la velocidad de Olaja. Unos metros delante de la máquina, un hombre balanceaba un farol rojo. Higinio frenó.

—¿Qué pasa ahora?—preguntó Mendaña.

—La vía. La habrán levantado. ¡Quién sabe!

El hombre del farol rojo se acercó.

—Tenéis que volver atrás, hasta el apeadero.

Estamos cambiando las traviesas. Cosa de una hora. La vía está levantada.

—Bueno. La organización es perfecta. En el apeadero nos dan la salida y ahora a volver atrás...

Higinio pulsó suavemente la palanca. A lo largo del convoy como una sucesión de puntos suspensivos, los topes de los vagones se golpearon. El tren retrocedía.

—Bajar con tanto peso tirando de Olaja va a ser muy peligroso—dijo Mendaña—. A ver si nos arrastra la composición y...

—No lo pienses.

Los hombres de la vía gritaban; pero Mendaña no se reía a carcajadas ni les hacía gestos deshonestos. Estaba pendiente de la marcha de Olaja. El túnel se les hizo muy largo.

—No faltaba más que esos becerros hubieran dado la salida en La Penaza al mixto...

Higinio silbaba preocupado. Se pasaba la lengua por los labios, que el calor de Olaja reseca. Acabó el túnel, y los dos respiraron profundamente. De Olaja escapó un largo chorro de vapor.

Ninguno de los dos miraba a los valles.

—En cuanto pasemos el próximo tenemos el apeadero. Habrá que ver si nos podemos quedar allí o si tenemos que bajar todavía más...

En el horno, el carbón recién echado daba una llama azulada. Mendaña metió el hierro y hurgó prolijamente. Las llamas surgieron rojas.

—¿Tiene mucha presión?

La mano de Higinio se movió. Olaja volvió a dejar escapar vapor.

Al entrar marcha atrás en el túnel notaron el calor húmedo, de cueva o de invernadero. Las paredes chorreaban agua, y un musgullo verde se extendía por las zonas donde el chorreo del agua era menos intenso.

Olaja patinaba. apenas capaz de sostener el tirón de la composición. El rostro de Higinio se ensombreció.

—Esto va mal. Mendaña. Haz señas, si puedes, de que echen los frenos de los vagones.

—Los están echando para acortar velocidad, pero el convoy se vence. Fuerza un poco a Olaja a ver si resiste la tironada.

—Los que no van a resistir son los enganches. Higinio movió la cabeza preocupado.

—Estamos aumentando la velocidad. Si se nos desboca se hará ingobernable. Y seguramente no tenemos espacio para pararlo en el llano porque detrás viene el mixto.

Por encima del tender asomó la cabeza Mendaña.

—Nos hacen señas desde la primera garita. Se han dado cuenta de que esto marcha mal.

Higinio tenía las manos crispadas sobre las palancas.

—No me atrevo. Si los enganches se rompen...

—Lo tienes que hacer, Higinio...

La cara de Mendaña, al abrir el horno llameante, tenía una dureza de imagen.

—Este túnel no se acaba nunca—dijo Higinio.

En la voz notaba Mendaña la dificultad del momento. Sabía que Higinio no se preocupaba vanamente. Le miró con firmeza. La mano de Higinio movió la palanca. Fué como una descarga de fuerza. Olaja patinó resoplando, crujiendo.

—Los enganches resisten por ahora.

—Apenas he frenado—dijo Higinio—y ya has visto, se llevan a Olaja. Si freno fuerte, y tendré que hacerlo, a la salida del túnel partimos el tren. Los vagones, embalados, llegarán hasta La Penaza.

Mendaña pensaba que Olaja tenía que resistir todo el tren, que Olaja tenía fuerza para detener el desboque de los vagones. Un desboque terrible de seres sin cabeza, porque aquel tren que se les presentaba como humanizado tenía su cabeza, su inteligencia, su fuerza recta en Olaja. Iba a ser acaso como lo que ocurre con las formas más primitivas de la animalidad, que, aun mutilado en ser, cada parte tiene una vida propia y se agita y se mueve hasta que sobreviene la muerte. Mendaña tenía fe. Higinio escuchaba los ruidos del lanzamiento del tren. Los dos pensaban en Olaja. en que Olaja sería capaz de frenar el espanto.

Higinio movió de nuevo la palanca. Olaja resollaba profunda, animalmente. Estaban a punto de salir del túnel. Mendaña lo percibía en el aire



III

Ya era de noche. La estación nucleaba una gran masa oscura de indecisos reflejos en las cristalerías. Llovía tenue y persistentemente. Los andenes, mojados por la lluvia, eran doblemente negros, de un negro profundo, sereno, ocular, donde los faroles hacían un reguero anaranjado de luz triste. El quiosco de la Prensa tenía los cierres echados. En la sala, donde estaban las ventanillas de las taquillas, habían apagado todas las lámparas, excepto una, que quedaba muy alta y expandía tan poca luz que los rincones permanecían en penumbra.

En los andenes una mujer barría junto a los bancos de madera. Tenía una respiración casi suspirante. Levantaba la cabeza a veces con inquietud. Por entre las vías centrales vacías caminaba un empleado abrigado por un zamarrón, llevando en la mano un farol de señales. Saltaba de traviesa a traviesa. Entre las traviesas se formaban charcos de agua negra con grasa sobrenadando que a la luz se irisaba.

Olaja había quedado en vía muerta, con los fuegos casi apagados. Tras de una pequeña locomotora de maniobras se destacaba su estructura de viejo modelo, de «material de antes». Higinio y Mendaña la acababan de dejar.

Ni Higinio ni Mendaña caminaron hacia los andenes de viajeros para salir por la puerta de lujo de la estación. Ellos se fueron donde los tinglados de las mercancías, buscando la verja de hierro por la que saldrían a la calle oscura, a la calle que llamaban en la ciudad del Ferrocarril. Notaban al caminar los distintos hedores de los tinglados: el violento fosfórico olor del pescado, la suavidad vegetal de la paja, el olor rotundo de los bocoyes de vino...

Junto a la verja de la estación, la caseta de arbitrios. Mendaña se acercó a golpear con los nudillos sobre el cristal de la ventanilla. El empleado estaba adormilado junto al brasero. Se despertó de repente. Mendaña le gritó: —¡Que pasamos un vagón de mercancías y no te enteras!

El empleado hizo un vago gesto de disculpa y asentimiento.

—Que no tienes remedio. Menos beber, muchacho, y menos brasero.

Higinio y Mendaña siguieron adelante. Comentaban:

—También éste tiene buen oficio ahora que empieza el invierno. No da ni golpe, pero estarse ahí toda el día o toda la noche es criminal.

—Este, como se echa entre pecho y espalda un litro antes de venir al servicio, ni se entera. Lo mismo le da que nieve, que salga el sol a medianoche. Menudo pájaro, y además, con dinerete. En el tiempo del estraperlo hizo perras el muy cuco.

—Vaya con el Andrés, con la cara de sopazas que tiene. No estaba yo enterado.

Caminaron hasta la taberna de los maquinistas.

—Vamos a tomar un blanquillo.

—Vamos.

En la taberna se encontraron con muchos com-



pañeros. El dueño conversaba amablemente con los clientes. Saludó al entrar.

—¿Qué va a ser, Higinio?

—Pon dos blancos.

—¿Qué os ha pasado hoy? Dicen que habéis estado a punto de hincar el pico.

—Por tablas. Yo creí que hoy teníamos lío.

—Lo ha contado—dijo el dueño—Francisco, el ruta de León.

—Menos mal que la máquina ha respondido y hemos echado el freno a tiempo.

—¡Vaya, hombre! Mejor es así.

Uno de la reunión hizo la broma macabra:

—Que de poco dejas viuda a la Charo, ¿no?

—Pues casi.

—La hubieran compensado de tal forma como para comprarse un chalet en los andenes.

—Sí, ésa es la ventaja que tenemos, ¿no te parece?, que la viudedad es muy buena y la mujer de uno se puede comprar no un chalet, sino un tren para andar ella solita por la estación.

Mendaña se echó a reír. Luego explicó:

—Es que por los túneles de la sierra la vía está de risa. Nos quisimos echar para el apeadero de La Moza y de poco nos venimos hasta aquí.

El tema se agotó en seguida. No eran los compañeros gentes para extenderse en comentarios sobre los peligros pasados. El dueño insistió en hablar del ferrocarril. Conocía todos los sucesos de la estación. El era el que daba el parte diario a los ferroviarios que entraban en la taberna.

—A la Albacete 119 se le partió ayer un eje del tender y estuvieron en la vía siete horas con un frío de ole intentando...

Higinio y Mendaña conversaban con los compañeros:

—Pon una ronda—dijo Higinio, y luego continuó:—Un día de éstos hay que organizar una merienda para que Mendaña nos demuestre lo que es capaz de comerse.

—Yo no presumo de cantidad—protestó Mendaña—. Yo lo que digo es que como de todo—enfurrufió el gesto—. Es que le decía esta mañana a Higinio que yo he comido lagarto y se extrañaba.

Intervino alguien:

—¡Anda! ¿De eso se extraña éste? Pues en Extremadura, estando de plantilla yo en Badajoz, buenos gazpachos nos hemos comido con unas tajaditas de lagarto.

—Pues eso le decía a Higinio... Lo que pasa es que éste—dijo señalando a su maquinista—es un tío finolín. Si en la guerra le hubiera tocado de este lado ya hubiera visto cosa buena. Lo que pasa...

Higinio aclaró:

—Me hubiera tocado donde me hubiera tocado no como yo lagarto ni para los restos. Tú, que tienes un estómago como la caldera de Olaja, podrías con todo; pero yo sigo pensando que ésas no son más que porquerías y que donde esté un buen filete de carne, carne, ya podéis dejaros.

—¡Hombre, qué cosas! A eso también me apuntó yo.

Uno de los hombres hizo un gesto con la mano al dueño de la taberna y éste volvió a llenar los vasos.

—¿Qué hora es ya?—preguntó Higinio.

—Las once menos cuarto—le respondieron—. Pronto todavía.

—Para mí tarde. Mañana tengo servicio también. Hasta el jueves no descanso—protestó:—Yo no sé cómo está organizado ahora el servicio, pero lo estamos pagando bien unos cuantos. Me voy a acercar un día a la oficina para que me lo expliquen, porque con clavar un papel en la entrada y decir que hay que hacer o hay que dejar de hacer tal y tal cosa creen que está arreglado.

Añadió:

—¿Qué se debe?

Puso unas pesetas sobre el mostrador.

—¿Te vienes, Mendaña?

Mendaña bebió de un trago su vaso y se pasó el dorso de la mano por los labios.

—Sí, que hay que descansar—dijo.

—Es que yo echo una hora en llegarme hasta casa. La parienta ya estará en la cama. Hoy es uno de esos días que apetece acostarse temprano. Con el frío y la lluvizna donde mejor se está es en el catre.

A la puerta de la taberna se despidieron Mendaña e Higinio. Llevaban rumbos diferentes.

Higinio caminaba con las manos metidas en su chaquetón de cuero. Mendaña pensaba que antes de llegar a su casa tenía que entrar en dos o tres tabernas a charlar un poco y a beber algunos vasos más.

Higinio abrió la puerta del portal de su casa y subió las escaleras. La casa estaba en silencio. Entró en la cocina. Como pensaba, su mujer le había dejado la cena en el rescoldo de la hornilla. Se lavó en el fregadero, se descalzó y comenzó a cenar.

En la habitación estaba oscuro. Higinio no quiso encender la luz por no despertar a su mujer. Se sentó en la cama. Había colocado rutinariamente su camisa sobre la silla, los pantalones a los pies de la cama, el jersey mahón encima, el chaquetón de cuero colgado de la percha. Veía entrar un rayo de luz del cercano farol por entre los ventanillos entornados. Suspiró. Se tendió en la cama. Estaba caliente, agradable. Volvió la espalda a su mujer. El movimiento la arrancó del sueño.

—¡Hola, Higinio!—dijo con ronca voz de sueño—. ¿Qué tal hoy?

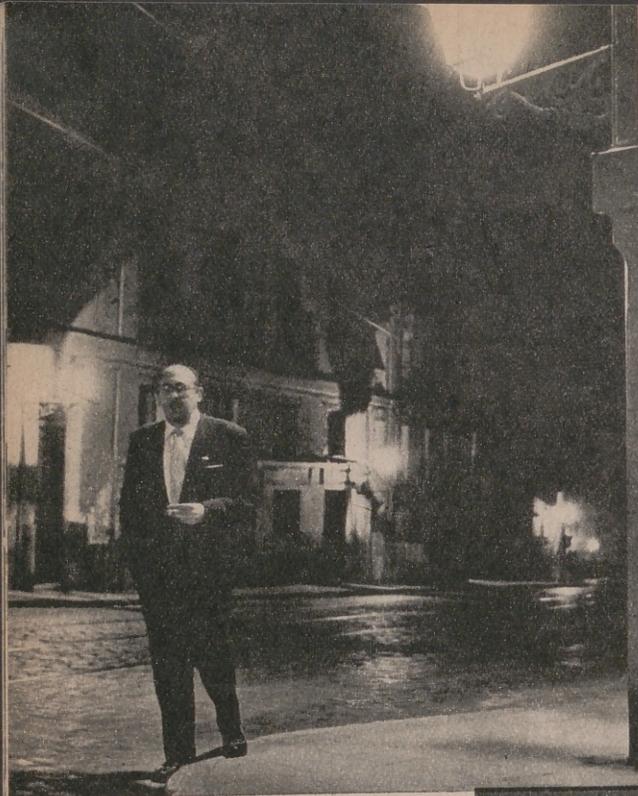
Higinio contestó:

—Bien. Como siempre.

Luego cerró los ojos.



RAFAEL MORALES CANTA AL ASFALTO



“He tratado de captar ese mundo inmediato, ese alrededor que acompaña la vida del hombre. Un mundo deshabitado de brillo, pero que en su misma humildad contiene un hálito de belleza”

LA POESIA ESTA EN EL POETA, NO EN EL OBJETO POETICO EN EL QUE FIJA MOMENTANEAMENTE SU ATENCION

ESTE Rafael Morales, de quien traemos hoy a nuestras páginas noticia y entrevista, anécdota y categoría, es un raro ejemplo de hombre generoso, rico en calidades humanas, desbordante amigo de la verdad y de la belleza. Sus muchos valores como hombre se compadecen estupendamente con el oro de buena ley poética que brilla a través de toda su obra. Y es de él de quien Gerardo Diego dijera aquello de

«Divino por Rafael
y por Morales divino,
de su nombre ya le vino
su destino amargo y fiel.»

Desde Talavera de la Reina, su pueblo natal, buen nombre para nacer al drama y a la belleza de la vida, bien es verdad que retumbó su voz. Su voz era potente y tenía que oírse; su voz venía afilada en los endecasílabos de mayor belleza que sobre el tema taurino se habían escrito nunca en lengua castellana, y detonaba de emociones, relampagueaba de hermosura.

Ahora Rafael Morales, después de cantar al toro, después de acercar su corazón a la tierra, y luego de acercarse a comprender la fatiga y la pena de los desterrados, de buscar su poesía en las manos sucias de los trabajadores y de decir el dolor de los hombres, nos ha llegado con un nuevo título, «Canción sobre el asfalto», que acaba de ser galardonado con el Premio Nacional de Poesía «José Antonio» de 1954.

Un nuevo libro de poesía siempre es algo que se recibe con alegría, que parece que viene a clarificar nuestra inteligencia, a ponerle grados de sabiduría a nuestro corazón. Pero cuando este libro es de un poeta que se llama Rafael Morales, todo eso está de antemano asegurado, y de verdad, de verdad, uno puede afirmar que el mundo ha ensanchado un poco, ha aumentado su caudal.

Para hablar de su libro, de su

Rafael Morales pasea por los escenarios de su último libro. «*Qué doloroso eres, viejo barrio nocturno*»

La mano de Rafael Morales alza la copa de vino tinto que él canta: «*El vino rojo encierra una gran rosa, un demente clavel enardecido*»



poesía, hemos echado camino adelante, en diálogo peripatético por los caminos del viejo Madrid. Ya que no a caballo el poeta, a pie, sí, por todo ese cinturón de calles llenas de melancolía y recuerdo al atardecer, y también, como en el verso, con alguna tranquilidad violeta en el paisaje de dentro y en el de fuera.

Y andando, entre paso y paso, y reglamentaria parada de vez en cuando, hemos preguntado y nos han contestado:

SALVADOR JIMENEZ.—Primero, ¿qué supone este libro suyo en su obra?

MORALES.—He tratado de captar ese mundo inmediato, ese alrededor que acompaña la vida del hombre. Un mundo deshabitado de brillo, pero que en su misma humildad contiene un hálito de belleza.

SALVADOR JIMENEZ.—¿Es poesía social? (Había que lanzar pronto la pregunta.)

MORALES.—Bueno, hay que distinguir. Yo no creo en absoluto que poesía social sea coger y pedir en verso el aumento de jornal de los obreros. Mi libro, en cuanto intenta una comprensión

humana una valoración estética de la circunstancia del hombre, puede que sea, sí, poesía social, pero no en el sentido partidista y de revancha que se pretende dar a este vocablo, sino con una dimensión cristiana. Lo imprudente aquí, como en tantas otras cosas, es la sustancia; el resto es complemento.

CARLOS ALVAREZ.—Precisemos un poco y sinteticemos.

MORALES.—Pues, mire, entiendo que lo que de verdad importa es la poesía; el tinte que adjetive esa poesía es simplemente añadidura.

RAMIREZ DE LUCAS.—¿Qué condición espiritual cree imprescindible para lograr la poesía?

MORALES.—Para mí la tranquilidad es fundamental. Muchas veces me sugiere un poema cualquier motivación accidental, y lo siento vivo dentro de mí, desecso de formarse; sin embargo, llevo a casa fatigado de mi trabajo cotidiano y aún tengo que ponerme a escribir lo que yo llamo «los artículos alimenticios», y resulta que el poema se queda muerto antes de nacer.

RAMIREZ DE LUCAS.—En ese

caso, si alguna vez fuese millonario y no tuviera que preocupar por los «artículos alimenticios» ¿escribiría más poemas?

MORALES.—(Le entra una risa como de niño que sabe que eso es una broma, que no, que un poeta no puede nunca ser millonario.) ¡Quién sabe! (Y se le nota que anda rumiando por su interior el deseo de poder contar con la previa experiencia de pasar por el estado de millonario para poder contestar con honradez.)

SALVADOR JIMENEZ.—En numerosos artículos y charlas has arremetido contra los prosaísmos en la poesía. ¿Por qué ahora en tu libro, deliberadamente, incurres en ellos?

MORALES.—He querido demostrar que lo importante es hacer poesía verdadera aun con temas en apariencia prosaicos; en contra de lo que hacen muchos de los que se llaman «poetas sociales», que convierten en prosa la poesía guiados por intenciones bastardas de fáciles efectos extrapoéticos.

RAMIREZ DE LUCAS.—¿Cuál crees que es el secreto de la poesía?

MORALES.—La poesía está en el poeta, no en el objeto poético en el que fija momentáneamente su atención; la prueba está en que en «Canción sobre el asfalto» he utilizado temas que se consideraban como inapropiados, cual el cubo de la basura, la chaqueta vieja, la escoba del barrendero, etc. En la cosa más deleznable más sucia, más humilde, puede haber poesía; el secreto es que esa poesía seamos capaces de sorprenderla y de decirla.

RAMIREZ DE LUCAS.—¿Cómo debe escribir el poeta, bajo qué impulsos?

MORALES.—El poeta, hoy como siempre, sigue procediendo por inspiración. No creo en los poetas capaces de escribir por encargo; para ellos habría que buscar otra denominación.

SALVADOR JIMENEZ.—¿Tal vez remendones de la poesía?

MORALES.—Sí, eso o algo parecido.

Y así como hemos hecho algunas pausas en el paseo, vamos a hacer ahora también, en gracia del lector, una pausa en esta prosa para dejar que la poesía asome su voz. Y sea el que Rafael Morales llama «Cántico doloroso al cubo de la basura», el que empine sus hermosos endecasílabos y vuelque sobre estas páginas su perfección de soneto:

Tu curva humilde, forma silenciosa
le pone un triste anillo a la basura.
En ti se hizo redonda la ternura,
se hizo redonda, suave y dolorosa.

Cada cosa que encierras, cada cosa,
tuvo esplendor, acaso hasta hermosa.
[sura.

Aquí de una naranja se aventura
su delicada cinta leve y rosa.

Aquí de una manzana verde y fría
un resto llora zumo delicado
entre un polvo que nubla su agonía.

Oh viejo cubo sucio y resignado,
desde tu corazón la pena envía
el llanto de lo humilde y lo olvidado.
[dado.

Y entramos en la rueda de recordar versos, de perdernos por el encanto de intentar fijar la memoria sobre los poemas. Y en-



tramos a hablar de «Canción sobre el asfalto».

CARLOS ALVAREZ.—¿Crees que con este libro ha superado su anterior obra?

MORALES.—Sinceramente, sí. A mí me gusta más que ninguno de mis anteriores libros.

(Y se entabla el diálogo por el que Salvador Jiménez manifiesta rotundamente su preferencia por los «Poemas del toro».)

SALVADOR JIMENEZ.—¿Y no cree que algunas cimas de sus sonetos del toro están aun por superar?

MORALES.—No. Creo que «Canción sobre el asfalto» es un libro mucho más rico de vocabulario, de mundo, de intención, de verdad.

SALVADOR JIMENEZ.—¿Qué influencia de Miguel Hernández hay en su obra?

MORALES.—Miren, de eso se ha dicho mucho, pero yo, la verdad no la veo. Mi libro de los toros se enfrentó con el tema taurico, con el toro y su propia existencia. Miguel Hernández, cuando toca el tema, lo hace utilizándolo como símbolo, nunca como entidad.

CARLOS ALVAREZ.—¿Por qué esa preferencia del soneto?

MORALES.—Sencillamente porque a mí se me da esta forma mejor que ninguna otra. Es cosa que ni me propongo. Cuando, después de tener por dentro el poema, intento darle salida, me encuentro ya con que lo estoy ordenando en soneto. Y eso es todo.

SALVADOR JIMENEZ.—Hombre, ¿y no cree que es raro que en libro donde juega como motivo poético el cubo de la basura, el barrendero y el suburbio, aparezca un poema dedicado a Su Santidad el Papa?

MORALES.—Pues, no.
SALVADOR JIMENEZ.—Explíquese.

MORALES.—Verá. Ese poema es un poco como la coronación y cima de todo el ideal de cristiano amor que me ha movido a es-

El paso lento del último «símon» permite saborear los poemas de «Canción sobre el asfalto», recitados en los lugares que los inspiraron

cribir estos poemas. Creo que el Papa figura el primero en el ejercicio de la caridad y del verdadero amor, y por eso no dudé en incluir ese poema, que es sincero testimonio de lo que pienso.

CARLOS ALVAREZ.—¿Sus maestros en el soneto?

MORALES.—Quevedo, Lope; bueno también Góngora.

RAMIREZ DE LUCAS.—¿Escribe mucho?

MORALES.—No soy poeta de excesiva fecundidad. A lo más, veinte o treinta poemas al año; algunos me quedo en doce.

RAMIREZ DE LUCAS.—¿Cree que el trabajo clasificado, las exigencias de la vida actual, el cansancio de las ocupaciones, el trajín de la gran ciudad son cosas que dificultan la tarea del poeta?

MORALES.—Pues, en cierto modo, sí. Hay veces en que uno tendría que escribir, se siente incluso la necesidad de hacerlo; pero el exceso de fatiga de una jornada de muchas clases, la necesidad de atender a los que hemos llamado «artículos alimenticios», y otros etcéteras, impiden ponerse a la creación. Es por eso seguramente por lo que mis poemas los he escrito en su mayoría durante los veranos, en los meses de vacación, cuando no tenía a las puertas de cada hora o de cada día una serie de solicitudes a las que no hay más remedio que atender.

Salimos hace rato del café Gijón y hemos llegado a las Vistillas. Rafael juma tabaco negro y hay que liar a menudo. Altos y pausas. Algún vaso de buen vino que hubiera elogiado Gonzalo de Berceo. Alguna otra divagación literaria, y siempre un acento humano, esa risa como de niño grande con que Rafael subraya las palabras. La ronda vuel-



Por las silenciosas calles de los viejos barrios madrileños, Rafael Morales pasea y conversa con nuestros redactores

ve por las mismas calles, desemboca en la plaza Mayor. Pensamos que aquí suenan bien los versos medidos, la armonía serena de Morales, que aun así mantiene viva una voz de apasionamiento noble. Y pensamos en que hay que decirse adiós. Aún quedan algunas preguntas, pero hay que intentar el punto final.

SALVADOR JIMENEZ.—Como final, Morales, su último libro tendrá mayor eco en la gente que sus sonetos del toro?

MORALES.—Hombre, la verdad, eso no lo sé. ¡Ojalá! Por lo que hace a mi primer libro, creo que el propio tema de que se trataba le facilitó una difusión en ambientes que, de ordinario, no son vecinos de la poesía.

CARLOS ALVAREZ.—¿Anécdota al canto?

MORALES.—Pues, sí. Me la contó Hernández Castanedo, que la presencié en una Comisaría. Al registrar a un detenido le encontraron mi libro de poesía. Y entonces otro, conocido carterista que también andaba por allí, al verlo y oír decir mi nombre, aseguró que se sabía un soneto de memoria.

CARLOS ALVAREZ.—¿Y era verdad?

MORALES.—Debía serlo, pues-

to que lo recitó el hombre. Como ven, los «Poemas del toro» habían llegado a conocimiento de gentes que yo no podía soñar.

RAMÍREZ DE LUCAS.—Si, como hacen en el fútbol, le nombrasen seleccionador nacional de la poesía y tuviese que formar un hipotético equipo de poetas, ¿qué alineación escogería?

MORALES.—Lamento no poder contestarle, porque si lo hiciese me quedaría sólo con once amigos. Ya en Portugal me hicieron en una ocasión una pregunta parecida y mencioné con gran generosidad a treinta poetas contemporáneos que consideraba estimables. Pues bien, el poeta que hubiera hecho el número treinta y uno me increpó furioso por no haberle nombrado, y desde entonces se considera enemigo. No, no quiero volver a tropezar en el mismo sitio, porque esta vez el porrazo sería más doloroso.

Dejamos a Morales. Volvemos sobre el asfalto. Con su canción, con su aire bueno y optimista, con su ademán de cordialidad que tiene para todas las cosas. Pensamos que el hombre se corresponde con el poeta. Y que el poeta, desde luego, los seleccionamos como puntal indispensable del equipo español de la poesía contemporánea. Con toda justicia que ahora ha sido reconocida oficialmente al ser distinguido Rafael Morales con el máximo premio que se concede en España a la creación poética.



«Cercadas por ladrillos y cemento, por asfalto, carteles y oficinas, una acacia cautiva basea un viento», dicen los primeros versos de uno de los poemas del Premio Nacional de Poesía 1954

¡Conseguido...!

AZOR



Llegar al final victorioso es el más digno remate de una noble ambición; es conseguir, lograr lo que se ha propuesto...

Pero si lo que se pretende es halagar el paladar, entonces nada mejor que el brandy extraviejo **MAGNO**, un brandy de calidad extraordinaria y de un prestigio mundial hace tiempo conseguido.



Sancho e
CARIÑARES

Magno
Brandy Extra Viejo
OSBORNE

PUERTO DE SANTA MARIA

EL LIBRO QUE ES MENEJTER LEER

TRABAJO DEL SEGUNDO BUREAU (1935-1940)

Por el general GAUCHÉ

IMPORTANCIA Y
METODO DEL SE-
GUNDO BUREAU

EL crítico militar alemán Gaedcke, poco tiempo después del fin de la primera guerra mundial, explicaba así la derrota alemana:

«El giro que han tomado las cosas se debe, en una buena parte, al Servicio de Información, particularmente brillante, de nuestros adversarios.»

«Foch fué constante y exactamente informado sobre el número de divisiones alemanas en reserva, su situación, su valor combativo y asimismo sobre las intenciones del Mando alemán.»

«Por el contrario, los informes que poseía el Mando alemán sobre el adversario eran mucho menos precisos.»

«No es de extrañar, pues, que Foch haya podido tomar sus disposiciones con más seguridad que el Mando alemán y haya tenido, así, más probabilidades de éxito.»

He aquí la importancia del Segundo Bureau. Este órgano está encargado en tiempo de paz de informar al Alto Mando y al Gobierno sobre los Ejércitos extranjeros, y singularmente sobre aquellos países que la coyuntura política designa como enemigo probable.

Al mismo tiempo tiene la misión de evitar al Alto Mando una doble sorpresa: la sorpresa técnica y la sorpresa estratégica.

La primera se refiere a los cambios que el enemigo pueda realizar en la organización de sus fuerzas, en sus procedimientos de combate, en su armamento y material. La segunda concierne, en el espacio estratégico, a las posibilidades de acción del enemigo y a obtener este resultado en el tiempo fijado por el Alto Mando.

El problema que tiene entonces el Segundo Bureau es invariable en su aparente simplicidad: saber lo que el enemigo puede realizar en el espacio y en el tiempo.

Estudiando las campañas de la primera guerra mundial, se ha descubierto un método que procede de la aplicación rigurosa de un cierto número de principios, y que conduce a informar al jefe «presentándole una síntesis única con todas las noticias recibidas concernientes al enemigo, inmediatamente explotable, y que pueda determinar o modificar la decisión del jefe.»

El establecimiento de esta síntesis tiene por con-

LA relevante personalidad del general Gauché llegó a la cumbre de su proyección cuando ocupó el cargo de jefe del Segundo Bureau, durante los años 1935-1940, en los cuales Francia sufrió una de las crisis más dramáticas de su historia.

En este intervalo su capacidad creadora, su serenidad y meticulosa labor consiguieron para los archivos secretos del Segundo Bureau infinidad de documentos trascendentales que le permitieron comunicar antes de la guerra al Alto Mando y al Gobierno francés todo lo que debían conocer de Alemania, de su fuerza y de los proyectos del Führer.

En diversas ocasiones su perspicacia militar, que preside del principio al fin su brillante carrera, alcanza gran altura, llegando incluso a fijar la fecha exacta del comienzo de la guerra. En este libro descubre una punta del velo de los servicios prestados al Ejército francés por el Segundo Bureau, sin pretender por esto entrar en un tono requisitorio ni llevar un elemento más a la controversia, siempre palpitante, sobre las causas y las responsabilidades del inmenso desastre de Francia.

Es de notar, sobre todo, la enorme cantidad de datos que, mes a mes, iban dibujando la potencia bélica alemana y la psicología y el estudio de la personalidad de Hitler, factor principalísimo que constituyó una de las más directas fuentes para lograr una composición exacta de los proyectos futuros de Alemania.

General Gauché. «Le Deuxième Bureau au Travail».—Editeur Amiot-Dumont.—Paris. 239 páginas.

GÉNÉRAL GAUCHÉ

LE DEUXIÈME
BUREAU
AU TRAVAIL

1935-1940

AMIOT-DUMONT

dición primera la centralización y el estudio de todos los informes por un mismo órgano. Este órgano no puede ser más que el Segundo Bureau.

Para llegar a establecer la síntesis se aplica un método de razonamiento riguroso, que sucintamente es el que sigue: En una primera fase, la imaginación tiene una importancia capital. Se trata, en efecto, partiendo de una situación lo más reciente y exacta del enemigo, de imaginar las maniobras que pueda éste realizar. Tenemos así presente un cierto número de hipótesis que llamamos las «posibilidades adversas», y el jefe debe retenerlas todas, en caso de no existir una indicación que le permita efectuar una primera eliminación.

En una segunda fase, por el contrario, la imaginación puede resultar mala consejera. Se trata de comenzar un trabajo de paciente objetividad, basado en la búsqueda de informes positivos, que permitan progresivamente reducir el número de hipótesis iniciales. El ideal consiste en rechazar todas las hipótesis menos una, que descubre

entonces la acción que ejecutará el enemigo. En tal caso, según la expresión napoleónica, «el velo está roto».

La síntesis presentada al Alto Mando será el reflejo fiel de este trabajo intelectual.

EL AMBIENTE Y LAS TENDENCIAS DE LA ALEMANIA HITLERIANA

Veamos cómo se presentaba al conocimiento del Segundo Bureau, en el año 1939, de una parte el ambiente que favorecía el desarrollo de la política de agresión hitleriana y, de otra, las tendencias, manifestaciones y repercusiones militares.

La Alemania vencida no se acomoda. Recuerda su Imperio y sus triunfos, e Hitler al tomar el título de Führer—el que conduce—tiene una inspiración de genio, ya que ningún otro vocablo resulta más expresivo para señalar el entusiasmo colectivo, la demencia con que la masa alemana le obedece.

Toda la historia nos demuestra que los alemanes no han considerado jamás los límites del Estado bajo el aspecto lineal, sino como zonas ex-

tensibles para englobar las minorías alemanas que habitan fuera de las fronteras.

¿Cómo se presenta en 1939 el mapa de estas minorías? Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia, Hungría, Rumania y Ucrania están afectadas por la expansión, sin olvidar las minorías alemanas del Tirol italiano y de los países bálticos, donde, como se sabe, la cultura alemana ha tenido siempre un primer lugar.

En 1937, durante una estancia en Yugoslavia, tuve ocasión de constatar por mí mismo el espíritu francamente nacional de estos grupos.

En un hotel de Zagreb, el oficial yugoslavo que me acompañaba pidió la Prensa yugoslava del día. Le contestaron en alemán, con tono despreciativo: «La Casa no recibe más que la Prensa alemana».

Hitler debía explotar a fondo esta situación, que le permitía jugar con tres elementos singularmente favorables a su política: primero, un objetivo inicial, accesible y definido, por la presencia de elementos de la raza alemana en Europa central y oriental; segundo, un estimulante incomparable que, hábilmente dosificado por la propaganda, debía en el momento preciso llevar al más alto grado el entusiasmo de las masas alemanas; tercero, un pretexto, el del derecho de los pueblos de disponer de ellos mismos, hipócritamente invocado, debía permitir presentar bajo apariencia jurídica los actos de violencia más cínicos de la Historia.

Por otra parte, Hitler en «Mein Kampf» no deja ninguna duda respecto a la posibilidad del resurgimiento de otra potencia europea.

«No permitiremos jamás que se forme en Europa dos potencias continentales. Si esa potencia ya existe, destruyámosla.»

Con «Mein Kampf» nos encontramos en el mismo centro del pensamiento hitleriano. En sus páginas él ha querido, de una vez para siempre, fijar su doctrina. Así, «Mein Kampf» se constituye rápidamente en la Biblia del pueblo alemán. Se estimaban en 1939 en más de cuatro millones los ejemplares circulantes en Alemania.

El Segundo Bureau ha considerado siempre «Mein Kampf» como un documento capital, fundamental y extraordinariamente útil, que, despojado de sus extravagancias pasionales, debía contener la ley de los actos futuros de Hitler.

Y así, tras largos estudios y sin equivocación posible, el Segundo Bureau encontró las ideas directrices de la política exterior hitleriana.

Helas aquí:

Los límites del Estado no son inmutables. Alemania debe tener una «política del Este» en lo referente a la conquista de territorios.

Austria debe ser incorporada a Alemania por razones sentimentales y raciales.

Francia debe ser exterminada.

Alemania debe, provisionalmente, olvidar sus aspiraciones coloniales en tanto no conquiste en Europa el espacio que necesita.

He aquí la esencia del pensamiento hitleriano.

Esta convicción fué reforzada por un documento llegado al Segundo Bureau en 1937. Es un mapa interesantísimo, que nos muestra Europa condenada a pasar, entre 1938 y 1948, a la tutela hitleriana.

El plan de conquista de 1938 a 1941 era el siguiente:

Austria, primavera de 1938.
Checoslovaquia, otoño de 1938.
Hungría, primavera de 1939.
Polonia, otoño de 1939.
Yugoslavia, primavera de 1940.
Bulgaria y Rumania, otoño de 1940.
Francia del Norte, primavera de 1941.
Rusia meridional, otoño de 1941.
Dos países desaparecían así por año. Uno en la primavera, otro en otoño.
Este mapa fué fotografiado y difundido.

LAS MANIFESTACIONES DE LA POLITICA HITLERIANA

El 7 de marzo de 1936 Hitler rompe con los procedimientos diplomáticos, y en flagrante violación del Tratado de Versalles irrumpe en Renania sin previo aviso.

¿Había sido prevista esta acción por el Segundo Bureau? Afirmamos rotundamente que sí.

En enero del mismo año varios informes llegados a nuestras manos tenían como única explicación una ocupación próxima de Renania. Tanto más cuanto que también existía en Alemania una

corriente favorable en favor de la revisión del Estatuto de la zona renana.

El suceso, pues, no sólo fué previsto por el Segundo Bureau, sino que fué considerado como muy posible después de la ratificación del pacto franco-soviético.

El 8 de abril de 1938, el Segundo Bureau llega a la conclusión de que el Ejército alemán prepara un plan de operaciones contra Checoslovaquia.

A partir del mes de mayo, los informes se multiplican respecto al refuerzo de las tropas alemanas: campos militares en plena y constante actividad, constitución de grandes unidades de reserva bajo el pretexto de maniobras, instrucción ininterrumpida de clases que no habían hecho el servicio militar hasta el extremo límite. Se constata, además, un débito considerable en lo que respecta a la industria de guerra. En fin, las fortificaciones surgen como por milagro en Renania, empleando en ellas inmensos medios materiales y efectivos considerables de obreros. El ritmo alucinante dado a la construcción de obras fortificadas es seguido día a día por el Segundo Bureau. Todo esto no podía explicarse más que por la existencia de un plazo muy próximo fijado para su utilización.

El 25 de agosto el jefe del Segundo Bureau, apoyándose sobre informes de primer valor, indica una fecha posible para comenzar la operación: el 26 de septiembre. Lo bien fundado de esta previsión será confirmado por los hechos: el 26 de septiembre Hitler pronunciaría su incendiario discurso en Sportpalast.

Asimismo el Segundo Bureau se apoya en los informes de que en el 19 de septiembre los movimientos de concentración en dirección a la frontera checa están en curso de ejecución, y que, por consecuencia, la agresión alemana no es más que una cuestión de días.

En marzo de 1939 sucumbe Checoslovaquia, y entonces el Segundo Bureau considera que la invasión de Polonia es inevitable, ya que la primera constituye la acción preliminar necesaria para el éxito de la segunda.

El 19 de diciembre de 1938 el Segundo Bureau recibe una comunicación, llegada de una elevada personalidad alemana, y de esta noticia pasamos al Alto Mando el siguiente extracto:

«Consecuencias de la capitulación checoslovaca.»

«Sobre el plano internacional, Alemania se halla actualmente en condiciones muy favorables.»

«Francia ha perdido su prestigio y no es capaz de encontrar aliados en el momento decisivo.»

«Checoslovaquia pasará a ser un Estado vasallo de Alemania.»

«Hungria no cuenta.»

«Italia no se aliará con Francia y permanecerá fiel al Axe., el único capaz actualmente de garantizar la realización de sus aspiraciones imperialistas.»

«La potencia militar de la U. R. S. S. no es más que un bluff.»

«Solamente un Estado podría ser peligroso al Este, Polonia; pero la disgregación de este Estado será próximamente realizada, y la idea de una combinación Roma - Belgrado - Budapest - Varsovia, destinada a oponerse a la expansión alemana hacia el Este, es una quimera.»

En efecto, a finales de marzo de 1939, inmediatamente después del rapto de Checoslovaquia, Hitler pide oficialmente al Gobierno polonés si está dispuesto a abrir una negociación sobre ciertas modificaciones territoriales, comprendiendo, esencialmente: el retorno de Dantzig; como Estado libre en el cuadro del Reich, la creación a través del Corredor de una ruta y de una vía férrea, gozando de un carácter extraterritorial análogo al del Corredor.

La cuestión se plantea así bajo una forma de apariencia moderada y pacífica; de apariencia solamente, porque es evidente que esta proposición no es más que el punto de partida de ambiciones mucho más lejanas. El Segundo Bureau, ya lo hemos dicho, sabía exactamente a qué atenerse desde diciembre de 1938.

El 28 de abril de 1939 Hitler abate su juego en el Reichstag. Califica violentamente de incomprensible la respuesta negativa del Gobierno polaco y declara que el acuerdo germanopolaco y el pacto naval entre Inglaterra y Alemania cesan de existir. Esta fecha del 28 de abril es muy importante. Ella fija el comienzo de la aguda crisis política. Del discurso de Hitler se desprende una parte positiva indiscutible: el mantenimiento de

las reivindicaciones alemanas sobre Polonia, sin duda sobrepasadas por otras pretensiones aun no expresadas, y, por otra parte, una ruptura sobre el plan jurídico y diplomático con Polonia e Inglaterra por la supresión brutal de dos tratados.

Este discurso y todas las demás informaciones que recibe el Segundo Bureau hacen formar una hipótesis: se avecina para el mes de agosto un acontecimiento importante y trascendental. En vista de ello, el Segundo Bureau comienza a trabajar intensivamente y consigue una gran cantidad de informes que sitúan la operación esperada, concretamente, para los últimos días de agosto. La hipótesis se convierte en certidumbre. El 19 de agosto, a las diez de la mañana, yo me presenté al general jefe del Estado Mayor del Ejército y le expuse concisamente la situación: «Las grandes unidades alemanas han comenzado sus movimientos de concentración. Nos encontramos ante una situación rigurosamente idéntica a la que os expuse el 19 de septiembre de 1938, en la que señalé que los movimientos de las fuerzas alemanas iban en dirección de la frontera checoslovaca. La situación actual, totalmente paralela a la de aquella fecha, me permite afirmar que en un lapso de diez días las tropas alemanas invadirán Polonia.»

La realidad, una vez más, vino a reconocer la trascendental importancia de las hipótesis «a priori» del Segundo Bureau.

EL INFORME MILITAR DURANTE EL PERIODO DE TENSION POLITICA (1935-1939)

Bajo este título entramos en el dominio privado del Segundo Bureau. Este tuvo la misión de estudiar atentamente el rearme alemán. Han de fijarse, forzadamente, tres divisiones en este estudio. La primera de ellas comprende los años de 1919 a 1932. Durante este período los alemanes, obligados por el Tratado de Versalles, no podían tener un Ejército de más de 100.000 hombres, y al no poder rebasar esta cifra, los esfuerzos del Alto Mando alemán se dirigieron a perfeccionar extraordinariamente estos 100.000 hombres para que, en el momento de lograr libertarse del Tratado de Versalles, la calidad de estos componentes lograra formar un gran Ejército en breve tiempo.

El segundo período, que abarca diciembre de 1932 a mayo de 1935, es un período transitorio, durante el cual el Alto Mando alemán mantiene un camuflaje prudente y se esfuerza para poner al mismo nivel de las grandes potencias el Ejército alemán. Es en este tiempo cuando Hitler, al subir al Poder, se independiza de las Naciones Unidas. Desde este momento se recibe en el Segundo Bureau informes de un cambio rotundo en el Ejército alemán.

El tercer período, que comprende desde 1935 a septiembre de 1939 (invasión de Polonia), se caracteriza por el comienzo de un rearme masivo, sin freno y sin límite, que desemboca inevitablemente en la guerra.

En este período estamos en el centro mismo de la fase decisiva del rearme alemán. Encontramos sucesivamente diversos períodos, quizá un poco arbitrariamente fijados, pero donde cada uno precede a una invasión.

Y así como la preocupación de 1919 a 1932 fué el estudio de todos los armamentos conocidos, y

la de 1932 a 1935 la de introducir los primeros tanques y carros blindados, en este último período Hitler se preocupa, ante todo, de motorizar en pleno al Ejército alemán. Es necesario hacer constar que la Aviación adquiere en este tiempo su máximo desarrollo.

Durante este período de amenaza de guerra, el Segundo Bureau fué en todo momento capaz de presentar al Alto Mando la síntesis de la potencia militar alemana y, al mismo tiempo, tuvo la clarividencia del desarrollo de los principales puntos de fuerza sobre los cuales el Alto Mando alemán concentraba su atención: un Ejército activo incomparable, celoso de su cohesión y de su homogeneidad; un Ejército blindado organizado y enseñado para obtener, con ayuda de la Aviación, «una decisión relampagueante de la guerra»; un armamento de antitanques y antiaéreo considerable; posibilidades de fabricación incesantemente crecientes. Y, por último, dominando este panorama, una Aviación soberana, que ha conquistado la maestría del aire y que pretende conservar su prioridad por todos los medios.

LA GUERRA

El volumen de las fuerzas alemanas se estimaba el 1 de septiembre de 1939 en un mínimo de 135 divisiones.

Estas fuerzas se descomponían así:

		39 normales, y de ellas,
	45 divisiones de Infantería	4 motorizadas 3 de montaña 3 de fortificaciones
57 divisiones de activo	10 divisiones mecánicas	6 divisiones blindadas, y de ellas, 1 en formación 4 divisiones ligeras
	1 división de S. S.	
	1 división de Caballería	

40 divisiones de reserva.
30 a 35 divisiones del tipo Landwehr y 15 divisiones del tipo Ersatz.

Durante la guerra se le concedió extraordinaria importancia a los informes referentes a la potencia y emplazamiento del Ejército alemán. En el Segundo Bureau se conocía con exactitud el número de divisiones y su situación, el material de combate, aviones caza y bombarderos, tanques, artillería. Esto ayudaba al Segundo Bureau a poder precisar, en un momento determinado, respecto a una dudosa operación militar, la posibilidad de que el Alto Mando alemán se decidiese o no a realizarla. Por esta misma razón el emplazamiento de tropas constituyó una fuente de utilidad para eliminar hipótesis y encontrar el camino justo.

Nos queda por señalar las diversas fuentes de información del Segundo Bureau durante la guerra. Fueron tres: la aviación, el contacto (observación, prisioneros, documentos) y la S. R., debiéndose sumar a éstos los que provienen de los medios políticos, económicos, diplomáticos y Misiones en el extranjero.

Se ha acusado también a los componentes del era un «coto cerrado». Nada más falso. Los hombres del Segundo Bureau eran rigurosamente seleccionados y sometidos a diversas pruebas de inteligencia, paciencia y sagacidad. Es por esto por lo que se hace necesario cambiar la palabra «cerrado» por «seleccionado».

Se ha acusado también a los componentes del Segundo Bureau de desconocer el armamento nacional de tanto preocuparse del armamento enemigo.

Y, a propósito, en lo que se refiere a este asunto, se tiene presente la anécdota de uno de nuestros hombres que fué a solicitar un puesto de mando en una división de tanques, y para apoyar su petición alegó que él conocía perfectamente el funcionamiento de los tanques alemanes. La respuesta fué la siguiente: «No es una referencia, ni mucho menos una recomendación. Si llega usted al mando hará usted muy bien en olvidarse de todo lo que sabe de los tanques alemanes.»

LEA USTED
LA EXPRESION DEL AMOR
EN ESPRONCEDA
Y CASTRO ALVES

Por
MICHAEL GAUTHIER

En el número 35 de

"POESIA ESPAÑOLA"

UN TEATRO DE LA EDAD MEDIA



CATALUÑA Y SUS TRADICIONALES REPRESENTACIONES DE LOS "PASTORCILLOS"

LOS PAPELES PASAN DE PADRES A HIJOS Y MUCHAS VECES COINCIDEN TRES GENERACIONES EN EL ESCENARIO

BAJO la común denominación de «Els Pastorets» se agrupan multitud de obras escénicas, de carácter popular, inspiradas en la Natividad del Señor.

No se concibe en Cataluña una Navidad sin «pastorets»—durante la dominación roja llegaron a representarse clandestinamente—, y son compañías de aficionados—se cuentan más de mil—las encargadas de mantener esta tradición centenaria. Los papeles pasan de padres a hijos y a menudo coinciden, en un mismo escenario, tres generaciones. Muchos famosos «Luzbeles» empezaron en la simpática comparsa de pastorcillos.

Sólo un teatro de profesionales—el Romea, de Barcelona—representa, en catalán, «L'adveniment de l'infant Jesús», de José María Folch y Torres. Esta misma obra, de difícil realización, y otras muchas, en castellano o en vernáculo, antiguas y modernas, todas con su parte musical, ocurren a cargo de aficionados, y el marco insustituible de las representaciones sigue siendo el modesto teatro de las entidades

moral-cultural-recreativas de índole parroquial, tan numerosas en Cataluña: sólo en la diócesis de Barcelona existen 170, capaces de movilizar a 40.000 familias.

L'ESTEL DE NATZARET

1898. Los barceloneses van a veranear a Gracia, como los madrileños a Carabanchel.

Gracia es una villa placida, todavía no sitiada por el ensanche ciudadano. En ella hay ya, desde hace años, dos entidades católicas: «Els Lluïsos» y el «Centro Moral e Instructivo de Gracia». En este último se estrena «L'Estel de Natzaret», del socio don Ramón Pamies, poeta de velos.

Los testigos presenciales, de barba y bigote, soportan desde las cinco de la tarde a las once y media de la noche, la tortura de la butaca. El tema central, la parábola del hijo pródigo, se enlaza con el Nacimiento. Abundan los prólogos y epílogos, que el tiempo podará en beneficio de la obra. Hoy, después de cincuenta años, perdura en los carteles del Círculo Católico de Gracia filial



El demonio y el hijo pródigo, en una dramática escena

en sus orígenes del Centro Moral. La disección y la partitura de mosén Antonio Ferrer, han contribuido a eternizarla y extenderla por toda la región.

Don Rafael Espinós, presidente electo y reelecto del Círculo, es un hombre exacto, que invita a la confianza. Nos recibe en la sala de Consejo y en presencia de los actores de entreacto inicia el coloquio.

AL BIGOTE DE «SAN MIGUEL» LE QUEDAN SEIS DIAS DE VIDA

—«L'Estel» moviliza en conjunto unas noventa personas, todas aficionadas y todas de casa. Incluso la parte musical y coral corre a cargo de nuestros Oifeón y Grupo Folklórico. Sólo el apuntador es forastero.

—¿Actúan, pues, todos gratis?

—Absolutamente. Al final de la temporada «pastoretíl», con los beneficios celebramos un almuerzo de Hermandad, que se llama tradicionalmente «el dinar de l'arroz», pues se cruzan apuestas sobre quién come más granos de este cereal. Hay individuos... de tres y cuatro kilos.

—¿De modo que hay beneficios?

—Unas mil pesetas por representación que nos han permitido adquirir en propiedad vestuario y «menaje». Tenga en cuenta que nosotros no cobramos taquilla, sino un suplemento de cuota que permite al socio traer a sus familiares y amigos.

—¿Cuántas representaciones hacen?

—Unas nueve. Siete de «L'Estel», en catalán, y dos en castellano, de «Los pastorcillos en Belén». Sepan ustedes que «L'Estel» lo tenemos en propiedad, como legado del autor, y por los derechos que percibimos anualmente, calculamos unas 600 representaciones en Cataluña. Imaginen las que se harán...

—¿Los papeles son exclusivamente masculinos?

—Hasta el año 1931, lo fueron. Pero el Obispado nos autorizó para que el papel de «Madre de Dios» lo encarnase una niña de trece a quince años. Hoy se han aumentado a dos estos papeles, pues el arcángel San Gabriel es también una niña.

Entre Antonio Casamayor el «San Miguel». Don Rafael bromea:

—Observen ese bigote—y señala el del «santo», pues le quedan seis días de vida. ¡Pobre nevía! Suerte que vuelve a crecer pronto.

Y don Rafael ríe francamente, con aire satisfecho. Puede estarlo, en efecto, de la fecunda labor apostólicorecreativa que realiza su entidad. Administrar con superávit medio millón de pesetas, fruto de aportaciones personales, y divertirse sanamente a 700 socios y sus respectivos invitados bien merece un aplauso.

LA MUJER DEL DEMONIO

Se está celebrando el ensayo general. Los personajes, de paisano, gesticulan en las tablas ante la mirada vigilante de don Edmundo Marés, un director escénico con todas las simpatías.

—Háblenos de «L'Estel...»

—Verso varonil y magnífico. De no ser en catalán y navideña,

muchas compañías la adoptarían. Fué un acierto centrarla en la parábola del hijo pródigo, tan familiar y aleccionadora en estas fechas, cuando todo gira en torno al hogar. Incluso gentes no practicantes de la religión asisten a las representaciones y se emocionan y lloran...

—¿No se cansa el público de ver cada año lo mismo?

—En absoluto. La te no puede morir nunca aunque se quiera ahogar. Mucha gente—los niños, sobre todo—la ve siete veces consecutivas y no se aburre. El acomodador se ve negro cada año para contentar a tanto invitado disfrazado de socio.

—¿Acepta recomendaciones al dar los papeles?

—No doy, propongo. Pero aquí no sirve eso. Cada uno se sostiene según sus propios meritos, porque todos vienen voluntariamente, y si no lo hacen mejor es porque no pueden.

Oyendo a don Edmundo no nos sorprende que el señor arzobispo—elispo de Barcelona haya tenido para el palabras de especial afecto.

Y vamos a por el demonio. El demonio es la «vedette» de los pastorcillos. Cada obra tiene su demonio, y cada demonio, su personalidad. El demonio de «L'Estel» es soberbio, recio y varonil.

Don Enrique Viñals acaba de cumplir sus bodas de oro con el cargo de «Satanás».

—Carlos del Hom, hace veinticinco años, se propuso hacer de mí un auténtico diablo, y dicen que lo ha logrado.

—¿Sabría hacer de San Miguel?

—Lo he hecho y lo volvería a hacer a gusto, pero para mí es más cómodo mi papel actual.

—¿Qué hace fuera del escenario?

—Soy tintorero.

—¿Es una mancha hacer de demonio?

—Hacer de diablo me ha reportado siempre la simpatía general. Todo el mundo me conoce por el demonio, e incluso a mi esposa, cuando va de compras, le preguntan: «Perdone, ¿no es usted la señora del demonio?»

HACER DE «MADRE DE DIOS» DA SUERTE A LAS CHICAS CASADERAS

Nos han rodeado, atentos al diá-

logo infernal, don José Puig, secretario del Círculo, quien afirma que lo más divertido son los tres cambios de ropa y maquillaje de los veinte chiquillos—comparsas—durante la representación.

Don Luis Munné, director artístico, recuerda sin nostalgia las primeras representaciones y cree en el devenir, cada día más perfecto de la obra, cuyos decorados pinta personalmente en no pocas ocasiones.

Don Gil Quintana empezó de comparsa a los quince años y acabó de cómico el año pasado, a sus sesenta y tantos años, que se han sabido todos los papeles.

Don José Sardá—el más joven, que hace el papel de más viejo—; don Juan Gustá, el «hijo pródigo»; don Santiago Sans, que confiesa actuar con más libertad fuera de casa; don Federico Paler, que tuvo que abandonar a los quince años el papel de «Nathaniel»—un niño de seis—por haber crecido demasiado; en fin, todos aspiran a hacer algún día de «Satanás», cosa que va a conseguir este año Jorge Duacastilla, quien debuta de «Luzbel» y dispuesto a acreditarse...

Punto y aparte merece María Cinta Martí, «madre de Dios» debutante.

—¿Nerviosa?

—Un poco. Me da reparo «La Anunciación».

—¿Contenta?

—¡Oh, mucho! Para mí es un trofeo.

—¿Edad?

—Oficialmente, quince años. En secreto... pero no, que puede verlo el señor obispo.

(Nosotros sospechamos unos diecinueve muy bien llevados...)

—¿Qué opina el novio?

—No tengo... aún.

—¿Da buena suerte su papel?

—Las anteriores se han casado o prometido...

—¡Pues a buscar sustituta!

—Aquí la tienen ustedes. Les presento a María del Carmen Dalmáu, de dieciséis años—la edad oficial coincide con la otra—, que este año se repartirá conmigo las representaciones. Está de acuerdo con su compañera.

María del Carmen Marés y Pepita Igarbí, alternan, a su vez, en el San Gabriel. Son dos niñas de doce añitos, a quienes molesta ensayar de noche.

—¿Os gustaría hacer de «Madre de Dios»?

—¡Ay, ya lo creo!—exclaman a coro.

MUCHACHAS CON BARBA, RABITO Y OLOR A AZUFRE

En los colegios y centros femeninos, «Els Pastorets» tienen un cariz especial. Todos los papeles, todos, son desempeñados por chicas.

El primer teléfono que no comunicaba fué el del colegio de las religiosas escolapias, de la calle Peguera. La madre María Dolores Durán, que regenta la sección artística, nos confirma el rumor de que sus discípulas y antiguas alumnas representan cada año los «pastorets femeninos».

—¿Qué obra ponen en escena?

—«El Misterio de Navidad», del padre Manuel Trens, presbítero,



Los dos pastores cómicos, Jonás y Mathías, el listo y el tonto

escrita ex profeso para niñas. En una ocasión representamos «L'Estel de Natzarèt», pero es demasiado fuerte: la demonio terminó ronca. En «El Misterio de Navidad» los papeles varoniles se dulcifican, adaptándose al temperamento femenino.

—¿El argumento?

—Comienza en el Paraíso y termina con la Plenitud de los Tiempos. Sus personajes más importantes suelen ser parejas: Adán y Eva, San Joaquín y Santa Ana, la Virgen y San José. Intervienen también el Padre Eterno y un ángel cronista, que ajusta las piezas y cuida en sus oportunas intervenciones de hacer resaltar el elemento divino y sobrenatural.

Y la madre Durán nos facilita el domicilio de un ángel que sabe de la «cuava», la demonio que se quedó ronca. El primo del ángel, Jaime, que también ha sido demonio en «La Rosa de Jericó» —está visto que pueden contarse con los dedos los catalanes no actores de los «Pastorets»— nos «allana» la morada de María Teresa Gay, ángel narrador.

Ella no da gran importancia a su labor y se complace en hablarnos de los pastorcillos: El «bressol» —la cuna— de Jesús, de su ciudad natal, Berga. En ellos, lo más curioso corre a cargo de los pastores cómicos, «Garrofa» y «Pellanca», que en una escena, distinta cada año, narran en cuarenta cuartetos, y como si fueran mentiras —«garrofadas»— los acontecimientos acaecidos en el pueblo durante los últimos doce meses.

Finalmente, y a través de una nube de ángeles y arcángeles—señoritas Francisca Foz, Dolores Royo...—, llegamos al «infierno».

La demonio se llama María Carmen de la Peña. Es una chica de buena estatura, femenina y amable. La sorprendemos con la redicilla a la cabeza, «haciendo sábados».

—¿Por qué lo hizo?

—Soy de temperamento apasionado, y los papeles fuertes, de «mala», me van bien. En una misma representación de «El Misterio de Navidad» he llegado a hacer de Adán, San Joaquín y Herodes.

—Mezcla notable. ¿No se sentirá nunca demonio?

—Pues no. Fué una especie de doble quien representó por mí. Yo pensaba: «¡Dios mío, qué cosas estás diciendo!».

LOS PASTORCILLOS PARA CIEGUECITAS

Este año hará cien que se fundó la Corte Angélica de San Luis Gonzaga (Lluís de Gràcia) y es el centenario, por tanto de sus «pastorets». «Los pastorcillos en Belén», que el padre Penina, en un documentado estudio, atribuye a Lope de Vega.

Don Antonio Samsó los vió por vez primera en 1895, y da fe de su inalterabilidad. Ya su padre había hecho de San José en la misma obra.

El demonio de «Los pastorcillos en Belén» —simpático de cara a la galería, que ve más a las personas que al actor— es don José Oriol Saltor, hijo de «Luzbel».

—Es un papel que me va bien —opina—. Hay, además, una caída que le gusta al público, y co-

mo yo me dejo caer de verdad...

Hacer de demonio es siempre una válvula de escape. En todas partes me he procurado simpatías, quizá porque a todos nos gusta un poco hacer de diablos.

—¿Representan otras obras?

—Sí; «Jesús Infant». Hacemos varias representaciones para la casa, a las que asisten colegios enteros, y también salimos de «tour-né». Todos los años llevamos nuestros pastorcillos «radiofónicos» al asilo de cieguccitas de Santa Lucía. Procuramos imitar todos los ruidos para hacernos comprensibles por vía acústica a las cieguccitas.

LOS «PASTORETS» EN EL AÑO 2000

Sería interminable y difícil escribir o, simplemente, enumerar, todas las obras de «pastorets» que se representan en Cataluña. Baste decir que no hay villa sin Navidad ni Navidad sin pastorcillos. La grandeza del asunto: el Nacimiento del Niño Dios y la simpatía de su desarrollo, siempre a base de dos pastores cómicos, uno más tonto que el otro, invitan al público no sólo a asistir, sino a participar del espectáculo. El día de Reyes, éstos se mezclan con el público, obsequiando a los niños, y no es raro el recurso de salir otros personajes del escenario para regocijo de los espectadores.

A la Edad Media se remonta el origen de estas representaciones cristianoprofanas, que salen del patio de la iglesia para englobar la anécdota amorosa, de profunda moralidad, en el gran misterio de la Natividad del Señor y adaptarlo así a la mentalidad popular.

Este sentido popular es precisamente, su característica fundamental. Autores, actores y público se reúnen en Hermandad entrañable en el hogar de estos beneméritos Centros, donde han hecho sus primeras armas actores tan notables como Paco Martínez Soria, aragonés y vecino de Gràcia (Barcelona misma).

—¿Cuándo fué esto, Paco?

—A los once años, en el colegio de Misioneros del Corazón de María.

—¿En catalán?

—Sí, la obra era «Jesús Infant».

—¿Papel?

—De pastor tonto. Son los papeles que me van.

—¿Hizo de demonio?

—Yo no he nacido para ser ángel ni demonio. Pero era más amigo del demonio que del ángel, porque el papel del diablo lo hacía siempre un amigo muy querido. El ángel era un empujón...

—¿Salieron de su Centro otros actores?

—Mis compañeros de «pastorets» se dedican todos a profesiones liberales y mercantiles. Pero no duden ustedes que entre ellos y entre todos los aficionados a los «pastorets» hay actores notables que podrían muy bien ser profesionales.

Así son los «pastorets», de resaca. Acaso los últimos pastorcillos sean los de Jaime Ministrál Macia, «Los Reyes van a Belén», que este año los señores Dalmáu y Viñas, organizadores de la emi-



Cuatro escenas de la representación de los «pastorcillos» en Cataluña

sión benéfica de Radio Nacional de España en Barcelona, han escogido para su campaña de Navidad.

Es una obra pedagógica, de efectos plásticos y decorados corpóreos sobre fondo azul para lograr mayor relieve y veracidad. Una auténtica modernización de los pastorcillos que se proyectan en el futuro.

—¿Habrá pastorcillos en el año 2000?

Y exclama don Antonio Samsó:

—Mientras haya Navidad habrá «pastorets».

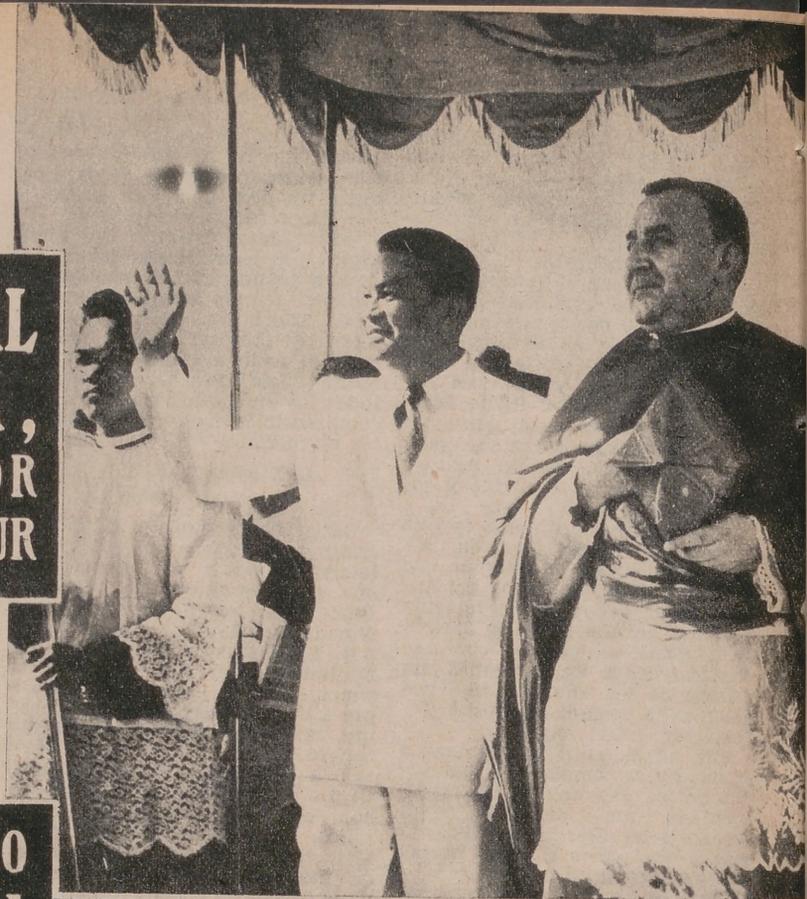
Eduardo GARCIA CORREDERA y Francisco BERMEJO

NUEVA ETAPA PARA LA CRISTIANDAD

EL CARDENAL QUIROGA, PEREGRINO POR LAS ISLAS DEL SUR

SU EMINENCIA HABLA DE LA RELIGIOSIDAD DEL PUEBLO FILIPINO

"EL CATOLICISMO Y LA FE RELIGIOSA ESTAN FUERTEMENTE ENRAIZADOS"



El cardenal Quiroga, bajo palio acompañado del Presidente de Filipinas, Ramón Magsaysay, recibiendo el homenaje del pueblo filipino.

CALLE San Bernardo, número 101. Casa de «San Pedro», Mutual del Clero. A la entrada, un grupo de sacerdotes.

—Oiga, por favor, ¿se hospeda aquí el señor cardenal?

Un sacerdote joven, de unos veintiséis años, se adelanta:

—Sí. Aquí se hospeda. Acabamos de llegar de Roma. Su eminencia ha salido, pero no tardará en volver. Ahora mismo está en la Nunciatura.

El padre que me habla es don Camilo Gil Atrio, secretario particular del cardenal arzobispo de Santiago de Compostela, eminentísimo señor Quiroga Palacios.

—Esta tarde, a las ocho, puede usted venir; le recibirá, sin duda.

Don Camilo, alto, espigado y al hablar un cierto dejo gallego en sus palabras, lleva algún tiempo de secretario y mayordomo en el palacio arzobispal de la Inmaculada de Santiago y ha acompañado al cardenal en su reciente viaje a Filipinas: como Legado Pontificio en el Congreso Nacional Mariano de Manila.

Las jornadas del Congreso han sido agotadoras. Trece días sin descanso, sumándose a la labor del Congreso las visitas a las islas del centro y del sur de Filipinas.

—Su eminencia no ha sentido el menor cansancio. Tiene una resistencia física envidiable. En Santiago, al frente de la archidiócesis, su jornada de trabajo llena las doce horas del día y parte de la noche.

UN HORARIO POCO ENVIDIABLE

En una sala amplia de este castrón grande, con verjas de hierro,

de la calle de San Bernardo, y mientras se acerca la hora de la cita, el padre Gil, amable, sonriente, con un gesto de sencilla cortesía, me invita a tomar asiento junto a él.

Por los pasillos se ven muchos sacerdotes, en su mayoría ancianos. Sacerdotes de todas las provincias de España.

—Padre, ¿usted vive en el mismo palacio arzobispal?

—Sí. Con el señor cardenal vive sólo su hermana y su secretaria particular, que soy yo.

—Podría usted decirme el horario de su eminencia?

El padre se extraña un poco de la pregunta y, sonriendo, dice:

—Un horario poco envidiable. Se levanta, invariablemente, a las seis y media de la mañana, sea verano o invierno. A las ocho dice misa en la capilla particular del palacio y a las diez comienzan las audiencias. Las audiencias son interminables. En ellas el cardenal no puede ser más complaciente. A veces las visitas se alargan hasta las cuatro de la tarde. Tiene dicho que nunca se quede alguien sin verle por muy tarde que sea. Su despacho está siempre abierto para todos.

—¿Dedica algunas horas al descanso durante el día?

—Las tardes están totalmente destinadas al estudio de los problemas que el gobierno de la diócesis plantea. Hasta las nueve de la noche no se levanta de su mesa de trabajo.

La gran afición del cardenal Quiroga está en el estudio de las Sagradas Escrituras. Cuando hacía la carrera sacerdotal, y terminados los cursos de Teología en el Seminario de Santiago, fué enviado a Roma en 1925. Años más

tarde se graduaba en el Pontificio Instituto Bíblico.

Hoy, las escasas horas que su cargo pastoral les deja libres, el cardenal arzobispo las consagra a su afición de escriturista.

La hora del descanso no llega hasta bien entrada la noche. Cuando el reloj de su despacho da las doce termina en el palacio la jornada larga de trabajo para su eminencia. Con la última campanada se cierran todas las noches las páginas de la última revista de temas bíblicos.

UNA VISITA AL PAPA

Son las ocho en punto de la tarde. Una habitación reducida, modesta. Desde la pared preside la salita un cuadro policromado del Apóstol San Pedro. Su eminencia espera en la puerta. Alto, recio, una franca sonrisa en su rostro y un porte de abierta nobleza en sus ademanes. Sobre su pecho luce el pectoral de príncipe de la Iglesia. Un fajín rojo ciñe la sotana negra.

En los últimos días de noviembre el cardenal Quiroga Palacios abandonaba Santiago de Compostela para emprender su viaje a Filipinas. El Congreso Nacional Mariano de Manila, al que acudía como Legado Pontificio, comenzaba el día 30.

El avión que conducía al ilustre purpurado español hizo escala de dos días en Roma. Eran los días en que Su Santidad empezaba a sentirse enfermo. En el Vaticano se habían paralizado las visitas. Los médicos prescribieron al Papa un reposo absoluto. Cuando el cardenal Quiroga llegó al palacio del Vaticano, el jefe de protocolo le anunciaba la imposibilidad de ser recibido.

Sin embargo, para él habría una excepción extraordinaria.

—Su Santidad le recibirá esta misma mañana. La visita será breve.

Y aquella misma mañana el cardenal y su secretario particular fueron recibidos en audiencia privada.

—¿En qué estado encontró su eminencia al Santo Padre?

—Lo vi un poco decaído, angustiado, aunque daba sensación de firmeza. Agotado, pero sin querer rendirse a su mismo agotamiento. El Papa se interesó mucho por Filipinas. Dijo que estaría siempre pendiente del Congreso. Al final tuvo un gesto de extraordinaria delicadeza. En Filipinas se habla el inglés más que el español. Cuando me despedía, dijo que su mensaje al Congreso sería en idioma español, porque «Filipinas es hija de España».

LA IGLESIA FILIPINA, EN UN MOMENTO DE GRAN PROGRESO

Abadán, Calcuta, Carachi, Bangkok y Manila. Al cardenal acompañan monseñor Fernández Conde y monseñor Fattinanzi, designados por la Secretaría de Estado. Un avión de las líneas escandinavas hace cuatro escalas antes de llegar al aeropuerto de Manila. El recibimiento es apoteósico. Millares de católicos esperan la llegada del Legado Pontificio. Cuando pisa tierra filipina, la multitud irrumpe en vivas al Papa, a España y al cardenal español. Siguiendo la tradición



Arriba: El cardenal Quiroga Palacios cuando tomó posesión de su iglesia titular de San Agustín, de Roma.—Izquierda: El cardenal Quiroga, contesta a las preguntas de nuestro redactor



den esperarse días de mucha gloria para la Iglesia de aquellas islas.

—¿Existe alguna fuerza que pueda obstaculizar la labor de la Iglesia en estas tierras?

El cardenal Quiroga Palacios piensa un momento. Habla pausado. Sus gestos son amplios, envolventes y a veces minuciosos.

—No creo que el protestantismo ni la masonería lleguen a obstaculizar un día seriamente la labor ingente y el desarrollo expansivo que allí ha tomado la Iglesia. Son las únicas dos fuerzas que, de un modo o de otro, pretenden cerrar el camino. Pero no pueden ser nunca peligros inminentes.

—Entre estos dos peligros o fuerzas que su eminencia señala, ¿no cuenta para nada el comunismo?

—No. El Gobierno tiene una posición marcadamente anticomunista. En el pueblo no tiene el comunismo grandes simpatías. De todos modos, siempre cabe pensar que la única manera de alejar este peligro es fomentando y enardeciendo un firme espíritu de religiosidad. Aunque en Filipinas existe un régimen de separación entre la Iglesia y el Estado, no se puede olvidar que un ochenta y cinco por ciento de la población es católica. Y los miem-

del país, la primera ofrenda al ilustre visitante son tres artísticos collares de flores que imponen sobre sus hombros.

—¿Qué impresiones trae su eminencia del Congreso?

El cardenal responde con un gesto expresivo:

—Excelente. La realidad ha superado con creces a todas nuestras ilusiones. Las cifras de quinientos mil hombres comulgando y millón y medio de fieles de todas las clases sociales participando en la solemne procesión con que han culminado los actos del Año Mariano son francamente aleccionadoras.

Su eminencia habla entusiasmado de esta gigantesca muestra de fe y de religiosidad del pueblo filipino. Treinta y cuatro imágc-

nes de la Virgen, venidas de todas las diócesis, hacían corte de honor a la Inmaculada Concepción que entre un mar de velas encendidas y un cielo de flores avanzaba despacio por el bulevar Dewey y la bahía de Manila hasta Luneta Park, Magsaysay, Presidente de la República, y su Gobierno, se encontraban frente al altar entonando, con el pueblo, himnos a la Virgen.

—¿Cómo ve su eminencia el catolicismo en Filipinas?

—En un momento de gran progreso. En Filipinas el catolicismo, la fe religiosa está fuertemente enraizada. El pueblo es profundamente cristiano. Por otra parte, la jerarquía eclesiástica y el clero trabajan incansablemente. Yo estoy convencido que pue-

bros del Gobierno dan a la Iglesia toda clase de facilidades, como ahora lo han demostrado. La presencia del Presidente y la consagración que el mismo hizo a la Santísima Virgen son buena prueba de ello. Desde el primer momento el Gobierno mostró su máxima complacencia en el Congreso. Magsaysay puso a mi servicio un departamento de honor. Cuando marché a recorrer algunas islas, me cedió galantemente su avión presidencial, mientras él giraba una visita oficial a las provincias en una avioneta comercial.

PEREGRINO POR LAS ISLAS DEL SUR

Cuando terminaron los actos del Congreso, el Legado Pontificio hizo un extenso recorrido por las islas del Centro y del Sur de Filipinas. Llegó hasta las zonas centrales de Luzón. Coronó con toda solemnidad a la Virgen de Tasalsay, en presencia de dos ministros que le acompañaban. Recorrió la diócesis de Elipa y bendijo la piedra de reconstrucción de su catedral, por sexta vez destruida y vuelta a levantar por los españoles.

En Tala, el cardenal hace una visita detenida a la leprosería. Tiene palabras de consuelo para los enfermos, con quienes departe amigablemente. Los leprosos de Tala despiden al cardenal espafiñol con emocionantes vivas a España.

El avión presidencial aterriza en el aeropuerto de Ilcilo. Nurca un príncipe de la Iglesia ha pisado estas tierras. La población entera acude a recibirle. Bandórolas con los colores pontificios y españoles. Una comitiva motorizada se abre difícilmente paso, mientras acompaña al coche descubierto, que lleva al cardenal hasta la ciudad episcopal de Jaro. En la catedral, el arzobispo de Ilcilo tiene palabras de fervor para el Legado y para España.

Cuando abandona la catedral, el gentío se agolpa. Quiere verle de cerca y rozar alguna prenda suya.

—Al cardenal lo han sacado en hombros—dicen algunos que le ven avanzar entre la multitud impartiendo, con su brazo extendido, la bendición.

Cebú es una capital de doscientos mil habitantes. Una visita a la iglesia del Santo Niño. El templo de más tradición histórica del país, recuerdo de la España misionera. Los millares de fieles que esperan la presencia del cardenal Quiroga, detienen el coche descubierto. El Legado Pontificio extiende los brazos y la multitud besa respetuosamente sus manos. Cuando el coche intenta ponerse en movimiento, la multitud sigue detrás vitoreando. El cardenal se da cuenta que su mano derecha, donde porta el anillo, está magullada, arañada y la vuelve a levantar para decir el último adiós a los fieles de Cebú, que, de rodillas, reciben su postrera bendición.

—¿Cómo recibió el pueblo filipino la noticia de la gravedad del Papa?

—Como toda la cristiandad, con una preocupación intensa, subrayada por el espíritu de fervor religioso que en esos días se vivía. Todo el pueblo vibró en un sobresalto continuo y estuvo día y

noche pendiente de la salud de Su Santidad. Cuando el último día del Congreso la voz de Pío XII, registrada en un disco, en un castellano perfecto, se dejó oír por el millón y medio de fieles que asistían a los actos, era de ver la atención y piadoso recogimiento con que todos seguían la voz del mensaje del Vicario de Cristo. Coincidió, precisamente, esta alocución con las más alarmantes noticias sobre su gravedad.

De vuelta a España, su eminencia se ha detenido en Roma. Su llegada al Vaticano ha sido en los días en que el Papa experimentaba cierta mejoría.

—¿Qué ambiente hay en el Vaticano sobre el actual estado de Su Santidad?

—Yo estuve hablando ayer mismo con el sustituto de la Secretaría de Estado. Me aseguró que dentro de la gravedad, no habría motivos de alarma, si se sometiera al reposo absoluto que los médicos le prescriben. De este reposo podía esperarse quizá un rápido restablecimiento, pero el no apartarse del trabajo diario y el continuar recibiendo algunas vi-



Don Camilo Gil, mayordomo del eminentísimo señor cardenal arzobispo de Santiago, cuenta sus impresiones del viaje

sitas y resolviendo personalmente los problemas más urgentes del gobierno de la Iglesia, hace que esta mejoría se retrase. Del mismo Pío XII es esta frase que algunas veces ha repetido: «Los Papas deben estar sanos o muertos», refiriéndose a la apremiante necesidad de que estén siempre pegados al timón de la nave de Pedro.

NUEVA ETAPA PARA LA CRISTIANDAD

El cardenal Quiroga Palacios es buen conversador. Presta una atención profunda a las preguntas y responde con justa precisión en sus palabras. Aunque es orensano—nacido en Maceda, un pueblo de Orense—y todo su apostolado y gobierno pastoral ha transcurrido en provincias de Galicia, al hablar no se le aprecia un matiz meramente gallego. Mientras habla, acaricia suavemente el pectoral. Ahora queremos preguntarle algo al arzobispo de Santiago.

—¿Qué proyección cree haber

tenido este año jacobeo en el catolicismo universal?

—Yo espero que este Año Santo Compostelano sea el comienzo de una nueva etapa de restauración en el espíritu peregrinante de la Edad Media. Las peregrinaciones a Santiago sirvieron, en un tiempo, para formar el espíritu de la cristiandad. Para dar unidad y robustecer la fe de los pueblos. Los caminos de Santiago han sido siempre como los caminos de Roma: fuentes de fe y de sana esperanza. Este año, en que han pasado por el sepulcro del Apóstol católicos de todas las naciones, se ha podido lograr esta unidad religiosa de pensamiento, restaurando este espíritu de nuestra catolicidad.

—¿Cuál ha sido el fruto inmediato de este Año Santo Compostelano?

—Sin duda, la revalorización de todos los valores cristianos en unos momentos en que la fe vacila en el mundo. Las peregrinaciones han sido como un clarín que anuncia la fortaleza de la espiritualidad. La vitalidad cristiana se ha ido forjando en las rutas interminables que han tenido su meta en el sepulcro del Apóstol. Su Santidad dijo que en la peregrinación la fe se excita y se confirma en la marcha hacia la meta espiritual que es Compostela.

Fuera de la habitación en que oigo y escribo las palabras del cardenal arzobispo de Santiago, hay un enjambre de sacerdotes y seglares que quieren visitarle. Es ya bien entrada la noche. Su eminencia oír y atenderá a todos. Nadie se marchará sin verlo, sin hablar con él, por tarde que sea.

—La última pregunta: ¿cuál es su preocupación principal como arzobispo de Santiago?

El cardenal tiene una sonrisa abierta y franca para la pregunta.

—¡Son tantas! Si se las digo todas no va usted a tener papel para apuntarlas. En principio me interesa resolver cuanto antes el problema de la escasez de clero. Esta es la clave fundamental y ya puedo decir que va en vías de solucionarse. Otra preocupación grande es hacer vibrar el espíritu religioso en toda la diócesis. Para este fin tengo el propósito de misionar las cuatro provincias, empezando por La Coaña.

Su eminencia ha cambiado el tono pausado de la conversación y habla ahora con rapidez, alzando un poco la voz, como dando a entender que todos estos problemas son viejas ilusiones de su celo apostólico.

—Acaba de fundarse un Centro de estudios jacobeos, con sede en Santiago y entroncado con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Tengo grandes esperanzas en la labor de este Centro. Con él conseguiremos un estudio más profundo de Santiago y de las peregrinaciones. Un conocimiento a fondo de los estudios arqueológicos. Se proyecta una nutrida biblioteca jacobea, donde se recoja toda la literatura que se refiera a Santiago.

Son las nueve y media de la noche. Cuando nos levantamos, al besar su anillo pastoral, noto que su mano derecha está un poco dolorida.

Ernesto SALCEDO



La última reunión de los «tres grandes» en París, para tratar los acuerdos de la N. A. T. O.

¿UN NEOAPACIGUAMIENTO?

VIVENCIA CON RUSIA, GERMEN DE DESUNION ENTRE LOS OCCIDENTALES

EL TEMA DE LA CO

EXISTENCIA ENTRE LOS OCCIDENTALES

Por enésima vez en lo que va de año han vuelto a verse y a tratar—también por enésima vez—de las futuras relaciones entre el Este y el Oeste los señores Foster Dulles, Anthony Eden y Mendes-France.

El pretexto—podemos llamarle así—para volver sobre el mismo tema lo ha constituido ahora la reunión plenaria del Consejo de la O. T. A. N. en París.

Vamos a ceñirnos, por el momento, al plato fuerte de la orden del día de los «3 G.». Ya saben ustedes: futuro de las relaciones entre el Este y el Oeste. ¿Cómo va este asunto? Pongámonos al día por orden cronológico:

7 DE NOVIEMBRE DE 1954

Solemne recepción en el Kremlin. Desde hace muchos años no se abren las puertas de esta fortaleza para los diplomáticos occidentales, y menos para una fiesta regada con vodka y con champaña ucraniano. Se conmemora el 37.º aniversario de la revolución. Los magnates soviéticos, también por primera vez en muchos años, acuden a la recepción con sus esposas.

Llega la hora de los brindis. Hablan Malenkov, Molotov y Krushev. Palabras amistosas para todo el mundo. Incluso para el nuevo embajador yugoslavo. Al

EN BUSCA DE UNA POLITICA PARA DIALOGAR CON EL ESTE

brindis de Molotov contesta el embajador de los Estados Unidos, «Chip» Bohlen, que califica al canciller ruso en los tonos más encomiásticos: «Molotov—dice—es el diplomático de más talento entre todos los aquí reunidos.» Hay atmósfera de «coexistencia».

Sin embargo, mister Bohlen, al pronunciar estas palabras, tuvo que hacer de tripas corazón. Unos minutos antes de subir a su coche para trasladarse al Kremlin le habían comunicado una grave noticia: dos cazas soviéticos acaban de derribar a lo largo de Hokaido, al norte de Japón, una superfortaleza norteamericana B-29. En aquellos momentos mister Bohlen ignoraba si había perecido toda la tripulación o si había habido supervivientes. Podemos imaginarnos su estado de ánimo al tener que elogiar, quizá un poco hiperbólicamente, al hombre que tal vez había dado la orden de arrojar al fondo del mar a un puñado de compatriotas suyos.



Mendes-France con Foster Dulles en las reuniones del Consejo del Atlántico

Pero a mister Bohlen no le tembló la voz. Incluso dijo que desearía ver próximamente a Molotov en Washington. El embajador americano sabía que de aquella fiesta en el Kremlin iba a sa-

lir alguna sorpresa importante, y así fué. En el curso de la recepción, Malenkov se acercó a él y cantó esta vieja canción:

—No hay problemas que no se puedan arreglar pacíficamente. Multipliquemos los contactos en el cuadro de la diplomacia tradicional.

Quedaba invocado oficialmente el tema de la «coexistencia pacífica», pese al B-29 derribado.

13 DE NOVIEMBRE DE 1954

OFENSIVA ESCALONADA

Las palabras de Malenkov, sugeridas con un vaso de vodka en la mano, pasaron a los hechos una semana más tarde. El 13 de noviembre de 1954, Molotov, ministro de Asuntos Exteriores, el «diplomático de más talento entre los aquí presentes», lanzó la idea de celebrar en Moscú o París una gran conferencia paneuropea, en la que participarían 27 potencias más la China comunista en calidad de observadora. Aquel mismo día se cursaron las invitaciones oficiales.

Ya saben ustedes que la conferencia paneuropea se redujo a un consejo de familia de Rusia y siete de sus Repúblicas populares.

9 DE DICIEMBRE DE 1954

Terminada—con éxito, cómo no—la conferencia de Moscú, Rusia advierte solemnemente a las naciones occidentales que si se ratifican los acuerdos de París, la Europa del Este levantará la contrafigura del Pacto Atlántico y dotará a la Alemania Occidental con un ejército de medio millón de hombres.

10 DE DICIEMBRE DE 1954

Moscú conmemora el X aniversario de la firma del pacto de amistad franco-soviético, y Molotov recuerda al mundo occidental que Rusia es muy poderosa y que, una vez puesta en movimiento, nadie la detendrá. Insiste en que, si se firman los acuerdos de París, la Unión Soviética se considerará «amenazada».

16 DE DICIEMBRE DE 1954

Molotov vuelve a hablar. Estamos en vísperas de comenzar en la Asamblea Nacional de París el gran debate sobre los acuerdos de París. El ministro ruso de Asuntos Exteriores afirma que, si los tan citados acuerdos se ratifican, Moscú denunciará el pacto franco-soviético.

En el momento de redactar estas líneas no se ha producido otra amenaza. La última lleva fecha, como queda dicho, del 16 de diciembre.

A lo largo de este balance cronológico, el lector habrá advertido dos cosas: primero, que los rusos iniciaron su ofensiva diplomática en pro de la coexistencia pacífica en un tono que pudiéramos llamar de «adagio pianissimo», para terminar con un «crescendo fortissimo»; segundo, que esta «música» va dirigida principalmente al bajo vientre—parafraseando a sir Winston Churchill—de la alianza occidental, que es Francia.

Sobre Francia ha venido pegando Molotov cada vez con más fuerza y siempre en el mismo sitio. ¿Qué efectos ha producido esta contumaz maceración?

CONTRAPUNTO

Utilizando la técnica del contrapunto, sigamos, también cronológicamente, el impacto que las ofertas y las amenazas soviéticas han producido en el campo occidental.

7 DE NOVIEMBRE

En Washington, la noticia de la oferta de Malenkov a mister Bohlen y la noticia de que en Hokaido ha sido derribada una superfortaleza volante de las U. S. A. F. (United States Air Forces) llegan casi simultáneamente. Se registró, pues, una mezcla de indignación y de esperanza, con predominio de lo primero. En seguida se vio que lo que pretendía Rusia era torpedear los acuerdos de París. Sin embargo mucha gente creyó en Washington que la sugerencia de Malenkov de «multiplicar los contactos en el cuadro de la diplomacia tradicional», no podía desdeñarse pura y simplemente.

Londres y París difundieron a los cuatro vientos las esperanzadoras palabras de Malenkov, pero disimularon su satisfacción para no herir los sentimientos de los americanos, que acababan de perder otro avión «a manos» de los cazas rusos.

13 DE NOVIEMBRE

Esta fecha no fué elegida al azar por Molotov para convocar la conferencia paneuropea. El canciller ruso cursó su mensaje cuando el primer ministro francés subía al avión de la Air France que había de conducirlo a Washington, vía Canadá. Molotov sabía muy bien que su «go-pe» iba a dar en la parte más blanda del frente occidental.

Mendes-France, en sus conversaciones con Dulles y Eisenhower, vió que Molotov había pinchado en hueso. No había nada que hacer y suscribió la respuesta occidental: nada de conferencia paneuropea antes de los acuerdos de París.

Pero Mendes-France se vengó al día siguiente de salir de Washington: con gran sorpresa de los americanos propuso una conferencia de los «cuatro grandes» para la primavera próxima. El «test» de la buena voluntad soviética sería el tratado de paz con Austria, idea que había sido sugerida anteriormente por el propio Eisenhower.

En París, un diputado gaullista había declarado:

—No veo cómo podrá ser rechazada la oferta de Molotov.

Y el 4 de diciembre, Charles de Gaulle pronunció su discurso:

—Hay que parlamentar con Moscú antes de que rearmemos a Alemania.

5 DE DICIEMBRE

No hay reacción occidental.

9 DE DICIEMBRE

Seguimos sin reacción occidental.

16 DE DICIEMBRE

Consternación en Francia. La amenaza rusa de denunciar el pacto franco-soviético produce una vivísima alarma, porque, para los numerosos partidarios del viaje a Moscú, ese pacto, aparentemente olvidado, constituye el punto de partida para todo «new-look» en

las relaciones franco-soviéticas si fracasa el detestado «reversment des alliances».

GERMEN DE DESUNION

Estos son los hechos, rápidamente abocetados, del diálogo entre sordos que vienen manteniéndose el Este y el Oeste. Hechos determinados, ante todo, por la famosa resolución americana de incorporar a Alemania a la defensa del Occidente y de «hacer poco a poco a Europa. Resolución alimentada, sobre todo, en la creencia de que Rusia se mostrará más razonable cuando el Occidente ofrezca un frente de fuerza y de unidad. Incluso los franceses han comprendido que es demasiado tarde para dar marcha atrás, y que, en todo caso, mejor es decidirse por algo, aunque no agra de demasiado, que vacilar constantemente.

Sin embargo, no existe la menor duda de que el tema de la coexistencia pacífica ha penetrado profundamente en la conciencia política de las naciones occidentales y que de verdad comenzará a debatirse inmediatamente después de que entren o no en vigor los acuerdos de París.

De momento podemos añadir que el tema de la coexistencia lleva consigo, como enquistado, un germen de desunión y de discordia. El mismo que llevó—y lleva—el rearme de Alemania.

En los Estados Unidos la «coexistencia» ha precipitado la crisis latente que venía abriendo galerías en los cimientos del partido republicano, al producirse la ruptura entre McCarthy y el Presidente Eisenhower. Y están previstas otras rupturas tal vez más espectaculares. Se sabe que el Pentágono está dividido en cuanto a la conducta que debe seguirse con el bloque comunista. Esta división se agudizó al plantearse el asunto de los trece prisioneros norteamericanos que se encuentran en China condenados como espías. Según fuentes que merecen buen crédito, el jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor, almirante Radford, y el jefe de Estado Mayor de las fuerzas aéreas Twining eran partidarios del bloqueo de la China comunista, e incluso de emplear la aviación de bombardeo estratégico si era necesario. En cambio, el general Ridgway, jefe de Estado Mayor del Ejército, y el Presidente Eisenhower se mostraron y siguen mostrándose resueltamente contrarios a esta clase de medidas y a toda guerra preventiva.

Al parecer, ha habido una escena borrascosa en torno a esta materia entre Radford y Twining, de un lado, y Eisenhower y Ridgway, de otro. Tal vez estas informaciones, que circulan por Washington, desfiguran un poco o un mucho la realidad. Pero en todo caso es positivamente cierto que Eisenhower declaró hace tiempo que no recibiría en su despacho a aquellas personas que le propusiesen el desencadenamiento de una guerra preventiva. Como es positivamente cierto que Eisenhower está dispuesto a apurar todas las oportunidades de coexistencia pacífica con los comunistas, aunque no crea mucho en ella.

Esta actitud ha sido calificada de «blanda» por McCarthy,

como es sabido, pues la coexistencia implica una tregua con los comunistas y «fellows travelers» americanos, y de aquí arrancan las discrepancias entre hombres como McCarthy y Knowland y Eisenhower y Dulles. Discrepancias de fondo en torno a las cuales se va agrandando un número creciente de senadores, representantes, diplomáticos, militares, hombres de negocios y «hombres de la calle». No hemos hecho más que empezar. Si dispusiésemos de espacio suficiente para transcribir aquí un diálogo sostenido recientemente entre los senadores Knowland, Sywnington y Fulbright sobre este tema de la coexistencia, advertirían ustedes las posibilidades «dramáticas» de esta situación que pronto comenzará a gravitar sobre la política exterior norteamericana, sujeta a una «revisión permanente» como ha dicho Foster Dulles en su última conferencia de Prensa.

ACTITUD FRANCESA

En Francia el tema de la coexistencia se ha incorporado desde mucho antes a la polémica pública y parlamentaria, cosa lógica en un país donde periódicamente los comunistas obtienen en las urnas cinco millones de votos. En el fondo, los franceses siempre han creído en la posibilidad de llegar, tarde o temprano, a un entendimiento con la Unión Soviética. Si esto todavía no se ha conseguido es porque, según ellos, lo han impedido los Estados Unidos. No olvidemos que gran parte de la popularidad conquistada por Mendes-France se debe a su actitud, un tanto desafiante frente a los americanos. Uno de sus colaboradores íntimos, el periodista Servan-Schreiber, así lo ha reconocido en un artículo publicado en una revista americana, en el que censuraba a los predecesores de Mendes-France por decir «amén» a todo lo que proponían los Estados Unidos a cambio de recibir dólares.

En Francia, virtualmente, la idea de la coexistencia no tiene apenas adversarios. El francés, digase lo que se quiera, detesta al alemán y admira al ruso, esté o no de acuerdo con su sistema político. Por otro lado, y en virtud de esas peligrosas especulaciones en que suelen caer las extremas derechas, contando, con un criterio notoriamente anacrónico, más con los factores nacionales que con los factores ideológicos, son esas extremas derechas, como las que representa De Gaulle, las que comparten con los comunistas la ilusión de una «entente cordiale» francosoviética sobre la base del Pacto de Amistad de 1944.

Esta es también la razón por que Rusia ha «trabajado» más a Francia, en esto de la coexistencia, que a Inglaterra o a los Estados Unidos.

Un libro publicado hace poco en Francia, titulado Rusia a l'heure Malenkov, ha sido el «best seller» del año. Recordemos, como episodio de esta tan deseada luna de miel, la expedición de la Comedia Francesa a Moscú y la «devolución de visitas» de los «Ballets Russes» de Galina Ulanova. Para que los parisinos reaccionasen desfavorablemente ante la «embajada» soviética, pese a estar murien-

do en aquellos momentos centenarios de franceses en el campo atrincherado de Dien-Bien-Fu, tuvo que coincidir la noche del estremo con la caída del reducto heroicamente defendido por De Castries...



Foster Dulles, a la llegada al aeródromo de Orly

ACTITUD BRITANICA

En cuanto a Inglaterra—para ocuparnos solamente de los tres grandes occidentales—, las tan rustigadas tesis de Aneurin Bevan, expresadas en sus discursos y en su libro «In place of fear», que es una tremenda diatriba contra los Estados Unidos, han acabado por imponerse a todo el mundo, e incluso a sir Winston Churchill. Ha sido el ex premier Attlee quien, a su regreso de la China roja, proclamó la posibilidad de convivir pacíficamente con el bloque comunista, y no hay hoy en Inglaterra quien no crea que un viaje a Moscú es necesario y prometedor para la paz del mundo, máxime cuando esta política coincide con los intereses económicos de los fabricantes de Manchester o de Coventry, que tan presurosamente corrieron a la conferencia económica de Moscú cuando una brigada británica estaba batiendo el cobre en Corea...

«NEOAPACIGUAMIENTO»?

Sólo en los Estados Unidos, pues, el tema de la coexistencia ha suscitado una profunda «división de campos», del que, por cierto, esperan sacar el máximo par-

tido los demócratas, que ya están velando sus armas para 1956.

¿Quiere decir todo esto que vamos a asistir a un «neoapaciguamiento»? La respuesta es: Tal vez estemos más cerca de él de lo que se cree. Los comunistas del Viet-Minh han ganado en Ginebra todo el norte del Viet-Nam, y no ha pasado nada. Los rusos han derribado un avión americano más, y tampoco ha pasado nada. Llamen ustedes a todo esto como quieran. El hecho es que los golpes bajos comunistas siguen sin respuesta.

El haber rechazado todas las iniciativas soviéticas antes de la ratificación de los acuerdos de París ha sido todo lo que los Estados Unidos han podido conseguir de sus aliados. Es bastante, pero, ¿basta?

Ahora se exige a Rusia, como decíamos antes, un «test» de buena voluntad: la firma del tratado de paz con Austria. Está bien. Pero, ¿de verdad será Austria, la pequeña Austria, el precio de la coexistencia para ingleses y franceses, por no hablar de otros? El sacrificio de Austria—pensarán, no lo duden ustedes, en París y Londres—, bien vale una coexistencia.

Este tema de la coexistencia traerá cola, cualquiera que sea lo que ocurra en la Asamblea Nacional francesa y en la Bundestag alemana. Nuestro pronóstico es que dividirá a los occidentales, en las cuestiones concretas, después de dividir al pueblo americano.

La conferencia de los «tres grandes» en París, con ocasión de reunirse el Consejo de ministros de la O. T. A. N., ha sido demasiado breve para plantear, y menos obtener, una sintonización de los criterios anglofrancoamericanos en orden al comportamiento que habrá de seguirse en el futuro con la U. R. S. S. De todas formas, y a menos que Rusia dé marcha atrás, que no lo creamos, los «tres grandes» están conformes en reunirse con su cuarto «partenaire» soviético, probablemente en la primavera. Las discrepancias, entonces o más adelante, se presentarán cuando llegue el momento de apreciar el valor de las garantías que dé Rusia de convivencia pacífica, pues de esta estimación saldrá, inevitablemente, la política de armamentos y de seguridad, regional de los años venideros.

LA CONTROVERSIDA ATOMICA EN EL CONSEJO ATLANTICO

Los 42 ministros de Asuntos Exteriores, Hacienda y Defensa Nacional que representan a las 14 naciones que, actualmente, son miembros de la Organización Atlántica, sabían, al venir a París, que se plantearía el gran debate del empleo o no empleo de las armas atómicas en caso de guerra.

En la reunión del Consejo de la O. T. A. N. el caballo de batalla atómico apareció inmediatamente. Todas las demás controversias, aun la misma de la coexistencia pacífica, pereció ante el tremendo debate atómico.

Si se deja de un lado las bombas atómicas o la de hidrógeno, cuya utilización está reservada, hasta el presente a la aviación pesada y estratégica de los Estados Unidos, la Organización atlántica puede disponer de armas atómicas de índole ligera: obuses,

cohetes y las pequeñas bombas tácticas cuya provisión ha sido ya acordada a la escuadrilla americana en Inglaterra.

A la hora de la discusión la tesis militar no dejaba la menor duda en cuanto a los problemas actuales. Decían los militares: «aun contando con el apoyo, todavía improbable de las doce divisiones alemanas, es indispensable compensar por el empleo de armas atómicas tácticas, la desproporción entre las fuerzas (255 divisiones del Este contra 45 del Oeste, sin contar las de Grecia y Turquía) que se pondrían en marcha.

La tesis de los gobernantes, es decir, de los políticos, coincidía con la postura de Churchill: «control político» aunque dejando cierta libertad de acción a los militares en el campo de batalla. A esta opinión se añadían las que, concretamente, encontraban dificultades para saber distinguir rápidamente la diferencia entre armas atómicas tácticas y armas atómicas estratégicas.

Lo que parece evidente, una vez más es que las dificultades extremas del mundo, canalizan un temor común ante el empleo de armas nucleares.

EL PLAN DE DEFENSA DE EUROPA

El Estado Mayor Aliado (S. H. A. P. E.), ha preparado un proyecto que considera el empleo inmediato de armas nucleares en caso de conflicto militar en Europa frente a Rusia. Este proyecto fué aprobado inmediatamente por los delegados militares que representan a los países aliados en el Estado Mayor.

En dos puntos quedaba, en cierta manera, comprendido todo el sistema: En primer lugar el S. H. A. P. E. quedará autorizado a hacer, para la defensa de la Europa occidental los planes que tengan mayor solidez, incluido, naturalmente, el empleo de las armas atómicas.

En segundo lugar M. Dulles señala que son los Gobiernos los únicos que pueden decidir si un estado de guerra existe y si los planes preparados por el Estado Mayor Aliado deben o no deben ser puestos en ejecución. Es decir, solamente ante una situación considerada por la O. T. A. N. como motivo suficiente, decidiría en última instancia el terrorífico empleo de las armas nucleares.

La defensa de Europa queda limitada así, a través del compromiso de M. Dulles, ministro de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos a una especie de convención de poderes cuyo equilibrio moderador puede ser sustituido por la realidad física de un conflicto armado.

SEIS MILLONES DE RUSOS EN UNIFORME MILITAR

Los informes ingleses no dejan lugar a dudas en lo que se refiere a las escasas muestras pacíficas del Este. Según dichas fuentes de información, Rusia y sus satélites, continúan todavía, en pie de guerra. Actualmente, y comprendida la Alemania oriental, disponen actualmente de 4.500.000 hombres en el Ejército de Tierra. Cerca de 900.000 en las armas de Aviación y alrededor de los 750.000 en las bases navales y la Marina. Es decir,

unos seis millones de ciudadanos bajo uniforme.

Se sabe, igualmente que, en lo que concierne a la aviación militar, Rusia está haciendo igualmente una serie de grandes esfuerzos. Los dos tipos principales de aparatos cuya producción se intenta aumentar por todos los medios corresponden, oficialmente a los bombarderos a larga distancia, portadores de máquinas nucleares y los cazas de intercepción destinados a los países satélites.

¿En qué medida todas estas consideraciones influyen en los consejos de la O. T. A. N. para reorganización atómica de las fuerzas aliadas? Lo que parece evidente es que, la guerra atómica, la defensa de Europa con las armas nucleares han pasado del terreno de la mera especulación militar, al de su planteamiento total. Que su decisión última pueda corresponder a los gobernantes y no a los militares no cambia su destino.

EL CAMBIO DE LA O. T. A. N.

Hasta el presente la carta militar de la O. T. A. N. que se firmara en 1949-50 había considerado fuera de sus planes las consecuencias de la revolución atómica. Unos años escasos han cambiado totalmente los puntos de vista. La renovación de los supuestos clásicos de los ejércitos es tan evidente que nadie puede esperar que se varíe. Las circunstancias, por otra parte, mandan.

El general Gruenther y el mariscal Montgomery han coincidido, aunque Montgomery lo declara duramente en la necesidad de pensar en las armas atómicas como armas de guerra. Este pensamiento general sobre su empleo excluye naturalmente las de mayores riesgos. Porque, sabido es, que la «bomba A» y la «bomba H» permanecen bajo el control y secreto de los ejércitos americanos y están fuera de la discusión atómica de los momentos presentes.

LAS ESCUADRILLAS ATOMICAS

Un aparato, el «F-34», el Republic «F-34» Thunderstreak, se ha convertido en la unidad más rápida de todas las que están en servicio en la aviación americana.

La primera tarea de la 81 escuadrilla de cazas-bombarderos de este tipo es la de ejecutar en Europa simulacros de operaciones atómicas contra fuerzas que agredieran los puntos de apoyo clásicos en el momento actual de Europa.

Esta división americana, centrada en Inglaterra, está a las órdenes del general J. D. Stevenson quien a su vez se encuentra bajo las órdenes directas del Estado Mayor aliado.

Pero, hasta el momento presente, es sólo el Ejército norteamericano el único que tiene organizado un núcleo de acción atómica. Rusia persigue idéntico objetivo. Washington—y para nadie puede existir el menor problema en comprenderlo con sólo recordar las «fugas de secretos militares» en Francia—guarda celosamente el secreto de sus procedimientos de fabricación. Y hasta el momento presente, sólo ha compartido parte de ellos—también con los graves problemas que

se derivaron con la huida de los sabios ingleses Pontecorvo y Allan Nun May—con Inglaterra.

Sin embargo, una ley votada por el Congreso americano ha permitido que, con objeto de poner a punto la estrategia común, exista una cierta cooperación. ¿Hasta dónde llega? Nadie lo sabe exactamente. Una cosa es cierta: que el Pentágono sabe que es imprescindible la total organización y puesta en marcha de los servicios atómicos. Norteamérica dispone de cañones atómicos en sus bases de Alemania occidental. Los límites, pues, están definidos.

LOS LIBROS ATOMICOS

Acabada la gran sensación que causara en los Estados Unidos la publicación del libro de tres periodistas «La bomba H», Francia acaba de publicar también, su libro dedicado a las consecuencias que tendría una guerra termonuclear sobre el mundo. El libro es de Jules Moch, ex ministro de la Defensa Nacional, y refiere el camino recorrido por la ciencia hasta alcanzar el dominio de la física nuclear. La bomba termonuclear, dice Jules Moch, es mil veces más potente que la bomba atómica representando una potencia de 40 a 50 millones de toneladas de T. N. F., que ha sido el explosivo empleado durante la última guerra. En un segundo, sigue el libro—«La folie des hommes»—Paris y las aglomeraciones de la región parisiense serían destruidos. Quince bombas termonucleares serían suficientes para terminar con todas las manifestaciones de vida en Francia.

Si ello es evidente y claro para todo el mundo, no lo es menos que si la potencia nuclear descansara en Rusia la tiranía se efectuaría, también, sistemáticamente. El mundo libre habría tenido que rendirse a su terrible amenaza. Ningún pueblo habría escapado a su tortura. El hecho de encontrarse, Rusia, en los momentos actuales persiguiendo por todos los medios ponerse a la altura de los Estados Unidos en el terreno nuclear sitúa el problema en su verdadero centro.

LA UTILIZACION PACIFICA DE LA ENERGIA NUCLEAR

La utilización pacífica de la energía nuclear es una idea que gira incesantemente en el pensamiento americano. Los Estados Unidos consideran que el crecimiento de la humanidad, superior en cuantía el proceso económico del mundo, sería solucionado en el momento mismo en el que fuera posible concebir la energía atómica como fuente de riqueza. Si no existiera la amenaza rusa la energía atómica habría creado ya una revolución de características parecidas a las que se provocaron con la era industrial del siglo XIX. Si el carbón, el hierro y la energía eléctrica permitieron el tremendo progreso de países como Alemania y Gran Bretaña, la energía atómica, según los planes americanos, vendría a significar un milagro superior, pero en el mundo entero.

He aquí, pues, como la reunión de París ha venido a situar los problemas del mundo en su medula espinal: en el empleo de las armas atómicas. En la superación de los ejércitos clásicos.